

PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Francisco Javier Jover Mestre
Juan Antonio López Padilla

Arqueología de la muerte

Prácticas funerarias
en los límites de El Argar

1997

© Francisco Javier Jover Maestre
Juan Antonio López Padilla

© Universidad de Alicante
Secretariado de Publicaciones

Portada: Gabinete de Diseño
Universidad de Alicante

Imprime:
Artes Gráficas Soler, S.A.

ISBN: 84-7908-319-0

Depósito Legal: V. 2.604-1997

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

**Estos créditos pertenecen a la edición impresa
de la obra**

Edición electrónica:



Francisco Javier Jover Maestre
Juan Antonio López Padilla

Arqueología de la muerte

Prácticas funerarias
en los límites de El Argar

Índice

Portada

Créditos

I. Planteamientos e hipótesis	5
II. La dimensión espacial	21
III. La base empírica	31
IV. Evaluación de los datos	78
1. Prácticas funerarias fuera de las zonas de hábitat	79
2. Prácticas funerarias dentro de las zonas de hábitat	90
3. Prácticas funerarias: coste y valor social	111
V. Evaluación de las hipótesis	126
VI. «Arqueología de la Muerte». Algunas reflexiones	133
VII. Bibliografía	145

I. Planteamientos e hipótesis

Con el título de este libro, aunque ciertamente pretencioso, pretendemos analizar y dotar de mayor contenido a toda una serie de datos dispersos sobre las prácticas funerarias realizadas durante el II milenio BC por las sociedades que habitaron las tierras del Dominio Bético valenciano –Bético, Subbético y Prebético Meridional–, evaluar una serie de hipótesis que han sido motivo de discusión en diversos foros, e incorporar nuevos planteamientos y reflexiones a la trayectoria de la investigación en estas tierras con las que afrontar el futuro.

Este manuscrito es el resultado de una tarea ardua y costosa que, al igual que muchos otros, en la mayoría de las ocasiones no disponen de la suerte adecuada para ser editados. Ello se debe no solamente a la escasez de medios económicos para conseguir su publicación, especialmente si se trata de trabajos de investigación referentes a aspectos de las ciencias histórico-sociales, sino también a que en gran

medida el esfuerzo realizado de recopilación, descripción e interpretación de la documentación generada durante casi cien años, supone una aportación enormemente voluminosa que pocas veces permite extraer resultados que vayan más allá de la propia labor crítica.

Al mismo tiempo, y este era nuestro caso, tampoco pensábamos en la posibilidad de publicar este tipo de trabajos al encontrarse imbricados en un proyecto de investigación más amplio como es el análisis histórico de las sociedades del Área Bética Valenciana durante el II milenio BC. No obstante, como en todo trabajo, el primer paso que planteamos antes de iniciar cualquier actividad arqueológica de prospección o excavación, fue la recopilación y análisis de toda la información generada para la zona: desde las más antiguas noticias donde se comentaba la presencia de restos cerámicos o de asentamientos, hasta las últimas publicaciones sobre las recientes campañas de excavación, sin olvidar el estudio de los fondos antiguos depositados en los diferentes museos locales y comarcales. Con todo, el objetivo era la creación de un cuerpo de datos lo suficientemente amplio y considerable que ayudara a centrar la estrategia de investigación en función de las hipótesis de partida.

I. Planteamientos e hipótesis

A partir de aquí, se emprendieron prospecciones arqueológicas en un territorio muy concreto –Corredor de Villena (Jover, López y López, 1995) y en función de los resultados, se inició una nueva etapa de actuaciones arqueológicas consistente en la excavación en dos asentamientos, una de las cuales –Barranco Tuerto (Villena)– ya se ha llevado a término (Jover y López, 1995).

Esos primeros pasos de acercamiento constituían la base desde la que establecer la estrategia de actuación a seguir en la obtención de datos útiles para los objetivos propuestos, y nunca en el fin en sí mismo. De ahí que nuestra argumentación inicial exprese la sorpresa de comprobar cómo trabajos que no están pensados para ser publicados alcanzan esa condición.

Pero, al mismo tiempo, somos conscientes de la necesidad de publicar esta serie de estudios en los que utilizamos la teoría mediadora de la Historia de la información producida (Bate, 1992: 65) para procesar y dar sentido a un volumen de datos muy dispersos, generados a través de procedimientos muy variados. Es evidente que no sólo podemos emplear la información producida por nosotros mismos en la descripción, interpretación y explicación de una sociedad concreta, sino que también debemos utilizar la generada por otros

colegas aunque sus posibilidades técnicas, planteamientos metodológicos y posición teórica sean diferentes.

En la mayoría de los casos nos enfrentamos a la recogida y análisis de un buen número de datos dispersos, fruto de múltiples procesos en los que en ningún momento ha existido una intencionalidad de producir información sistematizada. Los ejemplos más habituales son los relacionados con saqueos, hallazgos fortuitos, explotaciones de canteras o roturación de terrenos, con la consiguiente pérdida de importantes dosis de información. También existen procesos en los que ha existido una intencionalidad de obtener datos arqueológicos o más bien, objetos, en un afán de coleccionismo, con unos planteamientos muy diferentes a los actuales; y en otros casos, los menos por desgracia, podemos decir que la información está bastante más sistematizada, pudiendo conocer datos referentes a los contextos donde se hallaron las inhumaciones así como si corresponden a deposiciones primarias o secundarias, en consonancia con las exigencias actuales. En cualquier caso, estamos obligados a trabajar con este triple nivel de análisis, utilizando la información no intencional, la intencional y la intencional sistematizada de otros colegas, sobre la que es necesario realizar una labor crítica.

I. Planteamientos e hipótesis

Por ello, las reflexiones vertidas en estas páginas son el resultado del procesado de toda esta amalgama de información, en ningún caso generada por nosotros sino, fundamentalmente, por una amplia tradición investigadora. El uso a que, en primera instancia, está encaminada la información empírica procesada es la evaluación de una serie de hipótesis que durante mucho tiempo ha sido motivo de discusión. Nos estamos refiriendo a la cuestión planteada por la arqueología tradicional de los límites territoriales o frontera entre el área argárica (Siret, 1890; Tarradell, 1950) y el «Bronce Valenciano» (Tarradell, 1958; 1963a), que desde nuestra posición teórica –Arqueología Social– se traduce en el establecimiento de los límites territoriales entre dos sociedades concretas que estuvieron conviviendo y entraron en contacto durante gran parte del II milenio BC, como son la sociedad argárica (Lull, 1983; Arteaga, 1992) y la que a partir de este momento, y mientras no dispongamos de otros criterios para su delimitación y caracterización, denominaremos *sociedad no argárica del Dominio Bético valenciano*.

Pero no se trata de crear fronteras arqueológicas como pretendería realizar el Particularismo Histórico, ni de límites geo-ecológicos que determinen las posibilidades de un grupo humano, sino de «*inferir la existencia y el alcance espacio-*

temporal de ciertas prácticas sociales en su expresión como imposiciones productivas y rituales» (González, 1994: 8). La sociedad argárica y la no argárica establecieron una serie de prácticas sociales singulares, generadas en el marco de unas relaciones sociales, que tendieron a reproducirse del mismo modo. Pero esos procesos recurrentes y homogéneos que nosotros observamos en situaciones y lugares muy heterogéneos, no son la expresión de un momento único, sino el resultado de situaciones cambiantes en el seno de un todo social orgánico y dinámico.

Han sido varias las hipótesis que se han formulado con respecto a los límites fronterizos entre ambas sociedades –áreas culturales en la arqueología tradicional–. A inicios de la década de los años sesenta, en un momento en el que se estaba asentando la definición del «Bronce Valenciano», M. Tarradell (1963a: 169) trazaba la divisoria con respecto a El Argar en la cuenca del Segura, siendo San Antón (Orihuela) y las Laderas del Castillo (Callosa de Segura) los asentamientos más septentrionales del ámbito argárico. Si la presencia en los yacimientos reseñados de numerosas tumbas que se ajustaban a las «normas argáricas» y su ausencia en zonas más septentrionales –donde se inhumaba aprovechando grietas y covachas fuera de la zona de hábitat– era la base

I. Planteamientos e hipótesis

que servía para sustentar esta hipótesis, la documentación de varias tumbas en el interior de las unidades habitacionales de Cabezo Redondo (Villena) (Soler, 1959; 1965), permitió subir definitivamente la línea divisoria hasta la cuenca del río Vinalopó (Tarradell, 1965: 426).

Sin embargo, la confusión persistía ante la exigüidad de los datos y la documentación de asentamientos como Cabezo de la Escoba (Tarradell, 1963b; Soler, 1965), en pleno curso del río Vinalopó, en los que no se había documentado artefactos típicamente argáricos, además de constatar que sus prácticas funerarias fueron realizadas en grietas fuera de las zonas de hábitat. En estos términos se expresaba V. Lull (1983: 407) al plantear el asunto: *«El problema, no por más restringido más sencillo, es el de establecer una base sólida que geográficamente consiga delimitar el Argar y que por desgracia debe partir de los escasos estudios realizados en la periferia del espacio geográfico argárico»...* *«Nuestro objeto de estudio ha sido desde el principio descubrir la dinámica interna del espacio argárico y por ello hemos desechado yacimientos que no reunían características específicas de nuestra cultura».*

De este modo, V. Lull (1983: 407) consideraba como solución llevar la frontera natural entre ambos al Segura, aunque con ciertas reservas ante la presencia de evidencias de enterra-

miento en cista en las zonas de hábitat de varios asentamientos de la zona de Jumilla-Yecla y de Villena. Ahora bien, la visita a los museos de Jumilla y de Villena le permitió descartar a estas zonas como argáricas ante la inexistencia de los tipos cerámicos característicos de la misma y la constatación de diferencias en las evidencias constructivas de carácter defensivo (Lull, 1983: 409). De este modo, la presencia de algunos elementos materiales argáricos en estas zonas la explicaba al considerar a El Argar como una cultura más potente que impactaría sobre los grupos vecinos, considerando la posibilidad de que existiera intercambio de bienes (Lull, 1983: 409).

Frente a esta dicotomía, M. S. Hernández (1985; 1986: 347) planteaba que mientras en la Vega Baja del Segura los yacimientos eran claramente argáricos, en el Vinalopó y en el Camp d'Alacant únicamente se podía señalar la presencia de yacimientos con claras influencias argáricas en los que también se podían encontrar características del Bronce Valenciano. El contacto entre los dos círculos culturales le permitió plantear la posibilidad de la existencia de una facies comarcal en la cuenca del Vinalopó y tierras colindantes, no encuadrable ni en el Bronce argárico ni en el Bronce valenciano (Hernández, 1986: 348), teniendo como base algunas diferencias materiales.

I. Planteamientos e hipótesis

En definitiva, las hipótesis que se han barajado para establecer la definición de los límites territoriales entre la sociedad argárica y la situada en su zona septentrional, se pueden resumir en:

- 1) El límite territorial de El Argar se ha de establecer en la Vega del Segura.
- 2) Debe ser mantenido en la cuenca del río Vinalopó, considerando la posibilidad de que pudiesen convivir asentamientos argáricos con no argáricos en una misma unidad fisiográfica.
- 3) El límite se establecería en el Vinalopó, aunque en este espacio y sus zonas colindantes se pudo dar una facies comarcal donde se fundieron elementos característicos de ambas sociedades.

La evaluación de las hipótesis de trabajo formuladas supone, en primera instancia, la necesidad de refutar aquellas que a través de su contrastación con las proposiciones observacionales que se desprendan del análisis de los datos no dispongan de respaldo empírico, y en segundo lugar, validar aquella que pueda ser mantenida. En el caso de que ninguna de ellas tenga el suficiente apoyo, será necesario realizar la

formulación de una nueva hipótesis que se acerque más a la realidad en estudio.

Para la realización de la debida contrastación con la realidad empírica disponible se ha optado por utilizar como referente fundamental el manejo de la información generada a través del análisis de las prácticas funerarias, es decir, de la creada y denominada –en el seno de la posición teórica procesualista– como *Arqueología de la Muerte*. Se trata de una teoría observacional del comportamiento funerario, cuya fuente de información ha sido considerada como privilegiada para la identificación de la estructura social de toda sociedad. No obstante, recientemente ha empezado a recibir fuertes críticas desde diversas posiciones teóricas –Arqueología Social, Postprocesuales– que empiezan a poner de manifiesto la necesidad de desarrollar más profundamente teorías mediadoras que den cuenta de la sociedad y de cómo se pueden inferir estos procesos de la materialidad del registro arqueológico (Lull y Picazo, 1989; Vicent, 1995).

En el caso concreto que nos ocupa son dos las razones que podemos aducir como justificación a su empleo. La primera reside en que de los tres argumentos empleados habitualmente para la definición de la norma argárica, a saber, la asociación poblado-necrópolis en los mismos espacios, pre-

I. Planteamientos e hipótesis

sencia de determinados productos cerámicos y metálicos característicos, y asentamientos que ocupan cerros estratégicos en lugares elevados (Siret y Siret, 1890; Cuadrado, 1950; Tarradell, 1950; Blance, 1964; Lull, 1981, 1983; Chapman *et alii*, 1987), es necesario descartar este último, ante la documentación cada vez más frecuente de asentamientos en el llano (Ayala, 1985, 1986, 1991).

Por otro lado, aunque se ha podido determinar la existencia de una producción normalizada en lo que se refiere a artefactos cerámicos y metálicos (Lull, 1981, 1983), con la existencia de formas cerámicas –vasos bicónicos de borde reentrante –forma 6– y copas –forma 7– y armas metálicas –alabardas tipo «Argar»– casi exclusivas de la misma, no podemos olvidar que muchos de estos productos pueden haber sido valores de cambio. Si a ello le unimos que la información en la zona periférica de El Argar sigue siendo muy fragmentaria y poco sistematizada, disponiendo de escasos datos sobre las excavaciones arqueológicas que se han realizado en los últimos años, el único elemento normalizado que posibilita revelar pautas recurrentes y homogéneas son las prácticas funerarias (Lull y Estévez, 1986; Castro *et alii*, 1995).

Pero cuando utilizamos como criterio las prácticas funerarias, no estamos pensando exclusivamente en el hecho de que las

tumbas se ubiquen en el interior de unidades ocupacionales de carácter doméstico, ni a que se trate de individuos –a lo sumo dos o tres– depositados con la misma posición –decúbito lateral flexionado–, ya que estas características también están documentadas en asentamientos como el Cerro de los Cuchillos (Almansa, Albacete) (Hernández *et alii*, 1994), contemporáneo al desarrollo de El Argar y no por ello considerado como argárico. Nos estamos refiriendo a prácticas funerarias normalizadas y homogéneas tanto en lo referente al continente como al contenido, y que debe ser entendido como una de las formas en que se expresa fenoménicamente la singularidad de toda sociedad concreta en su dinámica histórica, a la cual nos podemos acercar a través de la categoría de *Cultura* (Bate, 1978: 25; 1989; 1993). Aunque esa singularidad cultural de toda sociedad concreta se puede reconocer en las viviendas, en los artefactos, en los hábitos y supersticiones, en definitiva, en cualquier manifestación, en el caso de la sociedad argárica se ha podido establecer fielmente a través de los contextos funerarios, cuestión por otro lado bastante habitual en el contexto de las investigaciones arqueológicas europeas (González *et alii*, 1992).

Es más, a través de las investigaciones emprendidas por V. Lull y J. Estévez (1986), se ha podido reconocer la nor-

I. Planteamientos e hipótesis

malización empleada en las características de los continentes –las tumbas–, así como en los artefactos que acompañan al difunto, sus características morfológicas y las diversas asociaciones de ítems que integran los ajuares (Lull y Estévez, 1986: 448). Es de destacar que sobre un total de 396 tumbas completas ampliamente distribuidas por todo el ámbito argárico se pudo apreciar que ajuares similares podían aparecer en todas las regiones y asociados a contenedores diferentes. De este modo, se han fijado las normas singulares que permiten caracterizar a un asentamiento como argárico.

Junto a las asociaciones altamente significativas señaladas por estos autores, también se ha de recordar que en los contextos funerarios existe una cierta normalización en el uso de distintos recipientes: en los ajuares se incorporan formas cerámicas 3, 4 y 6 (González, 1994: 10). En opinión de P. González (1994: 9), la producción de la forma 2 con borde entrante y de la forma 7 –copa– son los indicadores más relevantes de la reproducción de modelos argáricos, tanto con destino funerario como doméstico.

Por ello, en segunda instancia, y como apoyo a las evidencias funerarias vamos a considerar la presencia/ausencia de los artefactos señalados como suficientemente indicadores de la adscripción argárica de un asentamiento.

Para la sociedad no argárica del Dominio Bético Valenciano lo más destacado hasta el momento en lo que se refiere a sus prácticas funerarias es el empleo de grietas o covachas fuera de las zonas de hábitat como continente de los inhumados (Tarradell, 1963b; Hernández, 1985), ya que todavía no se ha valorado en profundidad los ajuares que se incluyen como contenido. Teniendo en cuenta esta serie de premisas estamos en condiciones de evaluar los diferentes planteamientos expuestos.

Junto a la evaluación de las hipótesis reseñadas incluimos en el trabajo toda una serie de consideraciones y reflexiones sobre las prácticas funerarias y las sociedades que las practicaron. Estas valoraciones se realizarán siguiendo la propuesta teórica formulada por V. Lull y M. Picazo (1989). En este sentido, se afronta el estudio de las prácticas funerarias aportando algunas reflexiones sobre el costo del trabajo invertido en la confección de las tumbas, en especial, a través de los elementos constructivos, naturaleza y procedencia de la materia prima empleada. Y en segundo lugar, se realizarán diversas valoraciones sobre el valor social de los productos depositados como ajuar en ambas sociedades.

No se ha afrontado el estudio de las prácticas funerarias desde el plano de la bio-arqueología, ya que como se ha puesto

I. Planteamientos e hipótesis

de manifiesto desde el principio no era ese nuestro objetivo de partida. No obstante, las pocas evidencias conservadas de antiguas actuaciones arqueológicas, además de las procedentes de recientes excavaciones, se encuentran en proceso de estudio por parte de María Paz de Miguel. Investigación que no dudamos aportará importantes avances para mejorar las pocas bases con las que contamos en la actualidad.

El marco cronológico establecido para el presente trabajo es el que siguiendo la cronología convencional se ha establecido tanto para el grupo arqueológico argárico, como para los grupos situados en zonas más septentrionales. Se ha preferido seguir empleando las dataciones y los marcos temporales tradicionales por varios motivos. En primer lugar, por el afianzamiento entre los investigadores de las fechas radiométricas sobre la base del valor establecido por W. F. Libby frente a la fechas calibradas. Y en segundo lugar, a que en la calibración de las fechas se han empleado diferentes versiones del programa CALIB, conforme a la curva de alta precisión de Pearson y Stuiver (1986). Pero no sólo esto, sino que además se han empleado diferentes intervalos de confianza que están creando enormes confusiones. En la actualidad se requiere de la actualización de todas las fechas calibradas con el programa CALIB 3, versión 3.0.3 de Stuiver y Reimer (1993).

Con todo, mientras no se normalice la calibración de las fechas –que esperamos que sea pronto–, preferimos mantener nuestras valoraciones temporales en fechas «BC» o «BP».

El trabajo se ha estructurado en varios apartados con el objetivo de mejorar la exposición y análisis del trabajo. En primer lugar, presentamos una necesaria introducción geográfica sobre la zona en estudio, intentando acercar al lector a la dimensión espacial donde se desarrolló el poblamiento; en el siguiente apartado se expondrá la base empírica disponible con nuestra lectura crítica, para en un cuarto apartado analizarla y establecer las proposiciones que sirven como indicador para su evaluación. Por último se formularán algunas consideraciones generales sobre las implicaciones del trabajo y sobre las sociedades en estudio.

Para finalizar, queremos agradecer a los Doctores Mauro S. Hernández Pérez, José Luis Simón García y Sonia Gutiérrez Lloret los valiosos consejos, correcciones y matizaciones aportados en la redacción final de este texto, así como a la Universidad de Alicante por haber considerado interesante la publicación del mismo.

II. La dimensión espacial

II. La dimensión espacial

El Área o Dominio Bético valenciano abarca toda la actual provincia de Alicante y algunas zonas meridionales de la de Valencia, suponiendo una superficie superior a los 5.860 km². Dentro del Área Bética se pueden distinguir tres grandes zonas: la zona Prebética, la Subbética y la Bética (Figuras 1 y 2).

En el denominado Prebético Meridional, que en términos administrativos actuales engloba las comarcas del Vinalopó –Alto Vinalopó, Valls del Vinalopó, Medio Vinalopó–, gran parte del L’Alacantí, La Marina Baixa, La Marina Alta, L’Alcoiá, El Comtat y La Safor, dominan los pliegues de dirección noeste-suroeste con un sistema de fallas paralelas. Este espacio geográfico ocupa una franja de unos 40 km de anchura cuyos límites septentrionales se localizan inmediatamente al norte de las sierras de Salinas, Peñarrubia, Mariola, Cantalar, Alfarada, Terra Nova y l’Almirant, mientras que los meridionales vienen dados por el comienzo del área Bética-Subbética,

inmediatamente al sur de la línea que separa las alineaciones montañosas de la Pila, Crevillente, Abanilla y Borbuño con el Campo de Elche-Crevillente. Por el este el límite se establece con el mar Mediterráneo.

El Prebético Meridional está constituido por pliegues sencillos y fallas normales, con eventuales cabalgamientos y pliegues volcados con vergencia norte, constituyendo pliegues-fallas. La acción de los materiales triásicos ha influido en gran parte del área, especialmente en el curso de los ríos Vinalopó y Montnegre y en la Sierra del Cabeçó, Puig Campana y Sierra de Mariola, aflorando materiales de la facies Keuper interestratificados en las series cretácicas. Aunque en esta zona están bien representados los materiales cretácicos, fundamentalmente, calizos, margocalizos y margosos, los materiales eocénicos y oligocenos adquieren un importante desarrollo, representados por calizas organógenas y margas y margocalizas de tipo flysch en el primer caso y por conglomerados y margas en el segundo.

El paisaje se estructura a modo de hoyas o cubetas geográficas de diferentes tamaños y morfologías. Una de las más destacadas es la de Alcoi. La Hoya de Alcoi, de morfología irregular, se abre en el centro de la serranía, atravesada de sur a norte por el río Serpis, en un paisaje muy ondulado

II. La dimensión espacial

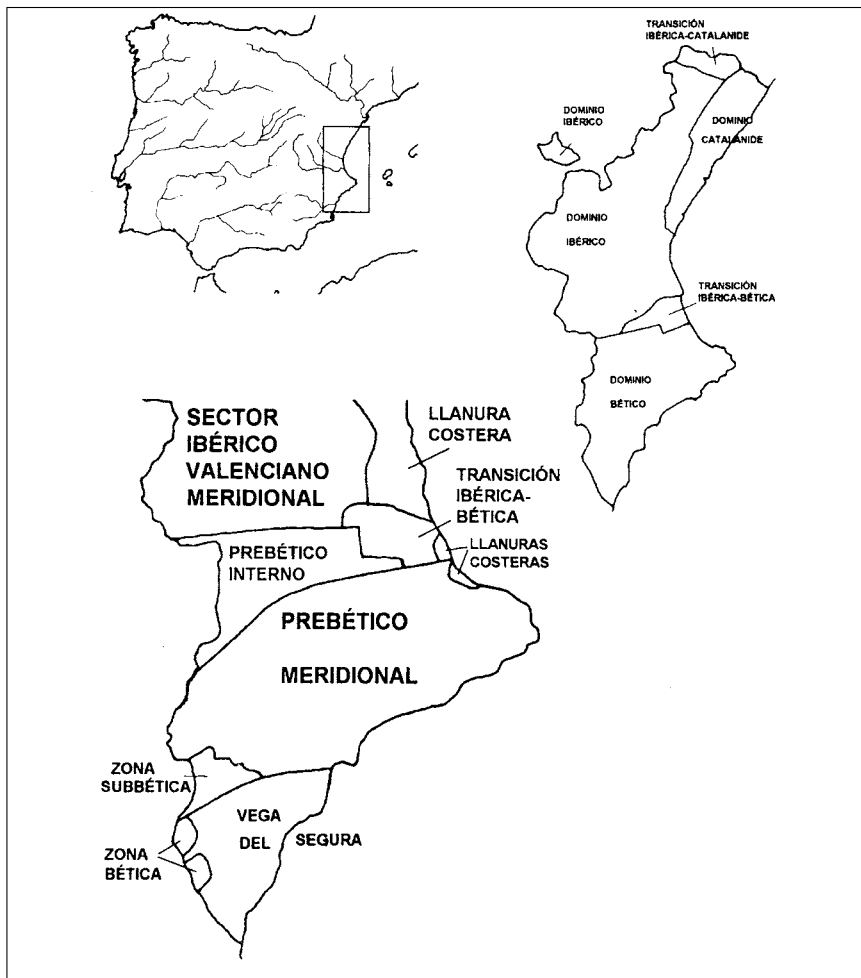


Figura 1: Mapa con la señalización del área geográfica en estudio y los dominios geológicos que la componen.

en los márgenes y más plano en el centro. La erosión cuaternaria ha actuado al mismo nivel que la pliocénica, apareciendo al norte un glacis inferior a 20 m de altura relativa. A esta hoya se abren una serie de valles que le dan una forma ramificada. En el oeste encontramos la Valleta de Agres y separada por la Sierra de Mariola, la del río Polop. Por el este, el Valle de Perpuxent entre las sierras de Benicadell y Lorxa que se unen a una compleja zona con fracturas longitudinales, perforada por el cañón del Serpis que se abre paso hacia Gandía.

Al sur de la Hoya de Alcoi predominan las rocas calcáreas eocenas y aquitanianas sobre el Cretácico. La tectónica presente es más compleja, correspondiendo a una serie de pliegues arqueados con la concavidad hacia el sur. Al oeste se sitúa la irregular Hoya de Castalla cerrada al norte por la Sierra de Peñarrubia, Onil y Carrascal de Alcoi, y al oeste por la Sierra de la Alguenya que se une en su extremo sur con el Maigmó y al este con la Sierra de la Carrasqueta. La hoya está formada por una cubeta sinclinal del Terciario con un índice diapírico del Keuper, después de arcillas continentales y el Cuaternario. Esta hoya se caracteriza, al igual que gran parte de estos territorios, por la presencia de zonas endorreicas en su partes centrales, fruto de la escorrentía del

II. La dimensión espacial

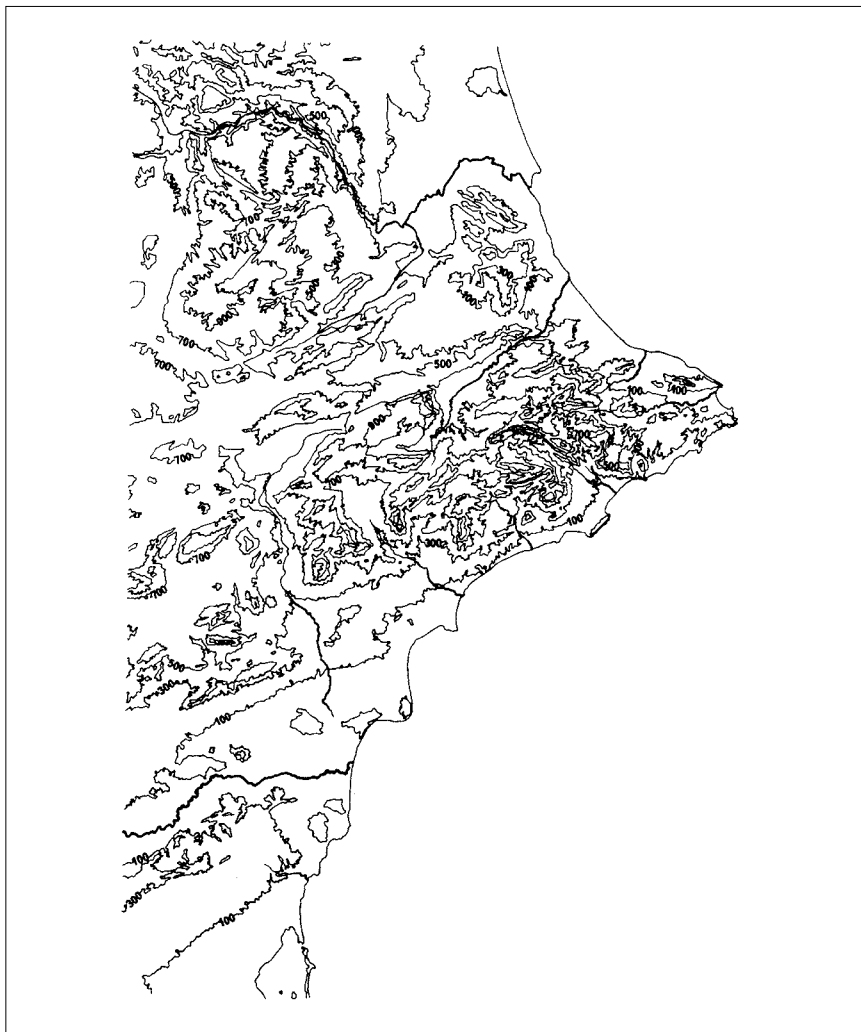


Figura 2: Mapa geográfico: El Dominio Bético valenciano.

agua hacia el fondo de las cubetas. La Marjal de Onil es su más claro ejemplo. Por último, a oriente entre la Carrasqueta, Cabeçó d'Or y la Serra de la Grana encontramos el irregular Valle de Xixona, de transición a la costa.

En una acepción estricta la Marina es una comarca litoral desde Jávea hasta la Vila Joiosa, donde se alternan las sierras que llegan al mar de forma áspera y abrupta y espacios bajos con regueros cuaternarios abiertos a playas (López Gómez, 1988: 162). Los llanos del Marquesado de Denia son de características análogas. No obstante, se puede distinguir un sector septentrional y otro meridional, mientras que en el interior se levanta una serie de alineaciones montañosas formada por contrafuertes orientales y meridionales de la serraña alcoyana, de los que parten cursos rápidos de pequeños ríos –Gorgos, Xaló, Guadalest, Algar, riu de la Vila–. Esta zona está compuesta por sierras calcarias arqueadas, cretácicas al norte y mucho más complicadas al sur. En conjunto se trata de una estructura imbricada hacia el norte con fallas inversas y con cabalgamientos. La intensa erosión de los ríos con pendientes muy rápidas ha determinado la formación de gargantas y de barrancos (López Gómez, 1988: 163).

El clima es de veranos cálidos que superan los 25° y de inviernos suaves, pero mucho más acusado hacia el interior.

II. La dimensión espacial

Las precipitaciones superan los 500-900 mm anuales en la zona norte, mientras que al sur descienden considerablemente. La vegetación es de tipo mediterráneo degradado, conservándose buenas masas de pinos y algunos restos de carrascales. En el litoral dominan las formas degradadas de garriga, aunque según muestran los análisis polínicos realizados en las turbas de Pego, el pino fue muy abundante (López Gómez, 1988). El amplio dominio árido del sudeste peninsular comienza bruscamente al sur de la Sierra de Alcoi. El clima, estepario, con una fuerte repercusión en la vegetación, está formado por llanos litorales y amplios corredores entre pequeñas sierras del interior, de acusada morfología árida cuaternaria (López Gómez, 1988: 168).

En el extremo meridional suroeste, la sierra alcoyana está interrumpida por un amplio corredor transversal que discurre entre los 520 m y los 200 m s.n.m. en dirección nor-noroeste/sur-sureste, cortando las alineaciones prebéticas. En él, encontramos afloramientos del Keuper con horizontes salinos, como muestran algunas fuentes y determinados saleros situados al oeste de Villena. Este corredor está formado por un depósito continental del Mioceno superior, poco espeso, cubierto por depósitos cuaternarios, con formas áridas de glaciares bien caracterizadas, desarrollándose la erosión al mismo

nivel que en el Plioceno. Pero las características reseñadas son simples ante la multiplicidad de glacis que se observan más al sur. El encajonamiento del río es escaso, encontrándose a 450 m.s.n.m. a menos de 50 km de la costa, presentando un drenaje precario. Por el norte, el Corredor de Villena llega hasta el llano de Caudete-La Encina, en un paisaje ya manchego, en fácil comunicación con la cuenca endorreica de Almansa y el Valle de Montesa. En el sureste, las sierras meridionales determinan diversos estrechamientos o cubetas –de Elda o de Novelda–, que el río crea saliendo a través de pequeñas sierras miocenas.

El Subbético, zona de escaso desarrollo superficial, se ubica en el extremo suroccidental de la Comunidad Valenciana y está integrado por las sierras del Reclot, Argallet y Crevillente. Esta última, que es la más característica de todo el conjunto, tiene estructura anticlinal-horst afectada por una serie de fallas normales (Sanchís *et alii*, 1990: 451). Al norte se sitúa el Altiplano del Fondó, constituido fundamentalmente por una fosa. Los materiales representados en su desarrollo son dolomías y calizas, algunas con nódulos de sílex del Jurásico, así como algunas bandas de conglomerados cretácicos menos representados.

II. La dimensión espacial

La Zona Bética sólo aparece en las sierras de Orihuela y Callosa del Segura y viene definida por mantos de corrimiento con materiales pertenecientes al complejo Ballabona-Cucharrón. Se trata de enormes masas montañosas de importante desarrollo vertical en medio de zonas llanas colmatadas de aportes cuaternarios. Los materiales de estas elevaciones están constituidos por un tramo inferior de pizarras, especialmente en la Sierra de Orihuela, a la que se le superponen calizas y dolomías del Triásico Medio-Superior. La Sierra de Orihuela es la única donde se localizan betas de sulfuros cúpricos y evidencias auríferas.

La zona llana situada al este de las sierras de Orihuela y Callosa del Segura constituye el denominado Corredor de la Vega del Segura, limitado al norte por el Prebético Meridional como ya hemos señalado y al oeste por las elevaciones del Subbético-Bético. El área es una fosa tectónica que constituye la continuación de la del Guadalentín, siendo rellenada por materiales neogenos del Mioceno, Plioceno y Cuaternario (Sanchís *et alii*, 1990: 451). El elemento destacable de esta circunstancia es que principalmente el Plioceno, constituido por calcarenitas, areniscas y arcillas, aflora en la margen derecha del río Segura, justamente en elevaciones de escaso desarrollo –Sierra de la Escotera, Loma de Hurchillo, etc.–.

Su importancia reside en que se trata del material empleado en la construcción de algunas de las tumbas, especialmente las cistas de lajas de arenisca.

Esta fosa tectónica coincide con la falla septentrional de Crevillente-Elche que se dirige hasta el Cabo de las Huertas, ya en Alicante, adaptándose la línea costera a la dirección de la misma. De cualquier modo, el paisaje actual en esta zona no se corresponde con el existente hasta hace muy pocos siglos, caracterizado por amplias zonas encharcadas (Bru, 1990) –Agua Amarga, Clot de Galvany, Laguna del Hondo de Elche-Crevillente, Laguna Salada de la Mata, Laguna de Torrevieja– que dejarían varias elevaciones prácticamente incomunicadas a modo de pequeños islotes que no fueron ocupados hasta época ibérica. Recientes trabajos de investigación han puesto de manifiesto la forma en que se ocuparon y explotaron estos nichos ecológicos caracterizados por la presencia de amplias zonas encharcadas y saladares (Gutiérrez, 1995).

III. La base empírica

III. La base empírica

Sintetizamos aquí todas las noticias publicadas referidas a enterramientos adscritos al II milenio BC de las que tenemos conocimiento, con independencia de su antigüedad, parquedad en datos o ambigüedad. Siguiendo, pues, este criterio no hemos incluido en este inventario algunos yacimientos –fundamentalmente cuevas– en los que la presencia de algunos materiales hace presumir su posible utilización como continente funerario, aunque nunca se hayan publicado como tales. Ese podría ser el caso de la Cova de la Pedrera, Cova dels Anells, Cova del Partidor (Bañeres) (Aparicio *et alii*, 1981), Cueva del Molinico (Villena) (Soler, 1986) o Cova del Balconet (Pascual, 1988), entre otras.

1. Cueva de Beni-Sid. Vall d'Ebo

En un espolón descendiente de la Sierra de la Coma unos cazadores descubrieron varios restos humanos y fragmentos cerámicos. Informado E. Pla Ballester procedió a su exca-

vacación comprobando que se trataba de un área de enterramiento en pozo de forma irregular con ensanchamiento lateral en el fondo de unos 3,50 m de profundidad. En el proceso de excavación distinguió varias capas. En la primera, registró huesos humanos junto a fragmentos cerámicos. A 1,20 m de profundidad otros cráneos y un fémur también acompañados de un vaso cerámico. Y en las siguientes capas hasta 3,50 m, localizó unos 20 cráneos junto a restos de vasos más finos, objetos de cobre-bronce –cinco anillos y una pequeña pulsera–, una concha de pectúnculo y un punzón de hueso (Pla, 1955).

2. Cova Bolumini. Beniarbeig-Benimeli

Cavidad situada en la ladera meridional de la Sierra de Segarí. En un sondeo practicado en 1988 en el fondo de la sala se pudo documentar una estratigrafía de casi 3 m de profundidad que no logró alcanzar el suelo rocoso. Tras un primer nivel con materiales revueltos se documentó un segundo nivel –nivel II– con restos de cerámicas a mano –junto con algún fragmento de cerámica a torno–, fragmentos de molino, un colgante de hueso y restos de fauna, que acompañaban a varios restos humanos. Según C. Mata (1988: 23) este nivel debe adscribirse al Bronce Valenciano, considerando por tanto un posible uso funerario de la cueva durante el II milenio

III. La base empírica

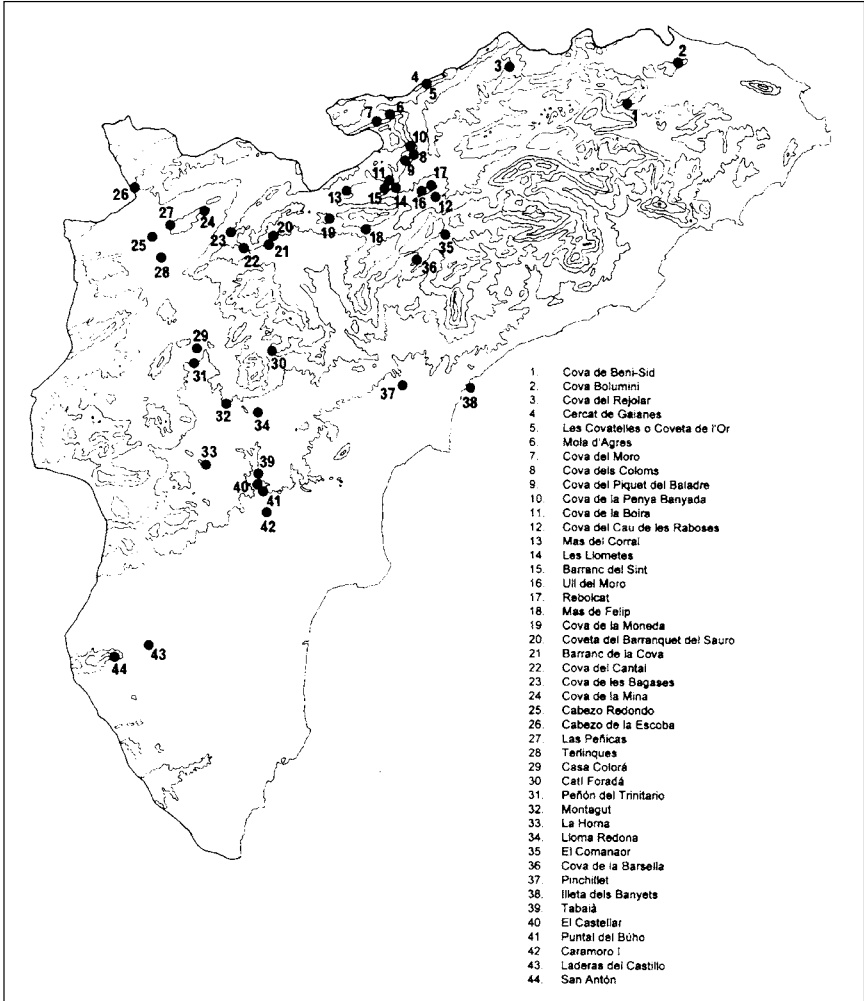


Figura 3: Distribución de los yacimientos arqueológicos estudiados sobre el área administrativa de la Provincia de Alicante.

BC. En fechas más recientes se ha concretado que al menos habría cinco individuos inhumados, a los que se podría asociar como ajuar funerario varios botones de perforación en «V» y el mencionado colgante (Guillem et alii, 1993).

3. Cova Rejolar. Lorxa

J. Ll. Pascual (1990: 86) considera que pudo ser una cueva de enterramiento de la Edad del Bronce.

4. El Sercat o Cercat. Gaianes

Hay noticias recogidas por varios autores del hallazgo, por parte del dueño de los terrenos donde se ubica el yacimiento, de al menos 20 enterramientos localizados en su interior a escasamente 0,50 m de profundidad. Seis de estos enterramientos se habrían realizado en urnas de cerámica. El resto de los esqueletos se hallarían acurrucados unos y otros con grandes «ollas» bajo la cabeza (Ponsell, 1952: 66; Pascual, 1990: 98).

5. Les Covatelles o Coveta de l'Or. Gaianes

Confusas noticias de unas «perlas de collar» de oro, halladas a principios de siglo junto con restos humanos y cerámica, nos hablan de un lugar de situación imprecisa cerca del po-

III. La base empírica

blado del Sercat: debajo justo del poblado (Vicedo, 1920: 143), en la barranquera de poniente (Pla, 1947: 29) o en las estribaciones meridionales de la sierra del Benicadell (Ponsell, 1952: 65). M. Tarradell (1963: 66) habla del hallazgo de un «canutillo»; F. Ponsell (1952: 65) de «tubitos» de oro, y J. Aparicio (1976: 106) de «dos cuentas de collar cilíndricas de oro». En cualquier caso estos materiales están perdidos, ya que al parecer fueron vendidos a un platero de Valencia.

F. Rubio (1987: 57) recoge y se une a las dudas planteadas por I. Ballester acerca de la autenticidad de estos enterramientos de Les Covatelles y del Sercat. Las noticias hablan de una pequeña cueva formada por piedras dispuestas intencionadamente de manera que dejaban un espacio libre entre ellas, y que albergaban a dos esqueletos en posición horizontal. Cuando I. Ballester se acerca al lugar determina que la colocación de las piedras es natural, y que el espacio es demasiado reducido para que pudiera albergar a dos cuerpos extendidos.

Las dudas de este autor acerca de las tumbas halladas en el «túmulo» del Sercat se justificarían por el interés del propietario y excavador del yacimiento en dar publicidad a su negocio de venta de antigüedades. En cualquier caso, F. Rubio concede la posibilidad de que la covacha hubiera sido

utilizada efectivamente como lugar de enterramiento, movido por las noticias de la existencia de otros enterramientos en las cercanías del asentamiento (Rubio, 1987: 57).

6. Mola d'Agres. Agres

C. Visedo Moltó (1959: 48) siguiendo las informaciones de algunos campesinos, señaló con mucha prudencia que en la Mola d'Agres se localizaron enterramientos con armas de cobre o bronce (Visedo, 1959: 48). Años más tarde, en un sondeo practicado por el CEC en la terraza inferior del noroeste se hallaron restos de un cráneo y fragmentos de cerámica lisa entre dos bloques de piedra. Así mismo se recogen noticias del hallazgo de huesos humanos en algunas grietas de los escarpes que limitan el poblado (Pascual, 1990: 98). En fechas más recientes se han confirmado en parte estas noticias al haberse localizado un fragmento de cráneo en una de las grietas existentes en las laderas de la Mola (De Pedro, 1995).

7. Cova del Moro. Agres

En esta cavidad fueron localizados restos de, al menos, cuatro individuos, que en opinión de M. Asquerino (1978) corresponden a un nivel funerario del Calcolítico, pero que a

III. La base empírica

juicio de F. Rubio (1987: 36) podrían igualmente pertenecer a momentos cronológicamente posteriores, ya en la Edad del Bronce, puesto que la cueva ha librado también materiales encuadrables en el II milenio BC.

8. Cova dels Coloms. Cocentaina

Ubicada en un escarpe cercano al Mas de la Peña, F. Rubio (1987: 126) la consideró una cueva de habitación. No obstante, recientemente J. Ll. Pascual (1990: 86) ha apuntado que pudo haber sido utilizada como cueva de enterramiento, señalando su cercanía al poblado de Els Forats.

9. Cova del Piquet del Baladre. Cocentaina

Fue descubierta en 1952 por J. Faus, quien la excavó poco después al igual que el poblado del mismo nombre. De ella proceden varios fragmentos de cerámica y de molinos, lascas y fauna variada. No hace ninguna mención de la existencia de restos humanos. J. Ll. Pascual (1990: 86) considera que puede haber sido utilizada como cueva de enterramiento.

10. Cova de la Peña Banyada. Cocentaina

Cueva situada en la ladera norte del Pic Negre. Parece ser, según noticias de E Rubio, que no ha sido jamás excavada. Sólo se conoce la existencia de un hacha de cobre y algunos

fragmentos cerámicos. J. Ll. Pascual ha considerado que puede haber sido utilizada como cueva de enterramiento, estando próxima al asentamiento del Pic Negre (Pascual, 1990: 101).

11. Cova de la Boira. Alcoi

En el nivel V, correspondiente a la Edad del Bronce, F. Rubio (1987: 103) señala la presencia de dos fragmentos de cráneo humano junto con puntas de flecha de sílex, molinos y hachas de piedra, un diente de hoz y láminas de sílex.

12. Cova del Cau de les Raboses. Alcoi

La cavidad fue excavada por J. Faus en 1952. Éste localizó, junto a la pared oriental de la cueva y a casi 1 m de profundidad, los restos de 5 individuos en posición fetal en una capa de tierra grisácea depositada sobre una capa de piedras que los separaba, al parecer, del ajuar. Además de los restos óseos, se recogieron molinos de piedra, fragmentos de cerámica, sílex, caracoles y cuentas de collar discoidales de piedra (Rubio, 1987: 224).

13. Mas del Corral. Alcoi

En la falda septentrional del cerro en el que se asienta el yacimiento se hallaron varias inhumaciones en una grieta. Según

III. La base empírica

J. Trelis (1984: 204) existían dos niveles de enterramiento, correspondiendo los restos a dos individuos en el nivel superior y a varios paquetes de huesos en el inferior. En la campaña de 1989 realizada en dicha grieta se localizaron restos de al menos dos cráneos, uno de ellos infantil, así como otros huesos, cerámicas y algunos fragmentos de molinos.

En las recientes excavaciones en el interior del poblado, y asociados a los niveles de la fase denominada Bronce Tardío, se han hallado tres enterramientos: una inhumación en cista de mampostería en decúbito lateral izquierdo flexionado, con un ajuar compuesto por un cuenco y un «conus» perforado; y dos enterramientos infantiles en cuencos, uno de ellos con la boca tapada por otra vasija (Trelis, 1992: 87).

14. Gruta de les Llometes. Alcoi

En el nivel superior de la Gruta de les Llometes parece localizarse una serie de enterramientos –hasta seis inhumaciones– considerados como de la Edad del Bronce. Todo el material de este nivel se halla en paradero desconocido, conservándose tan sólo una pequeña laminilla de cobre o bronce. Al parecer los cadáveres estaban con las extremidades extendidas y los cráneos sobre vasijas de cerámica (Pascual, 1963; Vicens, 1989: 64; Soler Díaz, 1990: 49).

15. Barranc del Sint. Alcoi

Enterramiento dado a conocer por C. Visedo Moltó en 1937. Según este autor, se trataba de una inhumación en fosa abierta en lo más alto de una de las laderas del Barranc del Sint, a aproximadamente 1 km de la boca de entrada al barranco. El esqueleto se hallaba sobre la roca en decúbito lateral derecho y al parecer como único ajuar contaba con una mano de molino fragmentada situada junto al cráneo. Una capa de tierra negra con restos prehistóricos de unos 50 cm de espesor cubría este enterramiento, a la que se superponía, siempre según C. Visedo (1937: 4), otra de unos 20 cm de color rojizo con cerámicas medievales.

M. S. Hernández (1985) consideró que se podía tratar de un enterramiento en cueva con niveles de habitación superpuestos, idea en la que insistió más tarde J. Vicens (1989: 64). Según este último autor, actualmente sólo se puede asociar con el enterramiento el molino que apareció junto al cráneo del esqueleto. Los demás materiales que, como las cerámicas, se relacionaron en un principio con él deben disociarse.

16. Ull del Moro. Alcoi

Los enterramientos aparecieron en unas grietas situadas en la falda sur del cerro sobre el que se alza el poblado. Fueron

III. La base empírica

descubiertas a raíz de los trabajos de barrenado desarrollados en la construcción de una carretera, poniéndose al descubierto una cista que quedó destruida. A unos cuatro metros de ésta, V. Pascual consiguió excavar otra en la que aparecieron dos cadáveres. Esta última estaba compuesta de dos lajas aprovechando las paredes rocosas de la grieta para formar la caja. El ajuar constaba, al parecer, de un hacha de piedra pulida, una lámina de sílex y algunas conchas marinas. Otro enterramiento doble se localizó en una tercera grieta de 3 m de profundidad y una boca de 2,50 m por 0,70 m. En su interior se halló el esqueleto de un adulto y el de un niño, y como único ajuar se señala un colgante en piedra de color verdoso (Rubio, 1987: 162).

17. El Rebolcat. Alcoi

A muy poca distancia del Ull del Moro se localizaron, en circunstancias muy similares, una serie de grietas en la zona conocida como El Rebolcat que también contenían huesos y material arqueológico que, sin embargo, resulta difícil asociar a los enterramientos. Al parecer se hallaron al menos seis esqueletos: en un primer grupo, se localizaron 2 adultos en posición estirada; en el grupo 2 se encontró el esqueleto de un niño; y en el grupo 3, restos de dos adultos y un niño. El ajuar que les acompañaba se reduce a una esquirola de cobre

junto al grupo 2 y un fragmento de cuenco y un puñal de lengüeta en el grupo 3 (Rubio, 1987: 164).

18. Mas de Felip. Ibi

En el yacimiento se hallaron también enterramientos en grietas naturales. Fueron localizadas al efectuarse labores de cantería en una de las vertientes del cerro, descubriéndose una grieta en la que se hallaron huesos en pésimo estado de conservación –según V. Pascual, de pocos individuos– junto a un pequeño cuenco de cerámica y un puñal (Pascual, 1969: 71) (Figura 5.1).

Más tarde A. González habla de dos grupos distintos de enterramientos: uno que agruparía aproximadamente 20 individuos inhumados en posición flexionada al que estarían asociados dos brazaletes y una espiral de cobre. El otro, con un número más reducido de enterramientos en posición horizontal, al que se asociaría el pequeño cuenco y el puñal y que correspondería ya a la Edad del Bronce. En esta segunda fase de enterramiento habría que contextualizar un puñal de remaches de 23 cm de longitud también hallado, al parecer, en las grietas del Mas de Felip (González, 1973: 48-9).

Para F. Rubio la visita al lugar invalida la información proporcionada por A. Anguiz a A. González acerca de estos enterra-

III. La base empírica

mientos, ya que en su opinión el tipo de grietas que se abren en el cerro no permiten disponer más que dos cadáveres como máximo. Además, señala que entre los materiales depositados en el Museo Arqueológico de Alcoi sólo se cuentan tres cráneos (Rubio, 1987: 239).

19. Cova de la Moneda. Ibi

También se la conoce como Cova de la Buitrera (Rubio, 1987: 236). Al parecer fueron hallados restos humanos de los que no es posible indicar el contexto, ya que en la cavidad se han hallado restos de época ibérica y de la Edad del Bronce (Cerdá, 1994: 99).

20. Coveta del Barranquet del Sauro. Onil

Se recogieron restos superficiales de al menos un individuo, sin que sea posible relacionarlos con ninguno de los momentos culturales documentados en la cavidad. Su proximidad al poblado del Frare Quinto invita a pensar, en opinión de F. Cerdá (1994: 109), que se trate de un enterramiento de la Edad del Bronce.

21. Barranc de la Cova o Cova del Mas de la Cova. Onil

El yacimiento recibe en la bibliografía ambas acepciones (véase F. Rubio, 1987: 231, y F. Cerdá, 1994: 96). Ambos

autores señalan la presencia de restos de un individuo –al parecer un niño– y algunos fragmentos cerámicos.

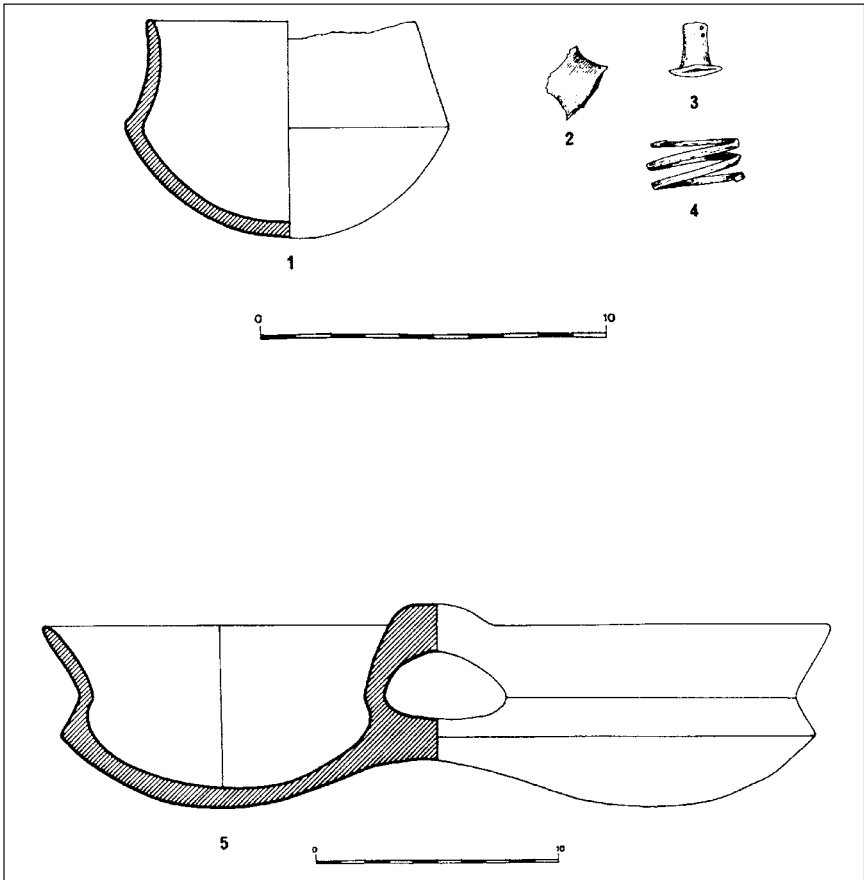


Figura 4: Ajuares funerarios de Cabezo Redondo (Villena).

III. La base empírica

22. Cova del Cantal. Biar

Se trata de una cueva de enterramiento múltiple que ha proporcionado algunos materiales como un punzón de bronce, un pie de copa y un fragmento de vaso carenado, adscritos a la Edad del Bronce (López *et alii*, 1991: 45-46). Los excavadores opinan que no se puede conocer cuál fue el uso que se le dio a la cueva durante el II milenio BC ya que una buena parte de los materiales procede de una colección privada y no se pueden relacionar con ningún cadáver.

23. Cova de les Bagases. Biar

Entre los materiales exhumados por el Grupo Arqueológico Local en esta cavidad existe un cráneo humano trepanado recogido junto a escasos restos cerámicos. Su proximidad geográfica al poblado de La Serrella y la parquedad de materiales localizados son las razones aducidas para su interpretación como enterramiento de la Edad del Bronce (Aparicio *et alii*, 1981: 167).

24. Cova de la Mina. Canyada de Biar

Se trata de una pequeña grieta situada en las proximidades del yacimiento de la Edad del Bronce de La Mina (García, 1990: 434). En ella, M. A. García ha podido de terminar la

existencia de al menos tres individuos. La parquedad del material impide precisar con exactitud su empleo durante la Edad del Bronce como lugar de enterramiento, aunque este autor considera prudente no descartar esta posibilidad.

25. Cabezo Redondo. Villena

Este yacimiento fue excavado a finales de los 50 y principios de los 60 por J. M. Soler García, aunque la memoria de su actuación no ha sido publicada hasta fechas recientes (Soler, 1987). En ella se ha puesto de manifiesto la abundante presencia de formas cerámicas y otros productos que se han venido utilizando tradicionalmente como definidores de la fase arqueológica denominada Bronce Tardío. Las recientes excavaciones emprendidas por M. S. Hernández Pérez en codirección con J. M. Soler García vienen a confirmar esta adscripción para el mismo. A continuación expondremos lo más sintéticamente posible la información que sobre los enterramientos del Cabezo Redondo ha proporcionado J. M. Soler García a través de los diferentes trabajos publicados.

1. Restos de un enterramiento prácticamente destruido en la llamada «**Cantera del Suroeste**». Se hallan restos de huesos humanos y un cráneo. Cerca de este último apareció una espiral de oro de tres vueltas (Soler, 1976: 45) (Figura 4.4).

III. La base empírica

2. **Fosa de enterramiento en la vertiente Norte** del cerro, sobre el corte de una cantera. Fosa aproximadamente circular, de 1,25 m de diámetro y 0,50 m de profundidad. Presenta la siguiente estratigrafía:

a) Capa superficial con un conjunto de varios cráneos rodeados de piedras más o menos rectangulares. Junto a uno de ellos aparece una especie de anillo metálico formado por una laminita, al parecer de plata, doblada a modo de media caña al exterior (Figura 4.2). Junto a otro de los cráneos apareció media vasija semiesférica con pequeños mamelones cerca del borde.

b) Arcilla blanquecina muy compacta conteniendo otros dos cráneos.

c) Capa de cenizas a la que debe asociarse otro cráneo calcinado.

d) Capa con tierra oscura y suelta en la que apareció un esqueleto en posición flexionada (Soler, 1976: 46; 1987: 96; lám. 38).

3. Enterramiento destruido en la **cantera del Sureste**, con noticia del hallazgo de un cráneo (Soler, 1987: 94).

4. Enterramientos en cueva en la vertiente oriental.

Cueva 1

El piso de la cueva se hallaba nivelado mediante un relleno de piedras, localizándose un enlosado de piedras planas en la zona centro-septentrional de la cueva. En el interior de la cavidad se localizaron los siguientes enterramientos:

– **Sepultura en cista** utilizando dos muretes de piedras y dos lajas de piedra de gran tamaño. El cráneo aparece en el rincón izquierdo del fondo. Los huesos se hallaron muy revueltos, pero la posición de la columna vertebral indica que el esqueleto estaba en posición encogida. El ajuar se compone de un cono de oro análogo a los del «Tesorillo del Cabezo Redondo» (Soler, 1987: 97; fig. 25; lám. 35.B y 36.A) (Figura 4.3).

– Enterramiento bajo **túmulo**, junto a la cista anterior. Se localiza aproximadamente en el centro de la cueva y sobre el enlosado que recubre el piso de la misma. Esqueleto en decúbito lateral izquierdo con el cráneo orientado al oeste. Posición flexionada de las piernas. A la altura del antebrazo se halló parte de un vaso geminado roto por la zona de unión, que al parecer fue depositado originalmente ya en ese estado. A los pies del esqueleto apareció otro vaso geminado pero esta vez completo (Figura 4.5). Al parecer otro cadáver

III. La base empírica

pudo estar asociado a este enterramiento (Soler, 1987: 98; lám. 35.bis y 36.B y C).

– Casi en el centro del «túmulo» se halló un **paquete de huesos** disperso pero perteneciente a un solo individuo, al parecer trasladado desde otro lugar. El cráneo se encontraba en una pseudo-cista junto con un omóplato y el maxilar inferior. A los lados, huesos en apariencia amontonados. Sin ajuar (Soler, 1987: 98; lám. 35.A).

Cueva 3

Muy afectada por las rebuscas clandestinas. El relleno estaba totalmente removido. Sólo se hallaron cuatro cráneos junto con numerosos huesos humanos desplazados y removidos. Sin ajuar (Soler, 1987: 99).

5. Enterramientos dentro de los departamentos.

– **Departamento II.** Pequeña oquedad abierta en la roca de 0,65 m de anchura en la boca y 0,45 m de profundidad que se transforma en una especie de cámara de unos 2,40 m de longitud. En el extremo septentrional se localizó un enterramiento infantil sin ajuar, y en el opuesto un esqueleto incompleto de adulto al que faltaba el cráneo y otros huesos; también sin ajuar (Soler, 1987: 28; fig. 9.2; lám. 8).

– **Departamento IV.** Fosa rectangular situada en el ángulo noroeste del departamento de aproximadamente 1,30 m de largo por 0,65 m de ancho. El esqueleto estaba completo excepto los huesos de un pie y parte de la tibia derecha. Se encontraba en posición flexionada apoyado sobre el costado derecho. Podría relacionarse con este enterramiento un cuenco fragmentado de forma hemiesférica aunque no puede descartarse que perteneciera al nivel superior (Soler, 1987: 34; fig. 11; lám. 12).

– **Departamento VIII.** Urna que contenía el esqueleto de un individuo joven. Fue recogido por los canteros en 1958. Sin ajuar (Soler, 1987: 49; lám. 19).

– **Departamento X.** Pequeña cueva localizada en la zona noreste del departamento, abierta entre los estratos de yeso que conforman la roca del cerro. La boca se hallaba cerrada por piedras de gran tamaño y una columna estalagmítica dividía la cavidad en dos cámaras.

En la primera de ellas apareció un esqueleto con los huesos removidos pero claramente en posición flexionada, en el interior de una especie de cista formada por las paredes de la cueva y dos líneas de piedra. A la altura de las manos se encontró una vasija carenada (Figura 4.1) y en el rincón suroccidental de la cavidad un pequeño fragmento metálico.

III. La base empírica

Al sur de la columna apareció otro esqueleto, incompleto y muy removido. Como único ajuar se halló un colgante de pectúnculo.

– **Departamento XIII.** Se trata de dos enterramientos infantiles en urnas depositadas en el rincón noreste del departamento, entre las piedras que formaban un banco adosado:

El primero corresponde a un individuo infantil de entre 5 y 6 meses de edad depositado en el interior de una urna colocada en posición vertical y cuya boca tapaba una laja de piedra. El esqueleto estaba en posición flexionada. Sin ajuar, excepto un pequeño hueso con una ranura transversal.

El segundo estaba peor conservado. La urna se encontraba en posición similar a la anterior (Soler, 1987: 68; lám. 24-26; fig. 17-18 y 55).

– **Departamento XVIII.** Enterramiento en urna de un individuo infantil colocada en posición horizontal sobre una especie de lecho de guijarros y con la boca orientada al noroeste. No contenía ajuar (Soler, 1987: 94; lám. 34).

26. Cabezo de la Escoba. Villena

Enterramiento en covacha en la ladera septentrional. La cavidad estaba cerrada con losas verticales y se accedía a ella

por una especie de escalera que conducía hasta la entrada. En su interior se halló un esqueleto en posición encogida apoyado sobre el lado derecho dentro de un círculo de piedras no muy grandes. Como ajuar tenía un arete de plata con los extremos sueltos del que colgaba una especie de carrete de oro (Soler, 1969: 6; Lámina XLVI) (Figura 5.6). En el rincón oriental de la cavidad había otro paquete de huesos sin ajuar (Soler, 1986: 385).

27. Las Peñicas. Villena

El yacimiento se ubica en un espolón rocoso situado en la vertiente noroccidental de la Sierra de la Villa. Sus materiales han sido publicados (Soler, 1953, 1965), incluyendo, entre los más notables, un brazalete de oro fundido en 1925 al parecer procedente de un enterramiento destruido del que no se posee apenas información. Sin embargo, J. M. Soler todavía llegó a identificar algunos restos humanos en el lugar del hallazgo (Soler, 1965: 32).

28. Terlinques. Villena

J. M. Soler García dio noticias en varias ocasiones del hallazgo de restos humanos en la ladera occidental del cerro donde se halla ubicado el asentamiento. Al parecer estos restos se localizaron en superficie, al pie de unos escarpes (Soler,

III. La base empírica

1955: 189; Soler y Fernández, 1970: 58). La pieza dentaria localizada en las excavaciones realizadas y que refieren los autores no puede ponerse en relación con ninguna evidencia de prácticas funerarias en ninguno de los dos espacios domésticos identificados en las mismas.

29. Cueva de la Casa Colorá. Elda

Se trata de una serie de grietas utilizadas como continente funerario y ubicadas en la ladera meridional de la Sierra de la Torreta, muy próximo al asentamiento de El Monastil. De ellas, se recogieron al menos restos de 3 individuos y un ajuar compuesto por varias puntas de flecha, 2 hachas, fragmentos de bordes de vasos cerámicos, una lámina retocada, 1 punzón de hueso y 2 punzones de metal (Hernández, 1982).

Incluimos este yacimiento en nuestro catálogo, al conocer por los análisis metalográficos que la composición de uno de los punzones es bronce. Esto nos hace suponer que al menos uno de los individuos fue enterrado en momentos avanzados del II milenio BC teniendo como ajuar el punzón (Segura, 1993).

30. Catí-Foradà. Petrer

D. Jiménez de Cisneros (1911: 294; 1925: 5) en una de sus excursiones por la provincia, en concreto por el Vinalopó, detalla la existencia de restos prehistóricos en Catí Foradà,

además de recoger las noticias de campesinos de la zona que le informaron de la presencia de restos humanos en las grietas de la peña donde se ubica el yacimiento.

31. Peñón del Trinitario. Elda

Asentamiento del mismo nombre que se encuentra bajo un farallón rocoso de la vertiente sureste del monte Bolón, situado al suroeste de la población de Elda. Conocido desde principios de siglo, fue publicado por el Centro Excursionista Eldense (1972: 202), destacando la existencia en sus alrededores de grietas utilizadas como lugar de enterramiento. Aunque se cita la inhumación de un niño en una de ellas, en el Museo Arqueológico Municipal de Elda se conservan adornos metálicos –pulsera de cobre o bronce–, también procedentes de otras grietas de las que no sabemos ni su ubicación ni el número de inhumados (Jover *et alii*, 1989) (Figura 5.3-5).

32. Montagut. Novelda

En las laderas del cerro se han localizado dos cuevas con restos arqueológicos. La Cueva I proporcionó, además de materiales cerámicos, fragmentos de molinos y sílex, un fémur humano y dos costillas. La relación de estas dos cavidades con el asentamiento que se encuentra en las laderas

III. La base empírica

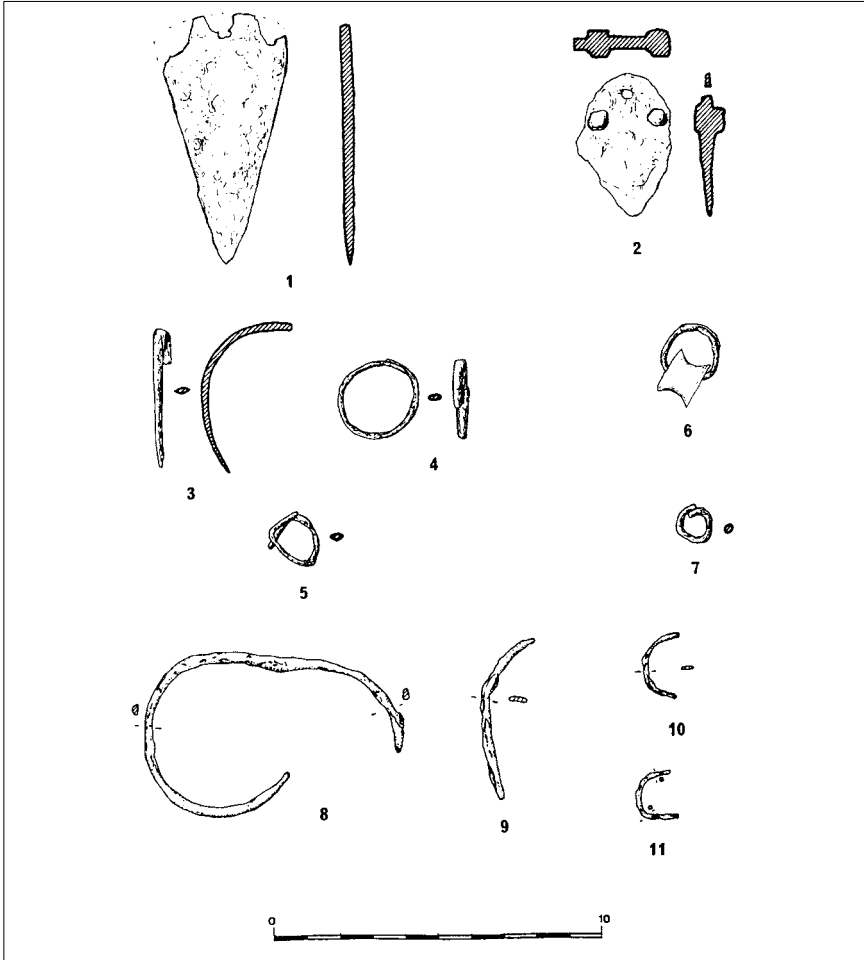


Figura 5: Ajuares funerarios: 1. Mas de Felip (Ibi); 2. Coya de La Barsella (Torremanzanas); 3-5. Peñón del Trinitario (Elda); 6. Cabezo de la Escoba (Villena); 7. La Horna (Aspe); 8-11. El Pinchillet (Agost).

del cerro parece evidente a juzgar por los materiales arqueológicos que se encuentran en uno y otro lugar (Navarro, 1982: 28).

33. La Horna. Aspe

En las recientes excavaciones arqueológicas dirigidas por M. S. Hernández (1994) se localizaron dos zonas de enterramiento. Una situada en una estrecha grieta rocosa localizada en la ladera occidental, excavada en 1980, que deparó la documentación de una cista de 0,40 m de ancho, 0,43 m de profundidad y 0,34 m de altura aprovechando las paredes de la grieta. En su interior se registraron restos humanos infantiles en muy mal estado: restos de un cráneo de un niño y varios fragmentos de mandíbulas correspondientes a 2 individuos de 4-5 años y otro de 2-3 años, además de dientes de al menos 8 individuos infantiles (Hernández, 1994: 101). Junto a esta serie de restos se localizó un pendiente de plata formado por un alambre delgado de escaso espesor y tamaño (Figura 5.7).

La segunda zona de enterramiento se sitúa en la ladera noroeste del cerro, excavándose en 1986 una covacha formada por un gran bloque apoyado sobre la roca del cerro. Su boca tenía una longitud de 2,75 m y 0,80 m de altura. Se pudo

III. La base empírica

documentar la presencia de piedras de mediano tamaño que parecían formar una irregular cista que contenía restos humanos de un adulto. Dada la alteración de todo el conjunto y el riesgo de desprendimiento de la roca –que aconsejó abandonar la excavación– no fue posible precisar el número y la posición de los restos humanos ni si poseían o no ajuar funerario (Hernández, 1994: 103). La cronología propuesta para este asentamiento, realizada a partir del estudio de sus materiales, se sitúa en el Bronce Tardío (Hernández, 1994: 112).

34. Lloma Redona. Monforte del Cid

Yacimiento situado sobre un cerro de abruptas pendientes y forma cónica conocido desde la década de 1970 y en el que se han realizado excavaciones sistemáticas entre 1985 y 1990. Al parecer, existen noticias orales del hallazgo en la Lloma o en sus alrededores de enterramientos (Navarro, 1982: 26), aunque los trabajos arqueológicos realizados no parecen haber confirmado por el momento la presencia de tumbas o áreas de enterramiento ni en el poblado ni en sus alrededores más cercanos (Navarro, 1988).

35. El Comanaor. Torremanzanas

M. Tarradell (1969: 24) recoge las noticias proporcionadas por el P. Belda acerca de la existencia de pequeñas cuevas

en las vertientes del cerro en algunas de las cuales descubrió restos humanos.

36. Cova de la Barcella. Torremanzanas

En una reciente catalogación de los materiales se considera que existen dos niveles o momentos de ocupación en la cueva. El último correspondería al Horizonte Campaniforme de Transición o al Bronce Antiguo, aunque apuntando más hacia esta segunda posibilidad basándose en la presencia de un puñal de remaches (Figura 5.2), punzones de cobre, aretes y botones de perforación en «V» tanto cónicos como triangulares (Borrego *et alii*, 1992). Para este segundo momento Belda señaló que los cadáveres, en número de 13 o 14, se disponían en posición fetal o decúbito lateral izquierdo con la cara orientada al S o SE (Belda, 1931: 56). Además de este nivel debemos considerar las diferentes placas de pizarra, hachas de piedra y una total ausencia de puntas de flecha (Belda, 1929: 19).

37. El Pinchillet. Agost

Asentamiento de pequeño tamaño situado en el extremo suroeste de Agost, justamente en el centro del corredor que comunica la costa con el Valle Medio del Vinalopó. Se trata

III. La base empírica

de un cerro de morfología cónica, con una superficie amesetada en su parte superior. El sitio arqueológico se ubica tanto en la cima como en la ladera sur-sureste.

Según E. López Seguí (1990; 1996: 50) el yacimiento se ha visto alterado por la acción de expoliadores, afectando tanto a la zona de hábitat como a una pequeña cueva situada en la ladera norte, empleada como continente funerario.

La cueva, con su boca orientada también al norte, presenta una planta de tendencia cuadrada, con una altura de 1,60 m y una superficie total de 3,04 m². La información recogida por E. López (1996: 52) permite conocer que en la cueva se inhumaron dos individuos adultos, uno de los cuales todavía fue documentado «in situ» por el arqueólogo. El ajuar que les acompañaba, y que actualmente son parte de una colección privada, estaba compuesto por 2 brazaletes y 2 anillos de cobre o bronce (Figura 5.8-11).

38. Illeta dels Banyets. El Campello

Desde las antiguas excavaciones de F. Figueras se han venido localizando un gran número de tumbas en el yacimiento. En 1935 se localizó una cista realizada con lajas y con tapadera de arenisca (Figueras, 1950: 28), al parecer con un solo individuo y sin que se mencione la existencia de ajuar.

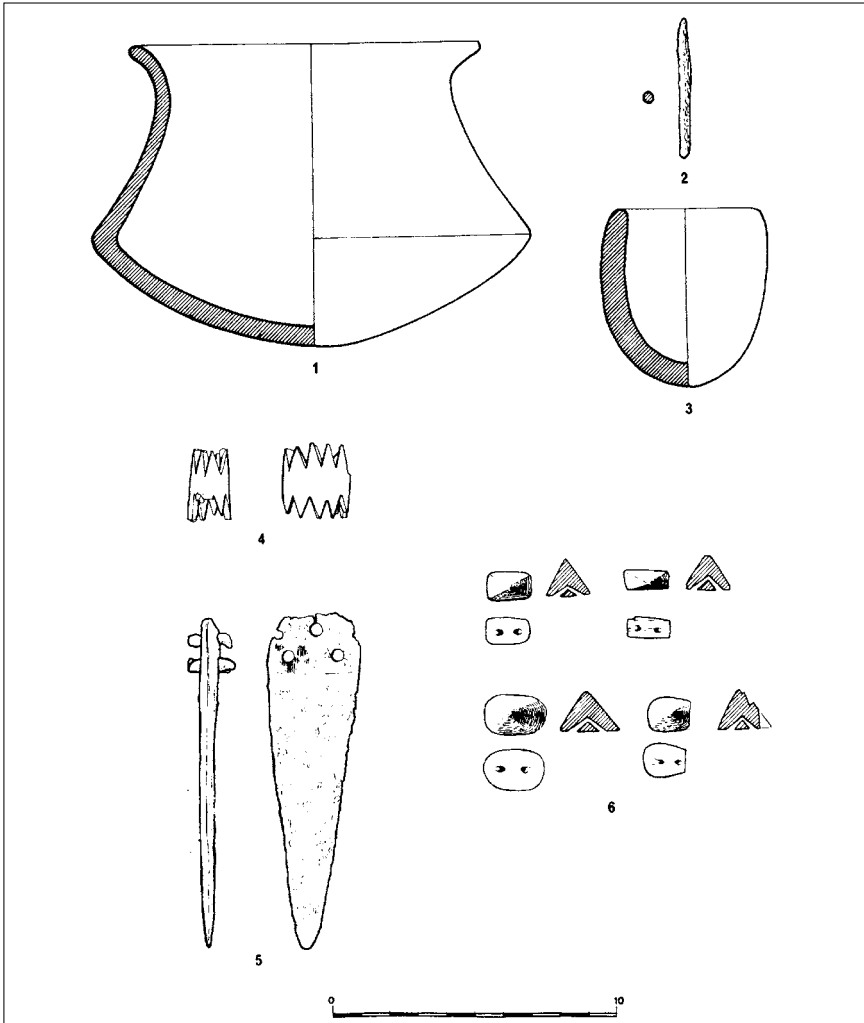


Figura 6: Ajuares funerarios de la Illeta dels Banyets (El Campello).

III. La base empírica

También se indica un enterramiento «bajo túmulo» (Figueras, 1950: 30). En 1943 se localizaron otras nueve tumbas. De seis de ellas se carece de información; el resto eran tumbas en cista de lajas construidas directamente sobre la roca (dos de ellas con inhumaciones dobles) en cuyo ajuar aparecieron pequeños puñales y, al parecer, otros artefactos no detallados. En 1974, ya durante las excavaciones dirigidas por E. Llobregat, se hallaron tres tumbas más, dos de ellas en cista y una en fosa. Su ajuar se componía también de puñales, uno de los cuales iba adornado en el mango por una contera de marfil de forma dentada (Figura 6.4-5). Las últimas tumbas se localizaron en 1982: se trata de otras seis sepulturas, cinco cistas (una de ellas con doble inhumación) y una fosa para un enterramiento infantil. De los ajuares se destacan dos conjuntos: un enterramiento con un cuenco carenado y otro pequeño vaso de forma elipsoide vertical que acompañaban a un punzón metálico (Figura 6.1-3); y otro con un puñal de 20 cm de longitud y 58 botones de perforación en «V» (Figura 6.6). El resto de las tumbas también poseía objetos metálicos como ajuar, destacando un puñal con seis remaches en la placa de enmangue.

Se trata, por tanto, de un conjunto de al menos 20 tumbas –en cista la mayoría– situadas en el interior del asentamiento. Los

cadáveres se hallaron casi siempre en posición de decúbito lateral flexionado (Simón, 1988: 122).

39. Tabaià. Aspe

Aunque ya se había dado noticia de la existencia de enterramientos en el poblado (Hernández, 1983; 1986), su presencia quedó completamente confirmada con la documentación en la campaña de excavaciones realizadas en 1988 de una cista situada bajo el pavimento de uno de los departamentos. Se trata de una cista de mampostería de 1,30 m de largo y 0,45 m de ancho, realizada a base de piedras calizas de mediano tamaño de procedencia local, trabada con arcillas verdosas. El cadáver, un adulto masculino, se encontraba en posición de decúbito supino con las piernas flexionadas hacia la izquierda y los brazos doblados para colocar sus manos en el bajo vientre. Estaba orientado al este con la cara mirando hacia el norte (Hernández, 1990: 88). Como ajuar fue depositado un hueso largo de oviscapro junto al húmero derecho, una alabarda de tipo «Argar» de bordes asimétricos, seis remaches y nervadura central marcada, colocada sobre el hombro derecho con la punta hacia el pecho, conservando restos de madera de sauce como enmangue (Badal, 1990: 95-97); y un pequeño vaso de la forma 5, de 5,8 cm de altura y 7,4 cm de boca (Figura 7.1-2). En las excavaciones realiza-

III. La base empírica

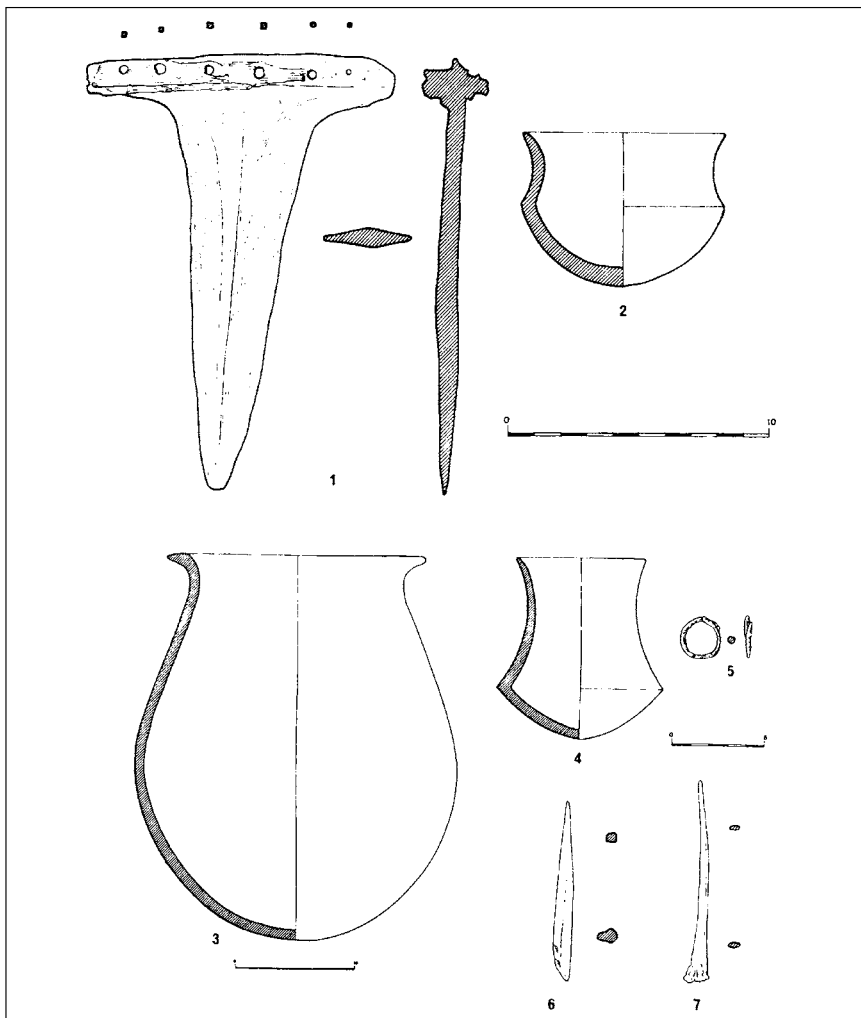


Figura 7: Ajueres funerarios de Tabaià (Aspe).

das en este yacimiento entre 1987 y 1991 bajo la dirección de M. S. Hernández se localizaron varias sepulturas de diferentes tipos –fosas, cistas de mampostería y urnas–, que vienen a sumarse a las anteriormente referidas.

Fruto de las expoliaciones realizadas en este yacimiento, en la Colección Museográfica de Novelda se conserva una gran vasija –forma 3– que al parecer contenía el cadáver de una mujer acompañada de un ajuar compuesto de un anillo/arete de cobre, una forma 5 con la línea de carena en el tercio inferior, de 7,5 cm de boca y 10,6 cm de altura y dos punzones de hueso (Jover *et alii*, 1989) (Figura 7.3-7). A éstos podrían sumarse otros materiales aislados y descontextualizados como una alabarda de cobre y una diadema de plata de la que tan sólo han quedado referencias orales (Hernández, 1983: 26).

40. El Castellar. Elche

Daniel Jiménez de Cisneros (1909) menciona el hallazgo de enterramientos «...al norte en una bajada del Despeñadero de donde fueron extraídos cadáveres con vasijas de formas extrañas». Más tarde, ese mismo año, se haría eco de las noticias que hablaban de otros dos esqueletos, uno de ellos adornado, al parecer, con varios brazaletes y sortijas de bronce, y cuyos restos localizaría el propio D. Jiménez (1909b:

III. La base empírica

359) recogiendo partes de los cráneos, muy destrozados. Los trabajadores de la cantera le comunicaron, además, que también se habían extraído del lugar dos hachas de piedra pulida y trozos de vasijas de cerámica de color oscuro.

41. Puntal del Búho. Elche

Yacimiento localizado en la Sierra del Búho, en la que además de éste, se encuentran otros tres enclaves de similares características. La presencia de producciones cerámicas de filiación claramente argárica, como la forma 7 de L. Siret (Román, 1978), se acompaña de la existencia de enterramientos en el interior del asentamiento, como la cista descubierta por miembros de la Unión Excursionista de Elche. Por las fotos publicadas, puede deducirse que se trata claramente de una cista fabricada con bloques y pequeñas lajas de piedra, y que el cadáver poseía al menos un cuenco como ajuar (Román, 1978: 15; Ramos, 1989: 34; lám. LXII-LIV). Posteriormente los restos fueron entregados a A. Ramos Folqués, quien los depositó en el Museo de La Alcudia (Elche).

42. Caramoro I. Elche

Asentamiento de muy pequeño tamaño –300 m²– ubicado a unos 2 km al norte de la ciudad de Elche, justo en la margen

izquierda del río Vinalopó. El sitio ocupa un espolón ligeramente aislado y elevado unos 40 m sobre el cauce del río. Aunque fue excavado en 1986 por R. Ramos Fernández (1988), distinguiendo dos momentos de ocupación, las recientes intervenciones llevadas a cabo por A. González Prats y E. Ruiz Segura (1995: 86) han evidenciado una mayor complejidad estratigráfica que la señalada con anterioridad. Se trata de varias estancias o unidades domésticas, con accesos y una gran construcción que conforma una línea de fortificación. En la unidad o habitación E, con una sola fase de habitación asolada por un incendio, y en su ángulo septentrional, se documentó bajo el suelo de la vivienda una fosa que aprovechaba una inflexión de la roca, donde se depositó el cadáver de un niño de corta edad, al parecer sin ajuar (González y Ruiz, 1995: 90). Los restos –fragmentos del cráneo, costillas, mandíbula y porciones de las extremidades– pertenecen, al parecer, a un individuo de 1 año y medio de edad en el que se han podido apreciar las señales de un amplio corte en la parte frontal del cráneo, producido –en opinión de B. Cloquell y M. Aguilar (1996)– por una hoja metálica de gran tamaño, posiblemente una espada. En la misma unidad de habitación donde se halló la sepultura se documentaron una punta de Palmela, abundante cerámica y semillas de arveja.

III. La base empírica

Son varias, además, las evidencias de productos argáricos. Destaca la presencia de tres fragmentos de copas –forma 7–, sobre las que se señala la presencia de abundante desgrasante micáceo, metamórfico e ígneo, evidencia de una específica procedencia meridional (González y Ruiz, 1995: 91), botones prismáticos alargados de perforación en «V», colgantes y brazaletes de marfil con extremos perforados.

43. Laderas del Castillo. Callosa de Segura

Asentamiento conocido desde antiguo y excavado a principios de siglo por J. Furgús (1937), la mayor parte de la información que nos queda acerca de las prácticas funerarias de éste se debe, al igual que en el caso anterior, a los trabajos del jesuita. La posterior aportación de J. Colominas apenas supuso variaciones respecto a las ideas e interpretaciones propuestas por aquél.

Como en San Antón, J. Furgús distinguió varios tipos de enterramiento:

- Túmulos.
- Urnas de cerámica.
- Sepulcros formados por seis losas unidas en seco.

Siguiendo las descripciones del jesuita, los **túmulos** constaban de un nicho formado por grandes piedras en el que se

hallaba el cadáver en posición encogida, apareciendo encima una gran cantidad de piedras. El ajuar de estas tumbas era por lo general más pobre que en San Antón, ya que la mayoría no solía contener más que algún objeto de cerámica y varias conchas perforadas. Sin embargo algunas de ellas –una parte, sin precisar su número– dieron algunas espirales y anillos de plata, alabardas, cuchillos y puñales de cobre y un buen número de brazaletes, botones y otros objetos de marfil.

Por su ajuar J. Furgús destacó una de estas tumbas de túmulo, que contenía una pequeña vasija colocada junto al cráneo; dos grandes espirales y dos anillos de plata; un brazaletes macizo de plata; dos anillos de oro (Figura 8.2); un cuchillo de 10 cm de longitud y un hacha de cobre que se hallaron uno cruzado sobre el otro.

Respecto de los enterramientos en **urnas**, en la mayoría de las ocasiones no contenían más que el esqueleto de un individuo infantil y su ajuar era muy pobre: conchas perforadas o cuentas discoidales de hueso. Esta pobreza llamó tanto la atención de J. Furgús que llegó a pensar que probablemente el resto del ajuar se había perdido al aparecer rotas la mayoría de las urnas.

El tercer tipo de tumbas es el de los sepulcros de losas, de

III. La base empírica

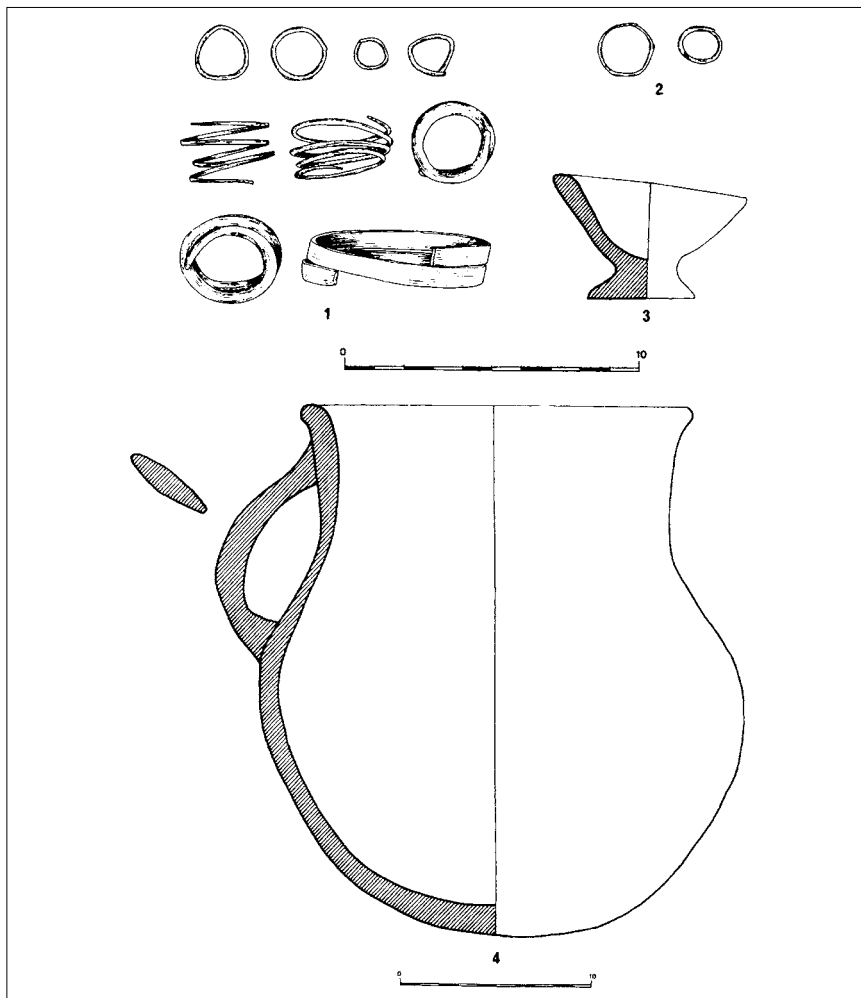


Figura 8: Ajuares funerarios: 1, 3 y 4. San Antón (Orihuela); 2. Laderas del Castillo (Callosa de Segura).

los que se descubrieron sólo cuatro. Solían contener un vaso –que J. Furgús describe literalmente como «de forma bastante característica»– y un cuchillo o alabarda de cobre. Destaca una de ellas que contenía como ajuar un vaso «de forma desusada», un hacha de cobre, un hacha de diorita, tres espirales y un anillo de plata y cerca de seis docenas de botones de marfil, pintados de rojo, de forma cónica o de pequeña pirámide.

Años más tarde, J. Colominas Roca insistía en considerar cuatro tipos de enterramientos en el yacimiento de las Laderas del Castillo, añadiendo el tipo fosa a los ya establecidos por J. Furgús.

Estas **fosas** aparecían cubiertas con piedras sin trabajar, y como ajuar presentaban en su mayoría sólo pequeños vasos de cerámica, aunque se señalan otros elementos como hachas de piedra, sierrecillas de sílex o afiladores de arenisca –que sin duda pertenecían a los niveles de habitación superpuestos que, al igual que Furgús, nunca llegó a identificar–.

Las grandes **urnas** de unos 80 cm de altura estaban rodeadas de piedras y podían aparecer con algún vasito de cerámica como «ofrenda». Se señala que el ajuar de las urnas era semejante al de las fosas.

III. La base empírica

Estos dos tipos de enterramiento eran los más comunes en el yacimiento, mientras que los más escasos eran las **sepulturas de losas** y los **túmulos**. Las primeras estaban constituidas por delgadas lajas de piedra de 1,10 m de longitud por 0,80 m de altura. El esqueleto estaba encogido, y cerca del cráneo solía aparecer un vasito de cerámica a mano de factura cuidada. Al costado del cadáver aparecía un puñal o alabarda de bronce. Sólo se localizaron tres enterramientos en cista –dos de ellos intactos y el tercero desmontado por la erosión de la pendiente–:

- En una de las halladas intactas se encontró un pequeño vaso de cerámica y un puñal de bronce.
- En la otra dos vasos pequeños, una alabarda de bronce y un punzón enmangado en hueso.

Finalmente, de los llamados **túmulos**, J. Colominas sólo halló uno que contenía un esqueleto encogido con un vaso pequeño y un puñal de bronce como único ajuar.

En resumen, siete cistas de lajas de piedra y un número indeterminado –pero en cualquier caso bastante abundante– de inhumaciones en urna, fosa y **túmulo**.

44. San Antón. Orihuela

La información que de él ha llegado hasta nosotros procede casi exclusivamente de los trabajos llevados a cabo por el jesuita J. Furgús a comienzos de siglo. Como él mismo indica en las páginas de sus publicaciones llegó a localizar más de 800 sepulturas.

Dejando al margen los llamados *cromlechs*, que deben corresponder a restos de estructuras murarias no identificados por él, J. Furgús distingue cuatro tipos de enterramientos:

- Túmulos.
- Fosas.
- Urnas.
- Sepulturas de losas.

De acuerdo con sus notas, los **túmulos** aparecieron en número bastante considerable, aunque pocos de ellos enteros. La cámara funeraria, no obstante, solía conservarse completa. Los esqueletos aparecían en posición encogida –de modo que la cámara no pasaba de 1 m de largo–. Normalmente aparecía un vaso junto al cráneo y el resto del ajuar –cuchillo, hacha, punzón, etc.– a la altura de la cintura. La cámara estaba formada por dos o tres piedras planas apoyadas por sus extremidades. Encima había una gran cantidad de piedras.

III. La base empírica

Un túmulo especialmente destacable por su ajuar contenía un esqueleto femenino. La cámara estaba excavada en el suelo rojo de la vertiente y tenía forma elíptica rodeada de grandes piedras. El cadáver yacía de costado sobre el lado derecho en posición encogida. La tapa estaba compuesta de dos o tres losas apoyadas sobre las piedras que constituían los muros de la tumba. El ajuar constaba de:

- Dos grandes espirales de plata, una a cada costado del cráneo (Figura 9.2-3).
- Al lado un gran vaso de cerámica fragmentado.
- En el cuello un collar de pequeños conos de oro perforados de los que se recuperaron 73 (Figura 9.1), junto con tres conchas perforadas y dos discos de marfil perforados en el centro.
- En la cintura un cuchillo de metal, de 14 cm de longitud, envuelto en una tela, sobre el que reposaba una de las manos del cadáver (Figura 9.4).
- Un punzón de metal con mango de hueso.
- A los pies, docena y media de piedras redondas del tamaño de una nuez.

Según relata J. Furgús (1937: 55) los huesos del brazo y antebrazo del esqueleto estaban pintados de rojo y negro, y el cráneo totalmente embadurnado de color negro.

Una copa (Figura 8.3) y una forma 5 de carena baja fueron hallados formando parte del ajuar de otro pequeño túmulo, siendo éste el único ajuar cerámico que con certeza podemos atribuir a un enterramiento de este tipo en San Antón.

Las **fosas** eran también muy numerosas –no menos que el tipo anterior, según señala J. Furgús–. Generalmente oscilaban entre los 50 y los 60 cm de profundidad y 1 m de diámetro. Los esqueletos se hallaban en posición encogida, apareciendo en alguna ocasión dos de diferente sexo. A la boca del agujero se halló algún cráneo suelto. El ajuar funerario era casi idéntico al de los túmulos pero en general más rico:

- Ciclindros de plata que servirían de cuentas de collar.
- Anillos y arracadas de bronce.
- Brazaletes y arracadas de plata.
- Brazaletes y espirales de oro (Figura 8.1).
- Botones y brazaletes de marfil.
- Colmillos de jabalí y cuentas de hueso discoidales.
- Vasijas de cerámica de formas muy diversas.

III. La base empírica

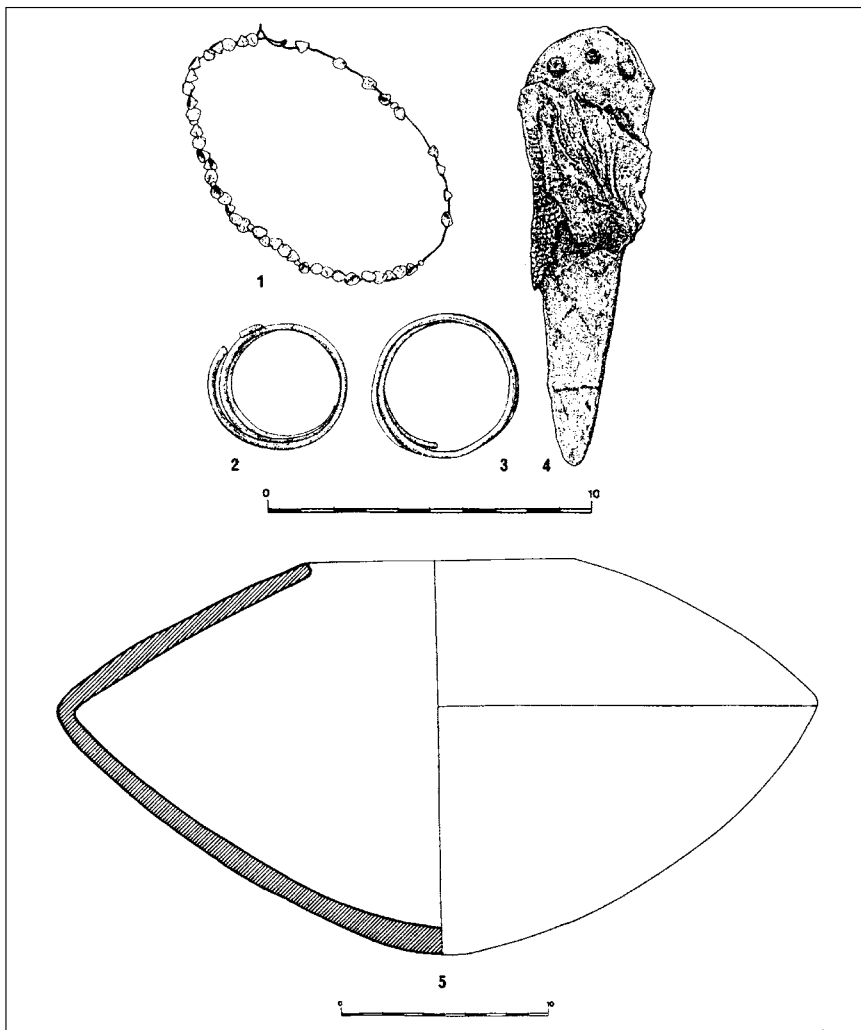


Figura 9: Ajuares funerarios de San Antón (Orihuela).

En opinión de J. Furgús, probablemente era un tipo de enterramiento reservado para personas de elevada categoría, a tenor de la abundancia y riqueza del ajuar y del hecho de ser las únicas que han librado objetos de oro. El hecho de encontrar con frecuencia un cráneo suelto casi tocando el agujero también inducía al jesuita a pensar en la importancia social de los inhumados. De acuerdo con la afirmación de J. Furgús de que éstas fueron las únicas tumbas que proporcionaron objetos de oro, tendremos que relacionar con alguna de ellas un vaso con asa que fue hallado junto con dos pequeños anillos de oro (Furgús, 1937: 57) (Figura 8.4).

Respecto de los enterramientos en *pithos* o **urna**, fue un tipo de enterramiento bastante general en el yacimiento de San Antón. Las de tamaño mediano estaban destinadas a enterramientos infantiles, mientras que las mayores contenían esqueletos de individuos de mayor edad. En bastantes ocasiones la boca se hallaba tapada por otra vasija –doble urna– y todas carecían de ajuar excepto tres: una con una arracada de plata, otra con 14 cilindros de hueso que formaban un collar y la última con una vasija de 15 cm de altura.

Finalmente, aparecieron poco más de **20 sepulturas de losas** –cistas de lajas–. La más grande medía 1,20 m de largo por 0,50 m de ancho y 0,50 m de profundidad. La más

III. La base empírica

pequeña 0,50 m de largo por 0,25 m de ancho y 0,15 m de profundidad. El ajuar de estas tumbas fue escaso: sólo una alabarda de bronce, un pendiente de bronce y dos vasijas. Una de ellas destacó especialmente, ya que además de un esqueleto prácticamente completo aparecieron dos cráneos a los pies del difunto separados por una vasija. En otro caso bajo la losa de una de las tumbas se halló otro cráneo. Según J. Furgús debían pertenecer a personajes importantes, ya que la piedra para las losas sólo podía proceder del Cerro o Loma de Hurchillo, bastante alejado del yacimiento. En una de estas sepulturas se localizó un vaso de la forma 6 de Siret (Figura 9.5).

IV. Evaluación de los datos

Se hace necesario ahora cierta reflexión en torno a la cantidad y calidad de la información recopilada, que por unas u otras causas no resulta en la inmensa mayoría de los casos excesivamente clarificadora. En unas ocasiones se trata de publicaciones antiguas –Barranc del Sint, Mas de Felip, Cercat de Gaianes, San Antón, etc.– o de antiguas excavaciones que han sido publicadas en fechas relativamente recientes –Cabezo Redondo–; en otras de noticias completamente nuevas –Mas del Corral, Mola d’Agres– o de informaciones parcialmente anticipadas a una publicación definitiva –Ileta dels Banyets–. Sin duda un panorama demasiado heterogéneo que requiere una cierta dosis de análisis crítico. Al analizar el estado de la cuestión en lo que se refería a la «Edad del Bronce en el País Valenciano», M. S. Hernández (1985: 101-119) planteaba el análisis de los ritos funerarios de acuerdo con un esquema en el que se diferenciaban claramente dos sistemas de enterramiento: la

IV. Evaluación de los datos

inhumación bajo y entre las casas y la inhumación fuera de poblado.

Siguiendo las directrices marcadas en el planteamiento inicial, la primera discriminación necesaria en la evaluación de los datos es la que se refiere a las prácticas funerarias realizadas en el interior de las zonas de hábitat, especialmente bajo los pavimentos de las unidades domésticas y cuya singularidad a nivel de continente y contenido es el rasgo fundamental empleado para la adscripción al grupo argárico del asentamiento donde se llevaron a cabo; y por otra, aquellas inhumaciones realizadas fuera de la zona de hábitat, aprovechando como continente grietas, covachas o cuevas próximas a los lugares de residencia. Este rasgo es el único que por el momento y a pesar de los años transcurridos desde que M. Tarradell (1963b) lo utilizara para caracterizar al «Bronce valenciano», podemos seguir considerando como expresión de la singularidad cultural de la sociedad colindante con El Argar y situada en el Dominio Bético valenciano.

1. Prácticas funerarias fuera de las zonas de hábitat

Son numerosas las referencias acerca de enterramientos en cuevas de los que difícilmente se puede precisar con suficientes garantías su adscripción a la Edad del Bronce. De

hecho, en ocasiones ni tan siquiera se puede tener seguridad de que se esté hablando de una cueva o de una grieta o covacha, términos todos ellos empleados con profusión en la bibliografía y que ni pueden ni deben utilizarse como sinónimos. Tradicionalmente se ha insistido en que la diversidad de los lugares empleados como espacios funerarios supone a la vez una matización de tipo cultural y también cronológico. En realidad resulta muy ambigua una discriminación de cuevas y covachas atendiendo al tamaño, número de inhumados, denominación toponímica o referencias bibliográficas, ya que con frecuencia estos criterios entran en contradicción unos con otros. Conscientes de que superar esta problemática –y la confusión y polémica que puede generarse– resulta un escollo importante sobre la base de los datos disponibles hasta el momento, hemos decidido mantener la diferenciación realizada hasta la fecha entre cuevas y covachas.

1.1. Enterramientos en cueva

Que se sigue utilizando la cueva como lugar de enterramiento durante toda, o al menos una parte, del II milenio BC en el área bética valenciana viene confirmado por unos pocos, pero en nuestra opinión suficientemente contrastados, hallazgos documentados en varios yacimientos: Cova de la Barsella (Torremanzanas) (Borrego *et alii*, 1992), Cova

IV. Evaluación de los datos

Bolumini (Benimeli-Beniarbeig) (Mata, 1986; Guillem *et alii*, 1993), Cova de la Casa Colorá (Elda) (Segura, 1993), Cova del Cantal (Biar) (López Seguí *et alii*, 1991), Cova del Cau de les Raboses (Alcoi) (Rubio, 1987) y Cueva del Pinchillet (Agost) (López Seguí, 1996).

Sin embargo, de un buen número de yacimientos los datos disponibles no permiten contrastar con rotundidad su adscripción a la Edad del Bronce, ya que la información que proporciona el material arqueológico asociado a estas prácticas funerarias es bastante vaga y llena de ambigüedades. Un buen ejemplo de ello serían los enterramientos de Les Llometes (Alcoi) (Pascual, 1963), de los que no se ha conservado el ajuar que les acompañaba a excepción de una lámina de metal (Vicens, 1989: 64), mientras que la información sobre la disposición de los cadáveres y ajuares fue proporcionada a E. Vilaplana por los labradores que descubrieron la cueva, de modo que no proceden de su observación directa (Pascual, 1963: 43). En condiciones similares se encontraría la Cova de Beni-Sid (Vall d'Ebo). Su excavación se remonta a mediados de siglo y la información de que se dispone es bastante parcial y poco precisa. A lo largo de unos 3,50 m de estratigrafía E. Pla (1955: 199) halló restos de esqueletos y cráneos junto con fragmentos cerámicos, pero sólo en el nivel más

profundo localizó objetos metálicos –cinco anillos y una pulsera, todos al parecer de bronce (Hernández, 1985: 108)– en compañía de al menos 20 individuos. Llama la atención sin duda la asociación de los adornos de metal con un número tan elevado de inhumados, sin que podamos, por otra parte, relacionar ningún elemento del ajuar con algún cadáver en particular ni precisar la disposición de los mismos.

Determinadas cuevas en las que se han hallado objetos adscribibles a la Edad del Bronce han proporcionado también algunos restos humanos, motivo por el que en ocasiones se las ha citado como posibles continentes funerarios. J. Vicens (1989: 64), por ejemplo, habla en este sentido de la Cova Boira y la Cova del Conill, ambas en Alcoi, pero la lista podría ser mucho más extensa (Aparicio et alii, 1981; Pascual, 1990).

Con frecuencia la utilización durante la Edad del Bronce de cuevas ya empleadas durante el III milenio BC como áreas de inhumación no puede más que suponerse a partir de la presencia de algunos objetos que sólo excepcionalmente pueden asociarse a algún cadáver en concreto. Ese podría ser el caso de la Cova de la Barsella, en la que algunos de los inhumados descubiertos por J. Belda, acompañados de ajuares metálicos –puñales de remaches y aretes de plata,

IV. Evaluación de los datos

entre otros productos—, deben situarse, como ya se ha indicado, en el II milenio BC. En otros casos ha sido el análisis metalográfico de algunas piezas el que ha dado la pista: dos punzones de bronce localizados en la Cova del Cantal (López Seguí *et alii*, 1991: 48) y en la Cueva de la Casa Colorá (Segura, 1993), respectivamente, invitan a pensar en un uso funerario de estas cavidades durante el II milenio BC.

En resumen, las características tafonómicas de los yacimientos en cueva, unidas a las lamentables condiciones en que las rebuscas clandestinas suelen dejar los depósitos arqueológicos en ellas contenidos, hacen que a menudo sea sumamente difícil separar con garantías los posibles enterramientos de la Edad del Bronce de los pertenecientes a momentos anteriores. Este problema se agudiza con respecto a las inhumaciones correspondientes a los momentos finales del Calcolítico en los que falten los artefactos característicos del denominado *Horizonte Campaniforme de Transición* (Bernabeu, 1984).

1.2. Enterramientos en grieta o covacha

Aunque no exentas de vaguedades y de lagunas importantes, las referencias acerca de prácticas funerarias en pequeñas oquedades naturales de la roca son más numerosas y en

general bastante más precisas. No faltan, como es natural, noticias que nunca han llegado a confirmarse o que están sumidas en una gran confusión. Entre las primeras podemos citar algunas referencias orales que han sido recogidas en la bibliografía por varios investigadores: Lloma Redona (Monforte del Cid) y Montagut (Novelda) (Navarro Mederos, 1982: 26-28), Catí-Foradà (Petrer) (Jiménez de Cisneros, 1925: 5) o El Comanaor (Torremanzanas) (Tarradell, 1969: 24). Sólo en algunas ocasiones estas referencias orales se han visto respaldadas posteriormente como, en el caso de la Mola d'Agres (Agres), donde las recientes excavaciones han localizado restos humanos en algunas grietas de la ladera (De Pedro, 1995) que han de ponerse en relación con otros descubiertos en grietas similares por miembros del Centre d'Estudis Contestans (Pascual, 1990: 98).

Hay también varios ejemplos que no por ser ampliamente citados en la bibliografía dejan de presentar serios problemas de interpretación. Quizá el más controvertido sea el famoso enterramiento excavado por C. Visedo en el Barranc del Sint (Alcoi) (Pla, 1947), repetidamente citado como paradigma tanto de enterramiento en fosa (Tarradell, 1969: 23; Aparicio, 1976: 127; Martí, 1981: 91) como de inhumación en cueva o covacha (Hernández, 1985: 109). No obstante, la lectura

IV. Evaluación de los datos

atenta de las descripciones dadas por C. Visedo obliga a replantearse, en nuestra opinión, algunos extremos. En primer lugar este autor no hace referencia en ningún momento a una covacha o cueva como receptáculo del enterramiento, sino que tan sólo señala que se localizó en la zona más alta de la ladera, justo donde se iniciaba el escarpe rocoso que bordea las cimas del barranco. Por otra parte, se indica con precisión que el inhumado se hallaba con las extremidades extendidas, en decúbito lateral derecho, señalándose con exactitud su orientación en un gráfico publicado por el autor y que refleja claramente un eje sur-norte (Visedo, 1937). Por fin, C. Visedo pudo detectar la presencia de un estrato de unos 20 cm de espesor que contenía cerámicas medievales y que se superponía a otro con materiales de la Edad del Bronce, de aproximadamente 50 cm de grosor, que cubría el contexto funerario. Descartadas las cerámicas recogidas por C. Visedo como parte del contenido (Vicens, 1989: 64), del posible ajuar tan sólo quedaría un fragmento de molino colocado junto a la cabeza.

Dudamos de que se deba considerar como prehistórico este enterramiento. Esta conclusión se extrae tras tener en cuenta diversos datos: primero, la posición y orientación del cadáver, un inhumado en una fosa con las extremidades extendidas,



Figura 10: Distribución de yacimientos con enterramientos en grieta o covacha.

IV. Evaluación de los datos

apoyado en su lado derecho y con el cráneo orientado hacia el sur; segundo, la similitud evidente entre éste y algunos pocos pero significativos enterramientos islámicos que se han localizado en algunos puntos del área en estudio: en el yacimiento de Puça (Petrer) (Navarro Poveda, 1988: 18-19) y en los cascos urbanos de Novelda (Navarro Poveda, 1992) y de San Juan de Alicante (Ortega, 1995), todos ellos fosas sin tapadera, conteniendo individuos sin ajuar apoyados en el costado derecho y la cabeza orientada hacia el sur. Este tipo de enterramientos, sin embargo, se halla bien documentado en otras zonas del Sudeste. Un ejemplo significativo es la *maqbara* de San Nicolás de Murcia (Navarro, 1985), en la que la mayor parte de las 500 inhumaciones excavadas se verificaron en fosas estrechas, excavadas directamente en la tierra y sin obra de ningún tipo. Todos los esqueletos de esta necrópolis islámica guardaban una disposición en decúbito lateral derecho, orientados los pies al NE, la cabeza al SW y el rostro al SE, para lo que en algunos casos el cráneo aparecía apoyado sobre una piedra o ladrillo con el fin de que la cabeza quedara perfectamente orientada –como podría ser también el caso del fragmento de molino hallado en la inhumación del Barranc del Sint–. Finalmente, si a todo ello añadimos la presencia de cerámicas medievales en el lugar del hallazgo, como refiere C. Visado, deberemos considerar

seriamente la posibilidad de que el enterramiento del Barranc del Sint sea en realidad una inhumación asociada al nivel medieval, afectando la fosa excavada a los estratos de la fase de la Edad del Bronce subyacentes. Se explicarían así las extrañas características que para el II milenio BC ha presentado desde el principio este enterramiento y que han hecho difícil su interpretación.

Otro hallazgo, también muy conocido pero del que se dispone de mucha menos información aún, es el de Les Covatelles o Coveta de l'Or (Gaianes), citado en la bibliografía por el descubrimiento, asociado a restos humanos, de dos piezas de oro que se han descrito como «cuentas de collar cilíndricas», «canutillos» o «tubitos». Estos objetos al parecer fueron fundidos y por tanto han desaparecido, y tampoco se conoce con certeza la ubicación del yacimiento. Algunos autores, como I. Ballester, dudaron abiertamente de la veracidad del hallazgo, mientras que otros se inclinan a aceptar en parte las noticias recogidas en la bibliografía (Rubio, 1987: 57). Lo cierto es que las similitudes de este enterramiento con otros ejemplos documentados en la zona invitan en principio a tomar en cierta consideración la información publicada sobre él: dos individuos inhumados en una pequeña covacha, con algunas piedras al parecer colocadas en la boca de entrada y con un

IV. Evaluación de los datos

ajuar (asociado a uno de los cráneos) compuesto por un arete del que pendía un pequeño «tubo» de oro es exactamente lo que encontramos en el enterramiento excavado por J. M. Soler (1986: 385) en el Cabezo de la Escoba (Villena). Se nos antoja sensato, por consiguiente, tener presente este hecho aun manteniendo las reservas lógicas dadas la deficiente información y la imposibilidad de confirmarla en la actualidad.

En cualquier caso, aunque hay algunos otros ejemplos también muy confusos –los enterramientos de Mas de Felip (Ibi) (Pascual, 1969: 71-73)–, lo cierto es que las prácticas funerarias en grieta asociadas a poblados de la Edad del Bronce –ya sean inhumaciones dobles, triples o múltiples– está bien documentado. Así, en el Alto Vinalopó además del enterramiento del Cabezo de la Escoba, ya referido, tenemos las covachas de la ladera oriental del Cabezo Redondo (Villena) (Soler, 1987) y la Cueva de la Mina (Canyada) (García, 1992); en el Vinalopó Medio la grieta de La Horna (Aspe) (Hernández, 1986a: 101; 1994); en el Alcoiá los enterramientos del Mas del Corral (Alcoi) (Trelis, 1992: 87), Mola d'Agres (Agres) (Pascual, 1990: 98) y Ull del Moro (Alcoi) (Rubio, 1987: 151).

Como puede apreciarse, las prácticas funerarias realizadas en cuevas, covachas o grietas fuera de las zonas de hábi-

tat –aunque próximas a las mismas– se circunscriben a la zona del Prebético Meridional, no documentándose, por el momento, evidencia alguna en el corredor de la Vega Baja del Segura y Camp d’Elx (Figura 10). Para la fase arqueológica denominada Bronce Tardío esta misma distribución parece mantenerse, teniendo en cuenta las evidencias documentadas en yacimientos como Cabezo Redondo y La Horna. Al individuo inhumado en cista en la Cueva 1 de Cabezo Redondo le acompañaba un cono de oro (Soler, 1987: 97, Fig. 25) análogo a los del «Tesorillo del Cabezo Redondo» y al de los niveles tardíos de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (Molina y Pareja, 1975: 55). También en la misma cueva encontramos un enterramiento que presenta como ajuar dos vasos geminados claramente adscribibles a este momento avanzado del II milenio BC.

2. Prácticas funerarias dentro de las zonas de hábitat

La información disponible acerca de este tipo de enterramientos en la zona en estudio es relativamente abundante y comparativamente de mucha más entidad que en los casos anteriores. Tres son los tipos de continentes funerarios a los que la bibliografía se refiere con más frecuencia: cistas –de mampostería o de lajas de piedra–, fosas y urnas de cerámica o *pithoi*. Sin embargo, en algunas ocasiones se ha men-

IV. Evaluación de los datos



Figura 11: Distribución de yacimientos con enterramientos en el interior de poblado.

cionado la existencia de otros tipos de tumbas. Es el caso de los *túmulos* y *cromlechs* de J. Furgús (1901: 712), para los que no resulta fácil determinar su correcta interpretación. No faltan tampoco las noticias polémicas, pues sin duda debemos calificar de tales las referentes a los enterramientos localizados en el Sercat (Gaianes) (Pla, 1947), seis de ellos al parecer en urna, que fueron excavados a principios de siglo. Las referencias en torno a casi una veintena de inhumaciones con los esqueletos acurrucados y con «ollas» debajo de la cabeza nos resulta a todas luces exagerada. Sin duda, gran parte de los recelos con los que estas noticias se reflejaron en la bibliografía hasta fechas bastante recientes están justificados (Hernández, 1985: 107; 1986: 342; Rubio, 1987: 57). Sin embargo, la localización de nuevos enterramientos en urna –cronológicamente adscritos a la fase del Bronce Tardío– del poblado del Mas del Corral (Alcoi) (Trelis, 1992: 87) obliga a plantearse ahora si estas antiguas noticias del Sercat no esconden una parte de verdad, posiblemente exagerada posteriormente por sus excavadores, para los que contaban también otros intereses además de los puramente arqueológicos.

Las cistas de lajas están documentadas en la Illeta dels Banyets (El Campello), San Antón (Orihuela) y Laderas del

IV. Evaluación de los datos

Castillo (Callosa del Segura), donde las antiguas noticias de F. Figueras Pacheco (1950) y J. Furgús (1937) no dejan dudas acerca de la forma, dimensiones y número de las halladas en estos tres poblados. Las cistas de mampostería, por otra parte, están documentadas también en Tabaià (Aspe) (Hernández, 1990) y en el Puntal del Búho (Elche) (Román, 1978; Ramos, 1989). Numerosas son las referencias de J. Furgús (1937) acerca de fosas –a veces conteniendo más de un individuo– en el poblado de San Antón, con ajuares que en ocasiones proporcionaron objetos de oro. También se mencionan algunas fosas en la Illeta dels Banyets y Caramor I. J. Colominas (1936) señala también en las Laderas del Castillo varias fosas cubiertas con piedras. Finalmente, las urnas –mayoritariamente conteniendo esqueletos de niños o adolescentes– se han descubierto en San Antón y en las Laderas del Castillo (Furgús, 1937), así como en Tabaià (Jover *et alii*, 1989) y en los niveles tardíos de Cabezo Redondo (Soler, 1987) y Mas del Corral (Trelis, 1992), aunque en estos casos en mucho menor número.

2.1. Túmulos

Como ya hemos comentado, de los varios tipos de tumbas que J. Furgús individualizó en San Antón y Laderas del Castillo los más controvertidos han sido los llamados *crom-*

lechs y túmulos, para los que se han propuesto diversas explicaciones según los autores. Para V. Lull (1983: 337) los túmulos estarían formados por restos de construcciones o de derrumbes situados sobre las sepulturas que no habrían sido identificados por J. Furgús, aunque también considera la posibilidad, poco probable, de que fuera un tipo de continente funerario característico de estos dos yacimientos que, de este modo, evidenciarían una clara «afinidad ideológica» forzada por su gran proximidad geográfica (Lull, 1983: 341). M. S. Hernández (1985: 107), por su parte, los considera del Bronce Tardío al comparar el ajuar de uno de ellos con los célebres «conos» de oro del Tesorillo de Cabezo Redondo (Figura 12). Finalmente, R. Soriano (1989: 54) insistió en la idea de que se trata de un tipo de enterramiento característico de los poblados de la Vega Baja del Segura, señalando paralelos –ya recogidos con anterioridad por M. M. Ayala (1981)– en la necrópolis murciana de Cañada Alba. No obstante, un ligero repaso a la noticia publicada por E. Jiménez (1950: 183) sobre la excavación realizada en esta «necrópolis» en 1944 nos plantea serias dudas a la hora de admitir esta identificación con los *túmulos* de San Antón: aunque poco clarificadoras en ambos casos, no sólo difieren las descripciones de J. Furgús de las de E. Jiménez, sino que además sorprende el hecho de que ni en sus excavaciones, ni en las realizadas por L.

IV. Evaluación de los datos

Siret en 1918 ni en ninguno de los treinta «túmulos» explorados por el Conde de la Vega del Sella en esta necrópolis de Cañada Alba fueran encontrados jamás restos óseos que justificaran la presencia de un cadáver en alguna de estas supuestas tumbas (Jiménez, 1950: 184).

V. Lull (1983: 337) apuntó la posibilidad de que estos *túmulos* pudieran ser en realidad cistas de mampostería semejantes a las documentadas en La Bastida (Totana, Murcia) y Cerro de la Virgen (Orce, Granada). Es probable que tumbas de este mismo tipo fueran documentadas también por los hermanos Siret (1890: 161) en El Oficio y el propio yacimiento de El Argar, aunque no eran las más empleadas. Sin duda hemos de interpretar como tales la mayoría de los enterramientos que en su álbum se describen con un lacónico «*sepulcro hecho de piedras*» y que diferenciaron expresamente de las cistas compuestas por seis losas, mucho más abundantes. El caso de la tumba 275 de El Argar, descrito como «*sepulcro deforma redondeada, formado por piedras trabadas con tierra*», es sin duda el más claro. La tumba 100 de La Bastida –una cista de mampostería– no tenía ajuar, pero sí la tumba número 15 de las publicadas por V. Ruiz y C. Posac (1956), descrita como una fosa protegida con piedras y en la que aparece un pequeño vasito carenado y un cuchillo de

remaches junto al cadáver (Figura 16.1-2). No conocemos en detalle el ajuar de las sepulturas en cista de mampostería del Cerro de la Virgen a excepción de las dos que cegaban la acequia: una, además de varios adornos metálicos de plata y bronce, contenía un cuchillo de remaches, la parte superior de una copa y una vasija de forma ovoide; la otra una tulipa y un brazalete de plata (Schüle, 1967). En la tumba 275 de El Argar, a la que nos hemos referido con anterioridad, se halló un pequeño cuchillo de remaches y un punzón de metal. Los otros cuatro «sepulcros hechos de piedras» en los que se documentó ajuar proporcionaron, respectivamente, botones de marfil de perforación en V, una vasija de la forma 3 y un punzón de metal en la cista 202; un fragmento de colmillo de jabalí en la 214; un hacha de metal en la 427 y un pendiente de plata en la 577 (Siret y Siret, 1890, lám. 30, 37, 41, 51). Por tanto, en todos los casos en los que se ha identificado el ajuar de estas cistas de mampostería se observa una clara presencia de los productos argáricos más recurrentes: copas y tulipas cerámicas, alabardas, hachas y cuchillos de metal, adornos de plata, oro y cobre y en algún caso botones de marfil. Como resulta fácil comprobar, los contenidos de estas tumbas no difieren en general de los datos que conocemos acerca de los ajuares de los *túmulos* de San Antón y de las Laderas del Castillo.

IV. Evaluación de los datos

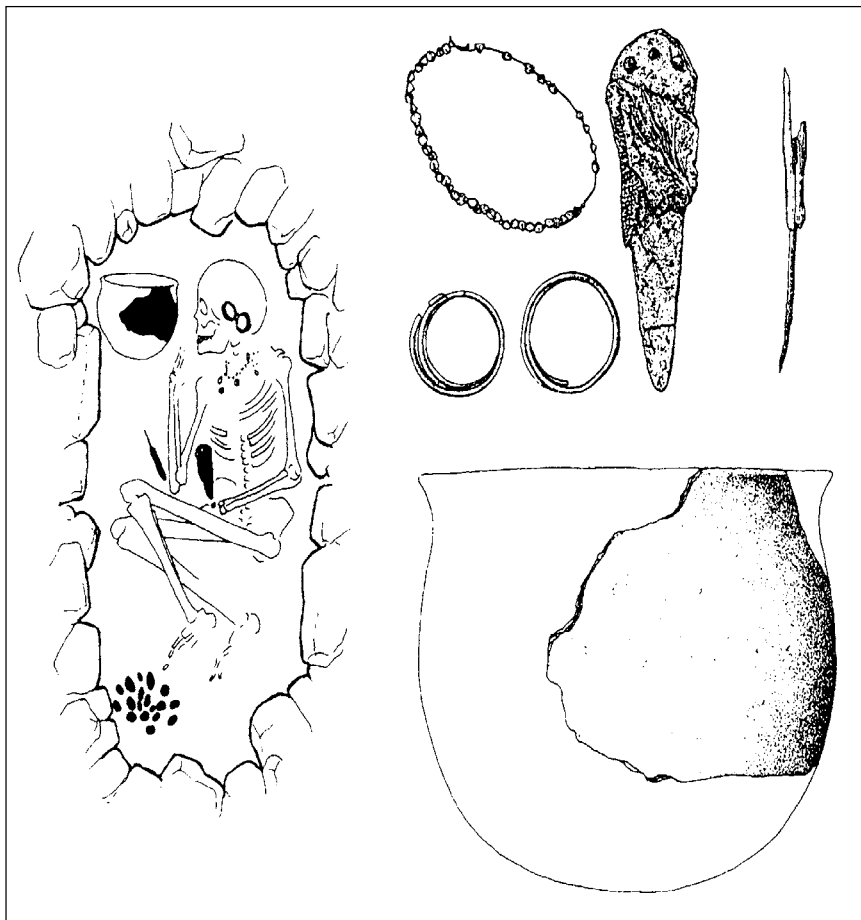


Figura 12: Reconstrucción hipotética de uno de los enterramientos «en túmulo» de San Antón, con su ajuar correspondiente (el ajuar metálico –excepto el punzón– de V. Pingel (1992: 15, fig. 7), el punzón y el vaso cerámico según J. Furgús (1905: 14).

Aunque la información es mucho más confusa, creemos que a éste se podría añadir uno de los enterramientos hallados por F. Figueras (1950: 30) en la Illeta dels Banyets, también descrito como «túmulo». Al margen de San Antón y Laderas del Castillo, la presencia de piedras cubriendo al cadáver se menciona expresamente en el caso de la Illeta dels Banyets y Tabaià, por lo que se ha de suponer que estas cistas tenían también una tapadera de piedras. Al respecto pueden ser ilustrativas las noticias publicadas por G. Schüle (1967: 119) acerca de algunas de las tumbas del Cerro de la Virgen (Orce, Granada). Aunque este autor las considera «fosas con paredes de piedra», indica que la sepultura 14, una de las de mayores dimensiones, contaba con postes de madera empotrados en los muretes y que en su interior se hallaron grandes cantidades de madera podrida, lo que era norma general encontrar en todas las sepulturas bien construidas.

Creemos verosímil que el hundimiento de la tapa de estas cistas, construidas con maderas y piedras, junto con los restos de estructuras murarias que ni el excavador jesuita ni J. Colominas supieron identificar, les hiciera sugerir a estos dos investigadores la forma tumular con la que han pasado a la bibliografía. Así se explicaría sin duda el gran número de estas tumbas en San Antón y Laderas del Castillo en comparación

IV. Evaluación de los datos

con las cistas de seis losas, para cuya construcción era necesario, como el propio J. Furgús señala, utilizar lajas de piedra que exigían desplazarse a una considerable distancia.

2.2. *Cromlech*

De los llamados enterramientos en *cromlech* poco es lo que se puede decir, salvo que muy probablemente correspondían a inhumaciones practicadas en la parte más alta del cerro asociadas directa o indirectamente por Furgús a restos de estructuras que evidentemente no supo identificar. El excavador jesuita, sin embargo, menciona que estos inhumados, aparte de carecer prácticamente de ajuar, estaban «...ordinariamente adosados a algún saliente de la sierra (y) (...) descansaban sobre la dura peña...» (Furgús, 1901: 713). Ésta podría ser una referencia a enterramientos en grietas naturales o covachas, también señaladas para otros yacimientos argáricos de Murcia y Almería, aunque en alguna ocasión se las ha interpretado como fosas (Soriano, 1989: 54).

2.3. *Cistas de mampostería*

De acuerdo con todo lo expuesto anteriormente, creemos posible afirmar que la mayor parte de los enterramientos definidos por J. Furgús como *túmulos* corresponden en realidad

a cistas de mampostería semejantes a las que se han documentado en otros ámbitos del grupo argárico y que ocuparían un horizonte cronológico similar al de aquéllas, y no solamente al Bronce Tardío como en alguna ocasión se ha propuesto (Hernández, 1986). Esta idea, estimulada fundamentalmente por el ajuar de uno de los *túmulos* de San Antón debería, en nuestra opinión, matizarse. De hecho, el paralelismo formal de los famosos «conos» de oro de este enterramiento con los aún más célebres «conos» del Tesorillo de Cabezo Redondo resulta tanto más lejano cuanto más se insiste en la visión de conjunto de la sepultura, cuyas similitudes con la norma general del enterramiento argárico parecen evidentes. En cualquier caso, estas piezas de San Antón continúan siendo excepcionales, y no creemos fácil precisar una cronología para ellas, pese a que recientemente se hayan señalado lejanos paralelos para las mismas (Brandherm, 1996: 52).

Frente al escaso número de cistas de mampostería constatadas en los yacimientos clásicos del Argar, en el área en estudio parece ser el tipo más generalizado. No obstante, de ellas sólo conocemos detalles de aquellas que sorprendieron por sus ajuares. Como ocurre en yacimientos del Sureste e incluso como también señaló Furgús, otras tumbas de mampostería debieron de ir acompañadas de escaso ajuar –a lo

IV. Evaluación de los datos

sumo algún vaso cerámico y conchas perforadas— y algunas carecerían por completo de éste, como sucede también en algunos yacimientos argáricos de Lorca (Martínez Rodríguez *et alii*, 1996: 44) o en el poblado de Gatas (Castro *et alii*, 1995). Quizá este tipo de tumbas sea el más extendido y generalizado en esta zona ante el coste social que supondría conseguir grandes lajas que permitiesen construir cistas de 6 losas. Son muy pocos los casos en que es posible detallar el contenido de estas sepulturas. De San Antón, por ejemplo, y excluyendo el enterramiento con los pequeños conos de oro ya mencionado, sólo conocemos el ajuar de una de estas tumbas, compuesto por una tulipa de carena baja y una pequeña copa (Furgús, 1937: 57). Del resto no conservamos más que referencias generales sobre los ajuares, pero no asociaciones significativas. De las Laderas del Castillo no tenemos mucha más información. Según J. Furgús una de las tumbas contenía, además de una vasija —sin que pueda especificarse su forma— y varios adornos metálicos —espirales, anillos y brazaletes de plata junto con dos anillos de oro—, un cuchillo y un hacha de metal cruzados uno sobre el otro. Por su parte, J. Colominas (1937) sólo publicó el ajuar de un *túmulo* en el que aparecieron un vaso de cerámica carenado y un pequeño puñal de remaches. Poco sabemos al respecto de las cistas de mampostería de Puntal del Búho y de la Illeta

dels Banyets; del primero desconocemos la posición del cadáver aunque se señala la presencia de un cuenco de forma esférica como ajuar, mientras que para el segundo apenas contamos más que con las vagas referencias de F. Figueras, quien también la describió como «túmulo». En cambio sí estamos bien informados del ajuar hallado en la cista de Tabaià, compuesto de un pequeño vaso de la forma 5 y una alabarda con 6 remaches en su placa de empuñadura (Figura 13). La aparición de algunas alabardas, cuchillos y puñales en «túmulos» de las Laderas del Castillo está confirmada por el propio J. Furgús (1937: 65).

A todas éstas, localizadas en yacimientos de clara adscripción argárica, hemos de sumar otras dos localizadas en Cabezo Redondo y Mas del Corral, en ambos casos asociados a niveles del llamado Bronce Tardío. En el primer caso, la tumba se localizó en el ángulo noroccidental del Departamento IV, conteniendo los restos de un individuo adulto en posición de decúbito lateral flexionado, sin que se haya podido relacionar claramente ningún objeto de ajuar con el mismo (Soler García, 1987) (Figura 14). Las mismas características parecen señalarse en el yacimiento del Mas del Corral, aunque en este caso, como ajuar apareció un pequeño vaso cerámico y una concha perforada (Trelis, 1992: 87).

IV. Evaluación de los datos

2.4. Cistas de lajas

Las cistas de lajas se han registrado también en San Antón, Laderas del Castillo e Illeta dels Banyets. En principio, son el tipo de tumbas menos numeroso –20 en San Antón, 7 en Laderas del Castillo y al menos 4 en la Illeta dels Banyets–.

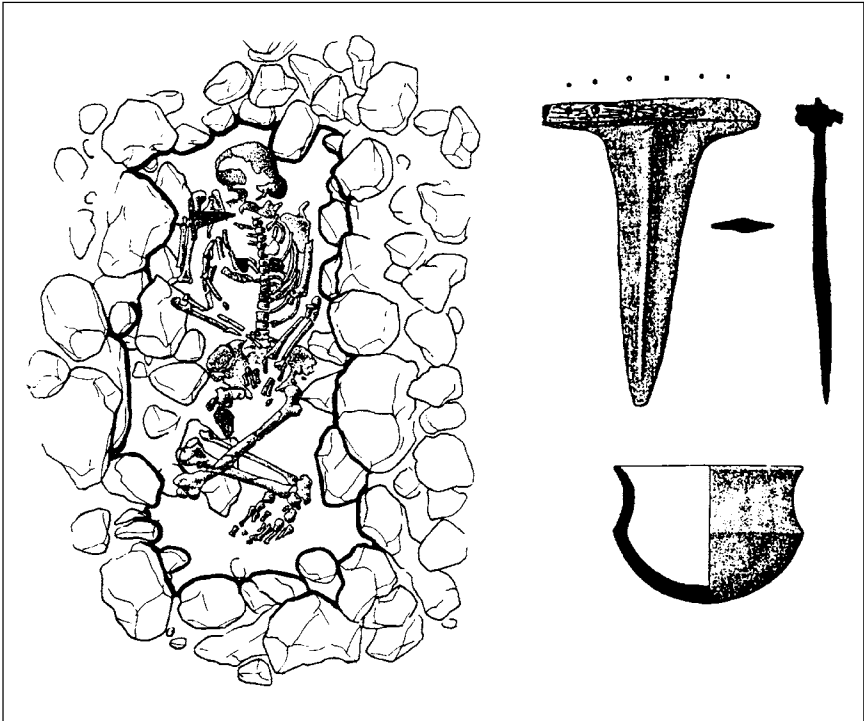


Figura 13: Enterramiento en cista de mampostería del Tabaià (Aspe) (Hemández, 1990: figs. 1-3).

Respecto a sus ajuares, es el único tipo de tumba al que se asocia la forma 6 de Siret (Lull, 1983: 65), ignorando si también corresponde a este tipo de vaso el que J. Furgús califica como de «forma desusada» y hallado en una cista en las Laderas del Castillo junto con un hacha de cobre, tres espirales, un anillo de plata y cerca de 6 docenas de botones de marfil. Esta cista no es la única donde aparecen gran cantidad de botones de perforación en «V», ya que en una de las de la Illeta dels Banyets aparecieron otros 58 junto con un puñal de remaches (Simón, 1988: 119).

2.5. Urnas

De todos los tipos de continentes funerarios habituales dentro de las prácticas funerarias argáricas, la forma más empleada para la inhumación en San Antón y Laderas del Castillo parece ser la urna. En menor medida se han documentado en Tabaià, no registrándose en la Illeta dels Banyets, Caramoro I ni Puntal del Búho. Su ausencia en el caso de la Illeta dels Banyets podría explicarse si tenemos en cuenta que este tipo de tumba se ha considerado tradicionalmente como característico de la fase B del Argar (Blance, 1971; Schubart, 1975), mientras que la cronología propuesta para el nivel que contiene los enterramientos de este poblado se remonta a los momentos iniciales del II milenio BC (Simón, 1988). En el

IV. Evaluación de los datos

Puntal del Búho su inexistencia no resulta significativa dado el carácter superficial de los datos de que disponemos.

Aspectos destacados de los enterramientos en urna son la abundancia de las inhumaciones infantiles y el escaso ajuar que suele acompañarlas, lo que las diferencia en poco de lo observado en los yacimientos más emblemáticos de la cultura argárica. De los conocidos en nuestra zona de estudio, tan sólo en un caso –una urna de Tabaià– se ha constatado la presencia de ajuar, consistente en un pequeño vasito carenado, un arete y punzones de hueso. Por los comentarios de J. Furgús (1937), sabemos que la disposición de las urnas y sus características son similares a otros yacimientos del Sudeste. Son de diferente tamaño según se trate de adultos o niños; la boca de las vasijas se tapaba habitualmente con una losa, aunque en alguna ocasión se utilizaba otra vasija, tal como ocurre, por ejemplo, en la Bastida de Totana (Martínez *et alii*, 1948), El Argar (Siret, 1890) o algunos yacimientos de Lorca (Martínez *et alii*, 1996).

Al igual que señalamos al respecto de las cistas de mampostería, también se han localizado enterramientos en urnas en Cabezo Redondo y en Mas del Corral, aunque en ambos casos se trata invariablemente de inhumaciones de adolescentes o infantes. En Cabezo Redondo se localizaron cuatro

inhumaciones de este tipo, repartidas en los Departamentos VIII, XIII (dos) y XVIII (Figura 14), mientras que en Mas del Corral se documentaron también dos pequeños cuencos, uno de ellos cerrado por medio de otra vasija, que contenían cada uno, como las antes mencionadas, los restos de dos infantes. Según su excavador, estas tres inhumaciones se asocian a un nivel con cerámicas decoradas –incisas con motivos en zig-zag, cuadrados y reticulados– y vasos con carenas típicas del Bronce Tardío (Trelis, 1992: 87). Al parecer sólo una urna de las localizadas en el Departamento XIII de Cabezo Redondo ofreció ajuar, consistente en un fragmento longitudinal de hueso con una entalladura lateral en uno de sus extremos.

2.6. Fosas

Junto a las urnas encontramos fosas. Su representación es amplia al menos en San Antón, y en menor medida en las Laderas del Castillo, Illeta dels Banyets y Caramoro I. La abundancia en San Antón contrasta claramente con su escasez en el resto de yacimientos argáricos alicantinos, murcianos y almerienses (Lull, 1981, 1983). Es curioso observar cómo J. Furgús no consideró la «fosa» dentro de los tipos de enterramiento registrados en sus trabajos arqueológicos en Laderas del Castillo (Furgús, 1937). Por el contrario, este tipo

IV. Evaluación de los datos

sí lo constató J. Colominas (1936) en las excavaciones emprendidas años más tarde. En San Antón, las inhumaciones con objetos de oro como ajuar se asocian en buena medida a fosas. Se puede entrever que en este poblado las fosas eran en su mayor parte individuales –en algún caso se da la doble inhumación– con ajuares muy ricos consistentes en adornos de plata y oro. En algunas ocasiones estas fosas estaban asociadas a cráneos sueltos situados en sus bordes, lo que indujo a pensar al jesuita en la importancia social de estos inhumados frente al resto. Esta noticia tiene difícil explicación, ya que no conocemos ejemplos de tumbas de otros yacimientos del Sureste de cronología contemporánea donde se repita esta circunstancia. Es posible que se trate de enterramientos que afectaran a inhumaciones anteriores o incluso que se utilizara la misma fosa para más de un individuo.

2.7. Covachas

La existencia de enterramientos «en covacha» en el interior de los asentamientos argáricos no fue generalmente admitida hasta la publicación parcial de los trabajos desarrollados por el Instituto Arqueológico Alemán en el yacimiento almeriense de Fuente Álamo. Sin embargo, no parece que el número de las identificadas hasta ahora permita suponer un uso generalizado de las mismas, aunque este tipo ha sido documentado en

yacimientos de la cuenca del río Vera como El Argar, Gatas y el ya señalado de Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1986). En cambio, en nuestra zona de estudio no se han localizado sepulturas similares en ninguno de los yacimientos argáricos conocidos. Tal vez algunas de las referencias de J. Furgús acerca de las tumbas denominadas por él como *cromlech*, y que se encontraban en la parte más alta de la ladera de San Antón, podrían, como ya hemos indicado, relacionarse con este tipo de inhumaciones, como también podría ocurrir en el caso de algunos de los enterramientos en fosas.

En Cabezo Redondo, sin embargo, resultan ser un tipo de inhumación bastante corriente, a juzgar por los datos de las antiguas excavaciones de J. M. Soler. Este investigador constató la utilización de grietas naturales situadas bajo el piso de las unidades domésticas –Departamento X– y tumbas artificiales «en pozo» excavadas en la roca yesosa –Departamento 11–, en ambos casos con inhumaciones dobles (Figura 14). Los cadáveres se encontraban en posición flexionada, con escaso ajuar, constatándose tan sólo un pequeño vaso cerámico carenado en el Departamento X (Figura 4.1).

De acuerdo con las estratigrafías publicadas por J. M. Soler (1987) todos estos enterramientos deberían ponerse en relación con niveles del Bronce Tardío. Resulta curioso ob-

IV. Evaluación de los datos

servar las evidentes similitudes que ofrece en determinados aspectos el sistema de enterramiento documentado en algunos poblados granadinos –al menos en un caso relacionados también con cerámicas típicas del Bronce Tardío del Sureste (Molina *et alii*, 1986: 359)– con los registrados en Cabezo Redondo. En lo que concierne al enterramiento dentro de los recintos de habitación y al margen de excepciones particulares –que se dan por ambas partes–, se aprecia una preferencia por el enterramiento en grieta o fosa excavada en la roca en yacimientos como Cuesta del Negro, Loma de la Balunca o Castellón Alto (Lull, 1983; Molina *et alii*, 1986: 356). Este tipo de inhumación aparece documentada, como acabamos de ver, en los departamentos II y X de Cabezo Redondo, cobijando en ambos casos los cuerpos de dos inhumados. Este hecho es más significativo aún si consideramos el número tan elevado de inhumaciones dobles realizado en esas covachas artificiales granadinas –en ocasiones con una especie de nicho lateral que como vimos también aparece en Cabezo Redondo (Departamento II)– en las que al igual que en Villena se aprecia una remoción del cadáver inhumado en primer lugar. No menos interesante es destacar que en todos estos poblados parecen ser los niños y adolescentes los únicos inhumados en urnas, además de hacerlo

en algún caso acompañando a individuos adultos en oquedades abiertas en la roca.

En definitiva, podemos asegurar que todos los tipos de tumbas característicos del ámbito argárico se constatan plenamente en los yacimientos antes mencionados, pudiendo destacar la ausencia de urnas en alguno de los poblados –Illeta dels Banyets, Caramoro I– y la abundancia de fosas en el yacimiento de San Antón, sin que podamos comparar a nivel estadístico ni los tipos de tumbas, ni la posición, sexo y edad de los cadáveres, ni tampoco los ajuares. La zona en la que se determinan prácticas funerarias que responden a las normas del grupo argárico se restringiría por tanto a la Vega Baja, Camp d’Elx y Camp d’Alacant, es decir, el corredor de la Vega del río Segura teniendo como límite las estribaciones montañosas más meridionales de las unidades geológicas de la Zona Subbética y Prebético Meridional.

Sin embargo, en la fase arqueológica conocida como Bronce Tardío esta delimitación espacial variará sustancialmente, al constatarse la presencia de enterramientos en el interior de las unidades de habitación también en la Zona del Prebético Meridional, algunos de los cuales fueron la base para la consideración argárica del Alto Vinalopó (Tarradell, 1965).

IV. Evaluación de los datos

3. Prácticas funerarias: coste y valor social

Basándonos en la información manejada, son muy escasas las valoraciones que se podrían realizar en cuanto al coste social de los continentes y el valor social de los contenidos funerarios. Para la zona argárica, las descripciones de J. Furgús, J. Colominas o F. Figueras nunca llegaron al extremo de detallar pormenorizadamente sus hallazgos en las sepulturas, de modo que no es posible realizar asociaciones concretas entre sexo y cantidad de los inhumados con los distintos tipos de contenidos y continentes funerarios. Mucho más incompleta es la información procedente de la zona no argárica (exceptuando, quizá, los trabajos de J. M. Soler), en la que el área de inhumación aparece disociada de las zonas de hábitat y que con frecuencia han sido sistemáticamente expoliadas. A lo sumo, se dispone de informaciones muy sucintas acerca de un puñado de enterramientos cuyo exiguo número impide plantear analítica alguna que ofrezca un mínimo de representatividad.

El empleo de cuevas y covachas como continente funerario supone un escaso coste social para las comunidades que los utilizaron, fundamentalmente porque no requieren de ninguna inversión temporal en su construcción y su proximidad a los lugares de residencia, suficientemente contrastada, minimi-

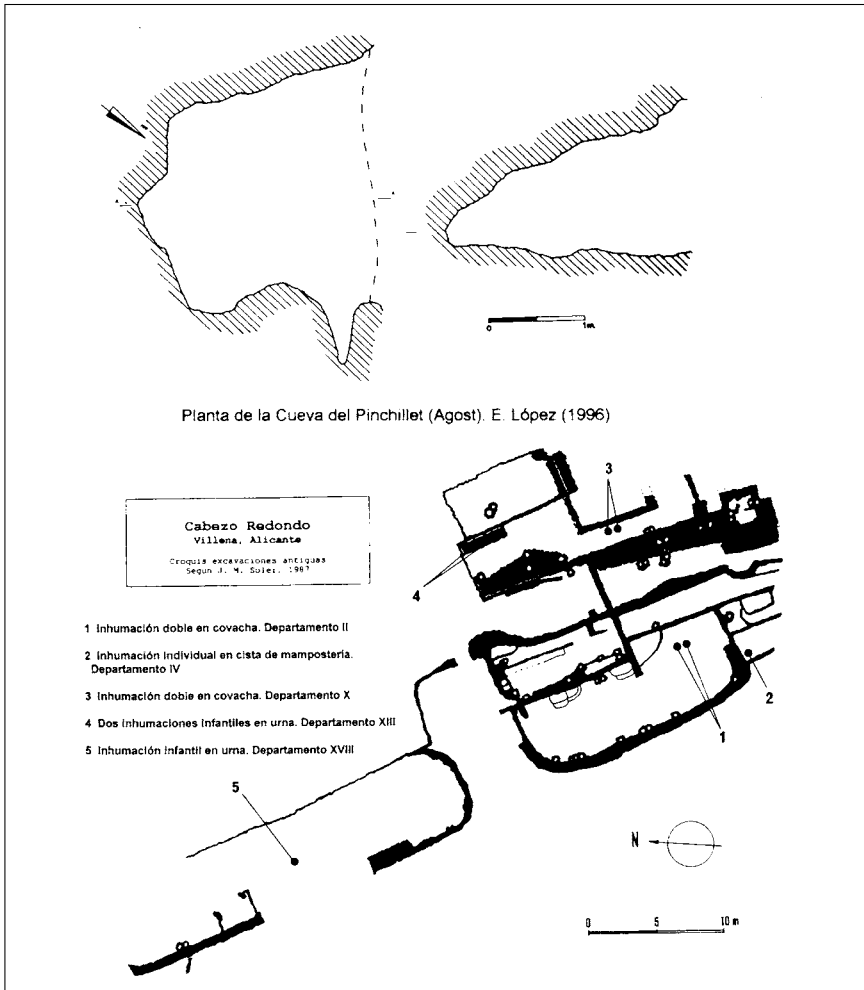


Figura 14: Distribución de los enterramientos en el interior de los departamentos de Cabezo Redondo (Villena).

IV. Evaluación de los datos

za los desplazamientos. Únicamente habría que contemplar como inversión de trabajo la que supone el acondicionamiento de los continentes, especialmente la limpieza, vaciado, cerramiento de la boca de la cueva o covacha y, en algunos casos, ligeras obras de infraestructura que delimitasen el espacio funerario, como lajas o bloques de piedra hincados.

Respecto a los distintos tipos de inhumaciones en el interior de las unidades de habitación –fosa, urna, cista de mampostería y cista de lajas–, es evidente que la inversión de trabajo y el coste social que supone su construcción es, en todos los casos, superior al que supone realizar las prácticas funerarias aprovechando grietas o covachas cercanas a los lugares de residencia. Sin embargo, no hemos de sobrevalorar este hecho, ya que la materia prima empleada en la construcción de las tumbas parece proceder del entorno inmediato, no presentando grandes problemas en su obtención, y sin necesidad de ninguna especialización laboral ni de una inversión temporal considerable.

El trabajo invertido en la realización de los diferentes tipos de continentes utilizados en el ámbito argárico puede parecer, en primera instancia, considerablemente diferente. Sin embargo, en nuestra opinión disponemos de varios elementos que permiten justificar más bien lo contrario, es decir, que

el coste social y la inversión de trabajo que supone la construcción de los diferentes tipos de continentes fue más bien escaso y bastante equiparables.

Posiblemente el que menos trabajo supone son las fosas, ya que consiste en la realización de un hoyo bajo el pavimento, empleando algún tipo de arcilla –aunque no necesariamente– para regularizar su superficie y algunas tablas de materia orgánica y piedras en la cubrición del cadáver. Mayor inversión supone el empleo de urnas, al tener que sumar a los mismos elementos empleados en la construcción de una fosa, el valor social del vaso cerámico amortizado. No obstante, en la mayoría de los casos parece tratarse de recipientes que previamente han tenido un uso prolongado como contenedores y que no han sido fabricados expresamente para tal menester, a pesar de su aparente normalización morfológica (Lull, 1983).

En el mismo sentido tenemos que considerar la construcción de las cistas de mampostería. A la realización de la fosa se debe añadir el levantamiento de pequeños muretes trabados con arcilla o barro para los que normalmente se emplearían materias primas locales. Ejemplos significativos son la cista de mampostería documentada en Tabaià (Aspe) o en el Puntal del Búho (Elche), donde la materia prima empleada

IV. Evaluación de los datos

son bloques de areniscas calcáreas y margas de las que existen en abundancia en la misma banda del Mioceno sobre la que se ubican los asentamientos. Lo mismo podemos señalar para la Illeta dels Banyets, San Antón de Orihuela y Laderas del Castillo (Callosa del Segura).

En cualquier caso, la construcción de una cista de mampostería tampoco supone una inversión de trabajo considerable ni una especialización laboral. Como ejemplo podemos indicar que los firmantes de este trabajo tuvieron, además de la oportunidad de excavar varias cistas de mampostería en el yacimiento de Tabaià (Aspe), bajo la dirección del Dr. M. S. Hernández Pérez, la ocasión de construir una de ellas para la exposición permanente de Prehistoria que existe actualmente en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante. En su montaje se empleó materia prima de la Sierra de Tabaià (Aspe) y el tiempo invertido por tres personas en su construcción no superó las dos horas.

Mayor inversión parece corresponder a las cistas de lajas, ya que en muchos casos es necesario desbastar y escuadrar algunas de las losas, que además han de obtenerse de lugares muy específicos, que en principio pueden hacer pensar en un coste y una inversión considerable en su transporte. Sin embargo, desde nuestra perspectiva este aspecto debe ser

matizado, al menos para la zona en estudio. En el caso de la Illeta dels Banyets (El Campello), la misma isla y una amplia zona costera situada en el entorno inmediato del yacimiento está constituida por estratos de areniscas –calcarenitas– de diferentes espesores, a modo de bandas superpuestas, fácilmente extraíbles y aprovechables como lajas. Como referencia significativa, se ha de señalar que la misma torre costera de defensa levantada en la Illeta está forrada de lajas obtenidas del mismo lugar.

Mayor coste debió suponer para las poblaciones de San Antón (Orihuela) y Laderas del Castillo (Callosa de Segura) ya que, tal como señala J. Furgús (1937), las lajas de arenisca empleadas en su construcción no existen ni en las sierras de Orihuela ni de Callosa del Segura. El lugar más próximo parece ser la Loma de Hurchillo situada en la margen derecha del río Segura y a unos 4 km de distancia de San Antón y a algo más de 6 km de las Laderas del Castillo. Sin embargo, el mismo coste social e inversión laboral que supone obtener las lajas para la construcción de las tumbas hubo de invertirse, por ejemplo, en la adquisición de bloques rocosos para la fabricación de molinos y molederas.

Creemos que no se debe sobrevalorar la inversión realizada en la construcción de los diferentes tipos de continentes fune-

IV. Evaluación de los datos

rarios ni que su coste social deba ser contemplado como un balance diferencial significativo. En nuestra opinión, algunos datos vienen a apoyar esta escasa inversión en los continentes funerarios. Es curioso observar cómo en los asentamientos situados en el curso bajo del río Vinalopó, especialmente en los excavados ampliamente –Tabaià (Hernández, 1990), Caramoro I (Ramos, 1988; González y Ruiz, 1995)–, no se ha documentado ninguna cista de lajas, hecho que se justifica por la inexistencia en los entornos inmediatos de placas de arenisca de tamaño considerable fácilmente aprovechables. Su obtención y transporte desde lugares bastante alejados supondría una considerable inversión y una especialización laboral de trabajo de cantería que no pareció existir.

En el mismo sentido, el mayor número de cistas de lajas documentadas en San Antón (Orihuela) –20– no debe ser explicado, solamente, por el mayor número de tumbas excavadas, sino por su proximidad a la fuente de aprovisionamiento. Con todo, el número de cistas de lajas en San Antón únicamente supone el 2,5 % del total de tumbas excavadas por J. Furgús, porcentaje nada significativo si tenemos en cuenta las noticias procedentes del yacimiento de Cobatillas la Vieja (Murcia) situado a escasamente 11 km de distancia en la misma cuenca del Segura y donde la obtención de la-

jas se puede efectuar en el mismo emplazamiento. En un reciente informe sobre este yacimiento situado en uno de los cerros que componen el Monte de la Flechas se indica que la excavación realizada en los años 1976 y 1977 por un equipo de la Universidad de Murcia bajo la dirección de la Dra. Muñoz Amilibia, se documentaron varios enterramientos en cista de lajas y que las expoliaciones realizadas en los últimos años afectaron a 23 enterramientos en cistas (Medina *et alii*, 1994: 11). Por lo tanto, la mayor o menor presencia de un tipo u otro de continente funerario parece estar condicionada por la disponibilidad y facilidad de obtención de los materiales constructivos.

Del mismo modo, tampoco se puede establecer una relación directa entre tipo de continente funerario y el valor social del ajuar que acompaña a los cadáveres. A un supuesto mayor coste social de la tumba, no se corresponde un mayor valor social de los ajuares. Es precisamente en las fosas y en algunas cistas de mampostería de San Antón, Laderas del Castillo, Illeta dels Banyets y Tabaià donde se ha documentado la deposición de ajuares a los que, en principio, debemos considerar como de mayor valor social ante la presencia de alabardas y adornos personales de oro y plata; por otro lado, si existe un tipo de continente funerario donde los

IV. Evaluación de los datos

contenidos parecen tener un menor valor social es en las urnas, habiéndose documentado un gran número de ellas sin ningún tipo de ajuar. Ello coincide en buena medida con el hecho de que la inmensa mayoría de este tipo de tumbas albergaron cadáveres infantiles o a lo sumo adolescentes, circunstancia que también acontece en otros yacimientos argáricos del Sudeste (Schubart y Arteaga, 1986; Castro *et alii*, 1995; Martínez *et alii*, 1996).

Así pues, si para el ámbito argárico el valor social del contenido de las sepulturas muestra una amplia disimetría –que ha servido como base para elaborar una propuesta de estructuración social (Lull y Estévez, 1986)–, en la Zona del Prebético Meridional, en donde se utilizan exclusivamente las cuevas y covachas como contenedores funerarios, este desequilibrio no se manifiesta de modo tan acusado. No es raro, como se ha visto, la presencia de productos metálicos, especialmente adornos en forma de colgantes, aretes, espirales y brazaletes y, en al menos dos casos, pequeños cuchillos de remaches –Mas de Felip (Ibi) y Cova de la Barsella (Torremanzanas)–. En cualquier caso, para poder conseguir esta serie de productos, dejados para siempre con las inhumaciones, sería necesario generar un excedente que, aunque difícilmente cuantificable, permitiese la obtención de la materia prima

para su elaboración o bien la consecución de los productos, ya manufacturados, por medio del intercambio y del mantenimiento de unas relaciones sociales con los grupos argáricos.

Uno de los aspectos menos valorados en relación al rito de inhumación en las comunidades del Argar ha sido la presencia como parte del ajuar funerario de porciones selectivas de carne. La aparición de restos óseos de animal en el interior de las tumbas de la Cultura de El Argar fue constatada desde el primer momento por L. Siret (1890), quien si bien no

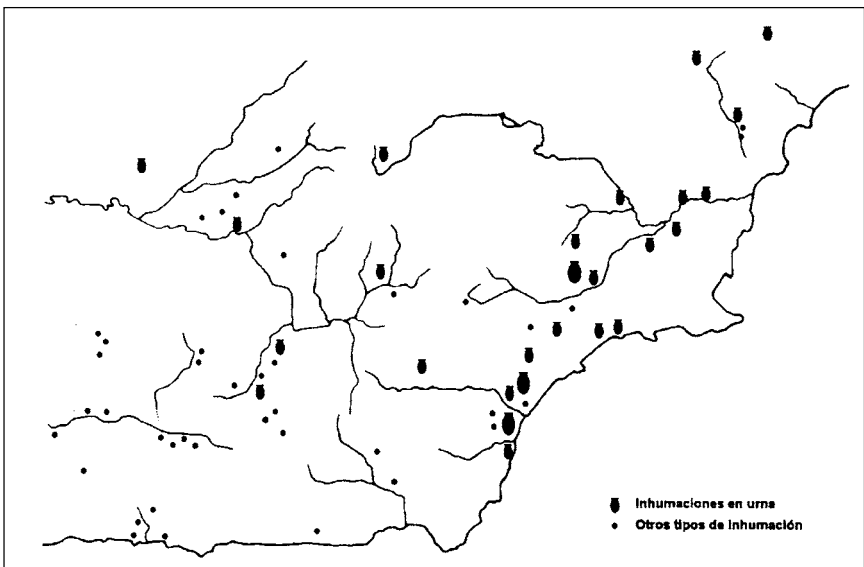


Figura 15: Yacimientos con inhumaciones en urna en el Sudeste (según V. Lull y J. Estévez, 1986).

IV. Evaluación de los datos

publicó una documentación exhaustiva de este tipo de restos, sí hizo mención de su hallazgo en algunas tumbas significativas. Así por ejemplo, señala la presencia de un húmero izquierdo y un astrágalo de buey, junto con un metapodio de algún tipo de ungulado en la sepultura número 1 de Ifre; un fémur también de buey en la tumba número 6 de Gatas; la tibia derecha, calcáneo y astrágalo de un buey en la tumba 9 de Fuente Álamo, y otra tibia derecha de buey en la tumba 7; finalmente, de El Argar señaló la abundancia de huesos de tibias, astrágalos y calcáneos de buey así como tibias y rara vez húmeros de ovicaprinos; sólo en la tumba 634 se menciona la presencia de un húmero de conejo.

Excavaciones más recientes han venido a confirmar la deposición de trozos de carne en las tumbas argáricas como un rasgo característico del rito funerario. En Lorca, las últimas excavaciones publicadas informan de la presencia de huesos de las extremidades de ovicaprinos en los enterramientos localizados en varios yacimientos. Así ocurre, por ejemplo, en Los Cipreses, Convento de las Madres Mercedarias, C/ Zapatería y Cerro Negro de Jofré (Martínez *et alii*, 1996). De los datos conocidos se desprende que en los yacimientos argáricos de Lorca la introducción de porciones de carne de animal –siempre de las extremidades– no se halla relaciona-

do, en principio, con ningún tipo de sepultura en concreto, ya que su aparición se produce tanto en el interior de covachas como de cistas de lajas o urnas.

En los yacimientos de Granada también fue constatada la presencia de restos óseos animales en la mayoría de las 62 tumbas argáricas de Castellón Alto (Galera) y en todas y cada una de las 17 sepulturas de Terrera del Reloj (Dehesa de Guadix). En el primero de estos yacimientos acostumbraba a aparecer un fémur de ovicaprino cerca de la cabeza de los inhumados, mientras que en Terrera del Reloj también aparecían patas de bóvido en algunas sepulturas (Molina *et alii*, 1986: 355).

El hallazgo en Tabaià del cadáver de un individuo acompañado de una alabarda, un pequeño vaso carenado y, junto al brazo derecho, el radio y la ulna de un ovicaprino adulto (Hernández, 1990: 88) confirma la presencia de un elemento más del rito funerario argárico en su más pura manifestación. Desgraciadamente, carecemos de datos al respecto que confirmen este mismo extremo en otros yacimientos completamente excavados, como San Antón o Laderas del Castillo, ya que ni J. Furgús ni J. Corominas mencionaron nunca este detalle si es que llegaron a reparar en él. De la Illeta dels

IV. Evaluación de los datos

Banyets, por otra parte, no se ha publicado hasta la fecha información alguna al respecto.

Por último, se ha de señalar la total ausencia de estudios paleoantropológicos en relación a los restos humanos localizados en los enterramientos referidos. A la espera de la publicación de algunos recientísimos trabajos (Cloquell y Aguilar, 1996a; 1996b), en lo que se refiere a los enterramientos de la Edad del Bronce sólo contamos con el análisis realizado a un inhumado infantil procedente de Caramoro I (Elche) (Cloquell y Aguilar, 1996c), faltando por completo información publicada en lo que concierne a edad, sexo o paleopatologías en la totalidad de la muestra, a excepción del caso ya mencionado.

La ausencia de datos referentes al sexo de los individuos inhumados nos impide conocer información vital referente a posibles normas rituales de enterramiento, su asociación a tipos de sepulturas diferentes o a tipos de ajuares concretos. La relación armas = hombre / adornos = mujer, utilizada en algunas ocasiones para la zona argárica, creemos que no puede resultar útil para buena parte del área en estudio, por cuanto que parece registrarse una preferencia por los adornos como ajuar funerario exclusivo frente a las armas, prácticamente ausentes de los ajuares en la zona no-argárica.

Figura 16: Ajuares funerarios: 1 y 2. La Bastida (Totana, Murcia) (V. Ruiz Argilés y C. Posac Mon, 1956); 3. El Argar (Antas, Almería) (V. Pingel, 1992); 4. El Argar (Antas, Almería) (E. y L. Siret, 1890); 5. La Bastida (Totana, Murcia) (J. Martínez Santa-Olalla *et alii*, 1948); 6. Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (F. Molina y E. Pareja, 1975).

A falta de una discriminación sexual, debemos conformarnos con una discriminación en base a la edad, aspecto éste tratado también de modo muy general, pues si resulta corriente la determinación de los inhumados infantiles, no hay información suficiente que nos permita diferenciar a los adultos de los sub-adultos y ancianos, hecho éste que supone otra merma importante del registro. De hecho, las menciones de cadáveres de edad infantil publicadas se deben en la mayoría de los casos a observaciones no realizadas por especialistas.

Los enterramientos infantiles se localizan en una amplia zona y utilizan continentes muy diferentes, determinándose inhumaciones en covacha, cista, fosa y urna. De los yacimientos inventariados por nosotros, se han localizado dos inhumaciones en cuencos en Mas del Corral (Alcoi); una inhumación en grieta en Ull del Moro (Alcoi), acompañando a un individuo adulto; en Cabezo Redondo se localizan seis: en cista, dentro de la Cueva 1, en covacha, en el Departamento II,

IV. Evaluación de los datos

acompañando a un adulto y en urnas, en los departamentos VIII, XIII (dos) y XVIII; en un enterramiento en grieta, en el Peñón del Trinitario; al menos tres individuos infantiles dentro de una grieta en La Horna (Aspe); una inhumación en fosa en la Illeta dels Banyets (El Campello); otra inhumación en fosa en Caramoro I (Elche) y un número indeterminado de enterramientos infantiles (al parecer predominantemente en urnas) en las Laderas del Castillo (Callosa del Segura) y San Antón (Orihuela).

En cambio, adultos inhumados en urnas sólo se han localizado en los yacimientos de San Antón y Laderas del Castillo aunque de las descripciones de J. Furgús se desprende que fueron minoritarios en comparación con las inhumaciones infantiles. Hay indicios, igualmente, de adultos en urnas en el yacimiento del Tabaià (Aspe), aunque procedentes de excavaciones clandestinas.

Partiendo de la base de que las prácticas funerarias documentadas en el interior de las zonas de hábitat en los yacimientos señalados se corresponden con los rasgos que definen la norma argárica (González, 1994), creemos estar en condiciones de evaluar las hipótesis que sobre la delimitación de la sociedad argárica se han manejado hasta la fecha.

V. Evaluación de las hipótesis

A la luz de lo anteriormente expuesto, parece claro que hay indicios suficientes para considerar la existencia en la zona en estudio de al menos seis asentamientos en los que se practicó el enterramiento dentro de los más puros «cánones» argáricos: éstos son San Antón, Laderas del Castillo, Illeta dels Banyets, Tabaià, Caramoro I y Puntal del Búho. De todos ellos, los dos primeros gozaron desde muy antiguo de la plena consideración de «argáricos». Las publicaciones de J. Furgús dejaban pocas dudas al respecto, ya que la cantidad de tumbas excavadas –entre 800 y 1.000 en San Antón–, su morfología y el ajuar que contenían evidenciaban sus relaciones culturales con los yacimientos almerienses (Siret, 1905: 375). Sobre el resto, sin embargo, el debate se ha cerrado en fechas bastante más recientes (Simón, 1988; Hernández, 1990; González y Ruiz, 1995).

En cambio, la polémica acerca de la determinación de los límites o zonas de contacto entre la sociedad argárica y las

V. Evaluación de las hipótesis

sociedades adyacentes no ha sido todavía resuelta de modo unánime. Como resultado de la evaluación de los datos, las proposiciones observables que se pueden reseñar en relación con las hipótesis a evaluar son las siguientes:

1) El Corredor por donde discurre el río Segura, el Camp d'Elx y las zonas litorales del Camp d'Alacant, es decir, la fosa tectónica que es continuación de la del río Guadalentín y que se dirige hasta el Cabo de las Huertas de Alicante, delimitada en el oeste y noroeste por las estribaciones montañosas del Subbético y Prebético Meridional –Sierra de Abanilla, Sierra de Crevillente, Sierra de la Madera, Sierra de Tabaià, Sierra de Sancho, Sierra de Fontcalent–, constituye el espacio geográfico que fue ocupado por poblaciones que podemos considerar como argáricas, al constatarse la realización de prácticas funerarias normalizadas y homogéneas conforme a las normas establecidas en el seno de esta sociedad. Al mismo tiempo, la presencia de determinados productos –especialmente copas– en ámbitos domésticos es el segundo indicador que viene a apoyar esta proposición.

2) En el resto del territorio en estudio, el Prebético Meridional valenciano, se desarrolla contemporáneamente a El Argar otro grupo arqueológico, con rasgos culturales singulares, cuyo principal exponente es la realización de prácticas fu-

nerarias fuera de las zonas de hábitat, aprovechando como continente cuevas, grietas o covachas próximas a los asentamientos. El número de inhumados nunca parece ser inferior a dos y los ajuares que les acompañan muestran una preferencia por productos metálicos de adorno personal.

Los límites meridionales de este grupo arqueológico vienen dados por la alineación de sierras ya señaladas con anterioridad y que con sentido SO-NE le separan del ámbito argárico. Sus límites septentrionales y orientales son una cuestión todavía pendiente, aunque los recientes trabajos en la zona de Almansa (Albacete) (Simón, 1986; Hernández *et alii*, 1994) muestran rasgos culturales muy diferentes que podrían ser interpretados en este sentido.

3) A partir del Bronce Tardío, se observan cambios en la fenomenología arqueológica, indicadores de un nuevo panorama social. Toda el área en estudio –Bético-Subbético Prebético– pasó a estar integrada en una realidad social diferente a las anteriores y para la que todavía no se cuenta con las suficientes bases como para realizar su caracterización espacial. Lo que sí se puede señalar en lo que respecta a las prácticas funerarias, teniendo como base empírica principal las evidencias del asentamiento de Cabezo Redondo (Villena), es la utilización como continente tanto de covachas situadas fuera de

V. Evaluación de las hipótesis

la zona de hábitat como de cistas, fosas, urnas y covachas artificiales ubicadas en el interior de los espacios domésticos y cuyos ajuares —en caso de acompañar al difunto— responden a esa nueva fenomenología material que viene a caracterizar a esta fase arqueológica: vasos geminados con carenas muy angulosas y amplia boca, trompetillas de oro, etc.

Teniendo en cuenta esta serie de proposiciones observables estamos en condiciones de evaluar las diferentes hipótesis planteadas al inicio del trabajo.

La primera de ellas, aquella que proponía que el límite de El Argar debía establecerse en la cuenca del río Segura, es refutada por la primera de las proposiciones apuntadas, ya que se registran yacimientos en lugares mucho más septentrionales en los que se realizaron prácticas sociales argáricas.

La segunda de las hipótesis que indicaba que los límites debían situarse en la cuenca del Vinalopó, considerando la posibilidad de que en esta misma unidad fisiográfica pudiesen convivir asentamientos argáricos con no argáricos, también puede ser refutada si la consideramos en sentido estricto. Aunque la evaluación realizada nos ha permitido contrastar la presencia de asentamientos argáricos en el cauce Bajo del río Vinalopó, las prácticas argáricas están documentadas

en territorios más septentrionales –Camp d’Alacant–, y en sentido riguroso, la convivencia entre grupos humanos con prácticas funerarias y sociales diferentes no se dio en un mismo espacio, sino en territorios diferenciados dentro de una misma cuenca.

Del mismo modo, tampoco podemos validar la tercera de las hipótesis planteadas que establecía el límite entre ambas sociedades en la cuenca del Vinalopó aunque en este espacio y sus zonas colindantes se podría haber dado una facies comarcal donde se fundieron elementos característicos de ambas sociedades. Esta supuesta facies comarcal estaría caracterizada en el plano material y en principio, por una mayor presencia de productos metálicos y vasos cerámicos con mejor tratamiento superficial que los vasos del «Bronce Valenciano» (Hernández, 1985).

No podemos validar esta hipótesis por varios motivos que se resumen en:

a) Si la facies comarcal está constituida por la simbiosis de rasgos culturales de ambas sociedades también debería afectar a las prácticas funerarias y como hemos contrastado este fenómeno no se produce.

V. Evaluación de las hipótesis

b) En lo que se refiere a la mayor presencia de productos metálicos se explica por varios factores como son el mayor grado de profundización en la investigación, mayor número de excavaciones y sobre todo, una mayor proximidad a las vetas de minerales transformables en cobre.

c) En tercer lugar, el tratamiento de las superficies de los vasos cerámicos no es diferente al de otros yacimientos más septentrionales como puede ser la Muntanya Assolada (Martí, 1983), Lloma de Betxí (De Pedro, 1995) o incluso el mismo Cerro de los Cuchillos (Hernández *et alii*, 1994). Además, en ninguno de los asentamientos del Medio y Alto Vinalopó se han documentado formas cerámicas consideradas como argáricas (Jover *et alii*, 1989, 1995).

La refutación de las tres hipótesis propuestas hasta la actualidad nos lleva a proponer una nueva hipótesis que se aproxime más a la realidad histórica en estudio.

La hipótesis que debe ser validada es aquella considerada en las proposiciones observables extraídas de la evaluación de la base empírica disponible: La sociedad argárica realizó su expansión hacia zonas septentrionales siguiendo la fosa tectónica por donde discurren los ríos Guadalentín y Segura y que se dirige hacia el Cabo de las Huertas (Alicante), teniendo como límite espacial el arco montañoso constituido por

las sierras de Abanilla, Crevillente, Madera, Negra, Tabaià, Sancho, Fontcalent, y que con dirección SO-NE delimita el Corredor de la Vega Baja – Camp’Elx – Camp d’Alacant.

VI. «Arqueología de la muerte». Algunas reflexiones

Es evidente que de las diversas formas o tipos de enterramiento constatados en las dos áreas –una argárica y otra no argárica– que el registro nos ha permitido distinguir para las fases previas al Bronce Tardío unas –prácticas funerarias en grieta o cueva, bien sea múltiple, doble o individual– ya están presentes en momentos previos –Campaniforme (Ruiz, 1990) u Horizonte Campaniforme de Transición (Bernabeu, 1984)–, mientras que otras –enterramiento individual en el interior de poblados– parecen gestarse a inicios del II milenio BC en determinadas áreas de la Península Ibérica al modificarse las estructuras sociales en un proceso tendente hacia una clara estratificación social.

En el Dominio Bético valenciano –Bético, Subbético, Prebético Meridional–, asociado al Campaniforme, documentamos cambios en el patrón de asentamiento, íntimamente unidos al proceso histórico desarrollado en zonas más

meridionales del Sureste. A este respecto, la investigación desarrollada en los últimos años ha permitido distinguir dos zonas (Ruiz, 1990: 79). Por una parte, un área meridional, entre el río Segura y la cuenca del Vinalopó, donde encontramos un hábitat bastante diversificado –tanto en llano como en altura– con la constatación de las primeras estructuras estables en altura –Las Espeñetas (Orihuela), Les Moreres (Crevillente), Puntal de los Carniceros (Villena), Peñón de la Zorra (Villena)–, situados tanto en lugares con una riqueza potencial elevada por la existencia de recursos mineros o agrícolas, como en puntos estratégicos para el control del territorio. Por otra parte, una zona septentrional correspondiente en términos generales a la montaña alicantina y su área de costa, en donde por el momento y según los datos disponibles, parece mantenerse un hábitat en llano ocupando los fondos de los valles, e incluso cuevas –Cova de les Cendres (Teulada) (Vento, 1986: 129)–, pudiendo ser extensible a las comarcas valencianas en contacto, como así lo demuestran las excavaciones recientemente publicadas de l’Arenal de la Costa (Ontinyent) (Bernabeu *et alii*, 1993).

El yacimiento de las Espeñetas (Orihuela), situado en altura, es uno de los pocos donde podemos hablar de una ocupación campaniforme temprana, basándonos en un registro

VI. «Arqueología de la muerte». Algunas reflexiones

bastante importante de cerámicas de estilo marítimo (Ruiz, 1990: 80), participando plenamente de la dinámica general del Sureste (Arribas y Molina, 1987). Ya dentro del II milenio BC se produciría una generalización del hábitat en altura en todo el corredor de la Vega Baja del Segura, Camp d'Elx, y cuenca Media y Alta del río Vinalopó, emplazándose en lugares estratégicos, predominantemente relieves montañosos entre cubetas geográficas, con el objeto de controlar los pasos hacia la montaña alicantina, Valencia y La Meseta.

Ahora bien, con independencia de que la generalización del hábitat en altura se produzca únicamente en la parte más meridional del Dominio Bético, parece claro que el tipo de enterramiento más habitual en ambas zonas es el múltiple en cueva o grieta, asociado tanto a poblados en altura como en llano. Ejemplos significativos son las asociaciones del poblado del Puntal de los Carniceros a la Cueva del mismo nombre que contenía al menos cinco inhumados (Soler, 1981: 74-83), Casa de Lara con la Cueva del Alto N° 1, con no menos de catorce (Soler, 1981); o las Terrazas del Pantano con la Cueva del Hacha –cuatro individuos– (Jover y Segura, 1995). No obstante, al igual que ocurre con muchas de las cuevas utilizadas durante la Edad del Bronce como continente funerario, las empleadas en el Campaniforme también presentan

deficiencias en su registro e interpretación, al haber sido excavadas hace bastantes décadas, ser yacimientos con varios niveles funerarios difícilmente distinguibles por alteraciones postdeposicionales o conocer su existencia a causa de su destrucción.

Junto a las cuevas de enterramiento múltiple, es reseñable por su unicidad la documentación de un enterramiento individual en grieta en la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra, adscrito al poblado situado en su cima, y cuyo ajuar estaba compuesto por un puñal de lengüeta, dos puntas de Palmela, un arete de plata, catorce vértebras de pez perforadas y algunos fragmentos de cerámica (Soler, 1981: 98106). Por tanto, es importante insistir en el hecho de que, al menos en la cuenca del Vinalopó, previamente a la formación de las sociedades que van a caracterizar la Edad del Bronce en estas tierras, ya se registra tanto el hábitat en altura como unas prácticas funerarias con enterramientos múltiples o individuales en grieta o cueva. En este sentido, conviene no olvidar que estas características, además de algunas otras que eran la negación de las argáricas, fueron la base utilizada por M. Tarradell (1963a, 1963b, 1969) para la definición del Bronce Valenciano.

VI. «Arqueología de la muerte». Algunas reflexiones

Teniendo en cuenta esta serie de ideas cabría preguntarse por la gestación de las entidades sociales que a inicios del II milenio BC coexistieron con la sociedad argárica en el Dominio Bético Valenciano. J. Bernabeu (1984) barajó dos hipótesis con respecto al origen del llamado «Bronce Valenciano». Consideró, en primer lugar, que se podía formar a partir de una evolución local paralela a la «Cultura Argárica», incidiendo las influencias de esta última sobre la primera ya formada. La segunda posibilidad consideraba que las influencias argáricas comenzaron a actuar en un momento en el que el Horizonte Campaniforme de Transición estaba presente, contribuyendo a su formación, junto a las tendencias locales. Al igual que otros autores, J. Bernabeu estuvo a favor de esta segunda posibilidad, aunque los indicios eran escasos. Éstos se concretaban en la posibilidad de que existieran determinados intercambios de productos entre unos grupos y otros –cerámicas campaniformes en San Antón (Orihuela) y determinadas formas argáricas en asentamientos del Horizonte Campaniforme de Transición–, y sobre todo la presencia de adornos metálicos –como el arete de plata–, característicos del grupo argárico, acompañando a la inhumación individual de la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra (Villena), con ajuar claramente campaniforme (Soler, 1981: 98-106).

Aunque han pasado diez años, todavía no tenemos constancia de elementos que permitan evaluar la formación de la sociedad documentada en el Prebético meridional valencia no con independencia de El Argar, a pesar de disponer actualmente de nuevas dataciones absolutas bastante elevadas. Los avances en la investigación realizados en los últimos años no permiten aún pronunciarse en uno u otro sentido, aunque sigue siendo la hipótesis valorada por J. Bernabeu la más aceptada en la actualidad. Se ha podido documentar que durante la fase Campaniforme gran parte de este territorio está íntimamente ligado al sureste, participando de su dinámica social, con una intensificación de los contactos e intercambios. Además, el único lugar del sureste en donde parecen gestarse cambios hacia una sociedad de clases durante el tránsito del III al II milenio BC es la cuenca del Vera (Almería) en torno al núcleo de El Argar. La constatación de dependencia entre poblados y la existencia de segregaciones clasistas a nivel local y territorial son las bases que hacen pensar que *«...el desarrollo de las fuerzas productivas argáricas fue centralizado por un aparato de Estado que dotado de soberanía, poder y fuerza coercitiva, lograría suministrar las relaciones productivas que desde comienzos del II milenio a. C. se desarrollaron de forma complementaria entre los asentamientos comprendidos alrededor de la cuenca Terciaria de Vera»*

VI. «Arqueología de la muerte». Algunas reflexiones

(Arteaga, 1992: 188). Después de un proceso de consolidación del grupo argárico sobre el territorio de gestación, disponiendo de un aparato centralizado y con poder coercitivo, los distintos centros argáricos iniciarían una política expansiva de ampliación territorial, presionando sobre algunas cuencas y penetrando en otras, en donde se seguía manteniendo un sistema social de estamentos parentales, incluida la del Andarax, Vega de Granada e incluso la Vega del Segura.

El proceso expansivo hacia la zona bética valenciana debió de producirse en los primeros siglos del II milenio BC (Hernández, 1985) a tenor de las evidencias arqueológicas (Soriano, 1984, 1989; González, 1986; Simón, 1988; Hernández, 1990; González y Ruiz, 1995). La proyección argárica sobre el territorio se concretó siguiendo la fosa intrabética con dirección suroeste-noreste –corredor Lorca-Totana-Murcia, Vega Baja del Segura, Camp d’Elx y Camp d’Alacant–. Los asentamientos se emplazaron en las sierras de Orihuela y Callosa (con vetas de minerales) y en las tierras cuaternarias de mejor calidad. Al mismo tiempo se establecieron enclaves en puntos estratégicos –Pic de les Moreres (Crevillente), Puntal del Búho (Elche), Tabaià (Aspe)– situados en las estribaciones meridionales de las sierras subbéticas y prebéticas meridionales que delimitan el Corredor de la

Vega Baja-Elche. La Illeta dels Banyets –promontorio rocoso en la misma línea de costa– sería el punto más septentrional de la expansión, muy probablemente relacionado con la distribución e intercambio de determinados productos.

La presencia de algún fragmento de cerámica incisa campaniforme en poblados netamente argáricos como San Antón, Laderas del Castillo o Pic de Les Moreres, podría ser indicativo de un momento de convivencia con poblaciones campaniformes. Bajo este prisma, no cabe la menor duda de que la expansión argárica tuvo que influir en la gestación de la sociedad limítrofe, situada en la zona del Prebético Meridional.

Frente a una sociedad de clases y expansiva como la argárica, con prácticas funerarias caracterizadas por la inhumación individual dentro del área de poblado, con diferencias en los ajuares que han permitido realizar una primera propuesta de estructuración social (Lull y Estévez, 1986), las comunidades no argáricas van a conservar sus códigos ideológicos, evidenciados en el mantenimiento de las prácticas funerarias en cueva o grieta –preferentemente dobles o triples y en ocasiones múltiples– cercanas al asentamiento. En algunos casos, estos últimos adoptaron como ajuar funerario determinados objetos de adorno de cobre, plata y oro, involucrados en el aparato de reproducción social como símbolos

VI. «Arqueología de la muerte». Algunas reflexiones

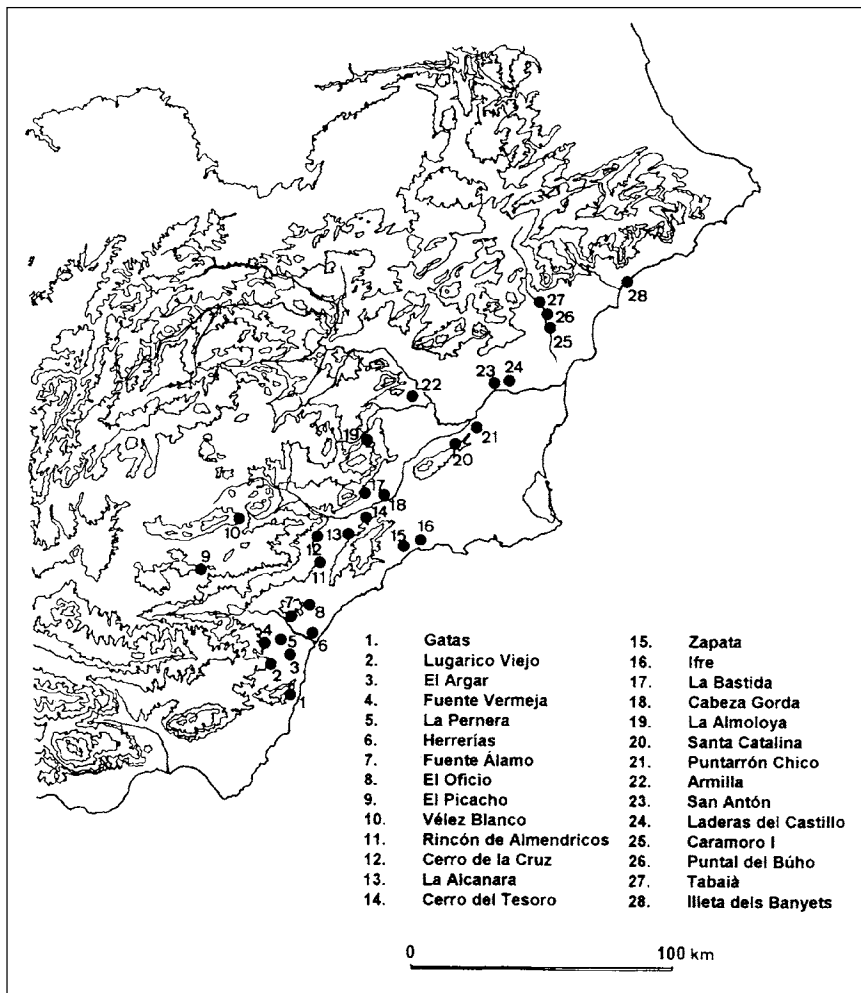


Figura 17: Yacimientos funerarios argáricos del Sudeste. Corresponden a los grupos 1, 2 y 3 establecidos por V. Lull y J. Estévez (1986).

identificadores de las élites, teniendo necesariamente su origen en los prototipos argáricos con independencia de que se trate de manufacturas propias o adquiridas. Por el contrario las armas, auténtico símbolo de las élites del mundo argárico, no fueron, al parecer, adoptadas.

Al mismo tiempo, es evidente que la expansión argárica hacia estas tierras supuso la coexistencia de dos sociedades con bases económicas e ideologías diferentes. Los límites entre ambas se establecerían en un primer momento en el arco montañoso que delimita el corredor de la Vega Baja-Camp d'Alacant. No obstante, el registro parece mostrar el abandono de determinados poblados argáricos a inicios o durante la llamada «fase B» del Argar, al menos, algunos de los más septentrionales –Illeta dels Banyets (Simón, 1989), Pic de les Moreres (González, 1986)–, manteniéndose los asentamientos de la Vega Baja del Segura y cauce bajo del Vinalopó –Caramoro I, Tabaià–. Ello podría interpretarse como un indicio de cierta reorganización del territorio. Necesariamente la ausencia de recursos mineros al norte de las Cordilleras Béticas tuvo que suponer el mantenimiento de unos sistemas de intercambio que cubriesen la demanda, bien en forma de materia prima, bien como objetos manufacturados, estableciéndose un proceso de interacción social que generaría

VI. «Arqueología de la muerte». Algunas reflexiones

una dependencia de la sociedad del Prebético Meridional valenciano respecto de los centros argáricos. La adopción de formas ajenas al modo de enterramiento tradicional por parte de los grupos no argáricos –introducción de la cista en las grietas, etc.– es la evidencia más contrastable de esa interacción producida a lo largo de un intervalo temporal todavía por definir. El hecho de que los enterramientos en grieta estén desvinculados de las estratigrafías de los poblados, amén de otras circunstancias relativas a deficiencias en los registros, obliga a no pronunciarse en este sentido. Únicamente un pequeño tubo de oro procedente de una grieta del Cabezo de la Escoba (Villena) tiene sus paralelos más directos en tumbas en urna de los asentamientos de La Bastida (Totana, Murcia) (Martínez Santa-Olalla *et alii*, 1948) y El Argar (Antas, Almería) (Siret y Siret, 1890) considerados de momentos avanzados del Argar (Pingel, 1992) (Figura 16.3-5).

Todos los datos parecen señalar que la sociedad del Prebético Meridional valenciano dependió en su aparato reproductivo –y, hasta cierto punto, productivo– de la argárica hasta finales del siglo XIV BC aproximadamente, después de un largo proceso de interacción, crecimiento y consolidación socio-económica. Con la disgregación del Argar, coincidente con el desarrollo de la fase arqueológica conocida como

Bronce Tardío, serán precisamente estas élites las que constituyan una nueva entidad política en torno al asentamiento del Cabezo Redondo (Villena), de la que todavía no están definidos los límites territoriales. Los cambios registrados en la ocupación de la cuenca del Vinalopó con poblados ex-novo, el crecimiento en tamaño de los mismos (Jover y Segura, 1993: 53) y la adopción por parte de las élites sociales existentes en el Alto Vinalopó de algunas normas funerarias argáricas, aunque reinterpretadas –enterramientos individuales dentro de las casas en urna, fosa, cista o covacha, junto al mantenimiento de las inhumaciones en cista dentro de grieta con o sin ajuar– son los indicadores arqueológicos que van a caracterizar a una nueva entidad social, cuyas élites seguirán manteniendo los adornos como símbolos identificadores hasta el tránsito del II al I milenio BC.

Alicante, enero de 1997

VII. Bibliografía

VII. Bibliografía

Aparicio, J., Martínez, J. V., Vives, D. y Campillo, D. (1981): *Las Raíces de Bañeres*. Departamento de Historia Antigua. Serie Arqueológica, 8. Universidad de Valencia. Valencia.

Aparicio Pérez, J. (1976): *Estudio económico y social de la Edad del Bronce Valenciano*. Publicaciones del Archivo Municipal de Valencia. Estudios monográficos, 8. Valencia.

Arribas, A. y Molina, F. (1987): *New Bell Beaker discoveries in the Southeast Iberian Península*. BAR International Series, 348. Oxford.

Arteaga, O. (1992): «Tribalización, jerarquización y Estado en el territorio de El Argar». *SPAL*, 1: 179-208. Sevilla.

Ayala Juan, M. M. (1981): «La plenitud de la metalurgia del Bronce: La Cultura Argárica». *Historia de la Región de Murcia*, I: 55-102. Ed. Mediterráneo. Murcia.

- (1985): «El poblado argárico de El Rincón, Almendricos (Lorca, Murcia)». *XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño, 1983)*: 291-296. Zaragoza.
 - (1986): «El poblamiento argárico». *Historia de Cartagena*, II: 253-316. Murcia.
 - (1991): *La Cultura del Argar en la comarca de Lorca. Estado de la cuestión*. Murcia.
- Badal García, E. (1990): «Análisis anatómico de un fragmento de madera del yacimiento de Tabayá (Aspe, Alicante)». *Homenaje a Jerónimo Molina*: 95-97. Murcia.
- Bate, L. F. (1978): *Sociedad, formación económico social y cultura*. Fondo de Cultura Económica. México.
- (1989): «Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica». *Boletín de Antropología Americana*, 19: 6-30. México.
- Bate, L. F. (1992): «'Del registro estático al pasado dinámico': entre un salto mortal y un milagro dialéctico». *Boletín de Antropología Americana*, 26: 49-68. México.
- (1993): «Teoría de la Cultura y arqueología». *Boletín de Antropología Americana*, 27: 75-94. México.

VII. Bibliografía

- Belda Domínguez, J. (1929): *Excavaciones en el «Monte de la Barsella»*. *Término de Torremanzanas (Alicante)*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 100. Madrid.
- (1931): *Excavaciones en el «Monte de la Barsella»*. *Término de Torremanzanas (Alicante)*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 112. Madrid.
- Bemabeu Auban, J. (1984): *El vaso campaniforme en el País Valenciano*. Trabajos Varios del S.I.P., 80. Valencia.
- (1993): «El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)». *Saguntum*, 26: 1-175. Valencia.
- Blance, B. (1971): *Die Anfänge der metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
- Borrego, M., Sala, F. y Trelis, J. (1992): *La Cova de la Barcella (Torremanzanas, Alicante)*. *Fondos del Museo Arqueológico Provincial de Alicante (IV)*. Diputación Provincial de Alicante. Alicante.
- Brandherm, D. (1996): «Zur nordprovinz der El Argar-Kultur». *Madridener Mitteilungen* 37: 37-59. Madrid.
- Bru, C. (1990): *Humedales y áreas lacustres de la provincia de Alicante*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.

Castro, P., Lull, V., Micó, R. y Rihuete, C. (1995): «La Prehistoria Reciente en el Sudeste de la Península Ibérica. Dimensión socioeconómica de las prácticas funerarias». *Arqueología da morte. Arqueología da morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*: 127-168. Xinzo de Limia.

Centro Excursionista Eldense (1972): «Carta arqueológica del Valle de Elda». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII: 199-208. Valencia.

Cerdá Bordera, F. (1983): «Contribución al estudio arqueológico de la Foia de Castalla (Alicante)». *Lucentum*, II: 69-90. Alicante.

– (1995) «El II mil·lenni a la Foia de Castalla (Alacant): Excavacions arqueològiques a la Foia de la Perera (Castalla)». *Recerques del Museu d'Alcoi*, 3: 95-110. Alcoy.

Chapman, R., Lull, V., Picazo, M. y Sanahuja, E. (1987): *Proyecto Gatas. Sociedad y economía en el Sudeste de España c. 2500-800 a.n.e.* BAR International Series 348. Oxford.

Cloquell, B. y Aguilar, M. (1996a): «Paleopatología oral en el Valle del Vinalopó (Alicante)». *Salud, enfermedad y*

VII. Bibliografía

muerte en el pasado. Actas del III Congreso Nacional de Paleopatología: 65-76. Barcelona.

- (1996b): «Mortalidad en poblaciones prehistóricas del Vinalopó (Alicante)». *Salud, enfermedad y muerte en el pasado*. Actas del III Congreso Nacional de Paleopatología: 76-80. Barcelona.
- (1996c): «Herida por espada a un niño argárico». *Revista de Arqueología*. Madrid.

Colominas Roca, J. (1936): «La necrópolis de Las Laderas del Castillo (Callosa del Segura)». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, 12: 39. Barcelona.

De Pedro, M. J. (1995): «La Edad del Bronce en el País Valenciano: estado de la cuestión». *Preactes de les II Jornades d'Arqueologia al País Valencià* (Alfaz del Pi, 1994): 61-88. Valencia.

Figueras Pacheco, F. (1934): *Excavaciones en la Isleta del Campello, Alicante 1931-33*. Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 132. Madrid.

- (1950): «La Isleta de Campello del litoral de Alicante. Un yacimiento síntesis de las antiguas culturas del Mediterráneo». *Archivo Español de Arqueología*, XXIII: 343-348. Madrid.

- Furgús, J. (1901): «La edad prehistórica en Orihuela». Apéndice III de *Historia de Orihuela* II: 703-761. Orihuela.
- (1905): «Tombes préhistoriques des environs d’Orihuela (Province d’Alicante, Espagne)». *Annales de la Société d’Archéologie de Bruxelles*, XIX: 5-16. Bruselas.
 - (1937): *Col·lecció de treballs del P. Furgús sobre Prehistòria Valenciana*. Trabajos Varios del S.I.P., 5. Valencia.
- García Bebia, M. A. (1990): «Estudio arqueológico de Biar y de la Cañada de Biar. Alicante». *I Congreso de Jóvenes historiadores y geógrafos* (Madrid, 1989): 433-441. Madrid.
- (1992): *El poblamiento prehistórico en el Alto Vinalopó. Términos municipales de Banyeres, Camp de Mirra, Canyada de Biar y Biar. Alicante*. Memoria de licenciatura. Universidad de Alicante.
- González, A. y Ruiz, E. (1995): «Urbanismo defensivo de la Edad del Bronce en el Bajo Vinalopó. La fortificación argárica de Caramoro I. (Elche, Alicante)». *Estudios de vida urbana*. Cuadernos del grupo de investigación: Geografía e Historia del urbanismo, 2: 85107. Murcia.
- González, P., Lull, V. y Risch, R. (1992): *Arqueología de Europa. 2250-1200 A. C. Una introducción a la «Edad*

VII. Bibliografía

del Bronce». Historia Universal. Prehistoria, 6. Editorial Síntesis. Madrid.

González Marcén, P. (1994): «Cronología del grupo argárico». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 4: 7-46. Girona.

González Prats, A. (1973): «Los enterramientos calcolíticos y del Bronce del Mas de Felip, Ibi, Alicante». *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 9: 47-53. Alicante.

– (1986): «La Peña Negra V. Excavaciones en el poblado del Bronce Antiguo y en el recinto fortificado ibérico (Campaña de 1982)». *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 27: 145-263. Madrid.

Guillem, P., Guitart, L, Martínez, R., Mata, C. y Pascual, J. Ll. (1993): «L'ocupació prehistòrica de la Cova de Bolumini (Beniarbeig-Benimeli-Marina Alta)». III *Congrés d'Estudis de la Marina Alta (Denia, 1990)*: 31-48. Institut d'Estudis Comarcals de la Marina Alta. Denia.

Gutiérrez Lloret, S. (1995): «El origen de la Huerta de Orihuela entre los siglos VII y IX: una propuesta arqueológica sobre la explotación de las zonas húmedas del Bajo Segura». *Arbor, CLI*, 593: 65-93.

Hernández, M. S., Simón, J. L. y López, J. A. (1994): *Agua y poder. El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete)*.

Patrimonio Histórico-Arqueología. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo.

- Hernández Pérez, M. S. (1982): «La cueva de la Casa Colorá (Elda, Alicante)». *Lucentum*, I: 7-20. Alicante.
- (1983): «La metalurgia prehistórica en el Valle Medio del río Vinalopó (Alicante)». *Lucentum*, II: 17-42. Alicante.
 - (1985): «La Edad del Bronce en el País Valenciano: Panorama y Perspectivas». *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas (Elche, 1983)*: 101-119. Universidad de Alicante. Alicante.
 - (1986a): «La Horna». *Arqueología en Alicante 1976-1986*: 99-101. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
 - (1986b): «La Cultura de El Argar en Alicante. Relaciones temporales y espaciales con el mundo del Bronce Valenciano». *Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 341-350. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Dirección General de Bellas Artes. Sevilla.
 - (1990): «Un enterramiento argárico en Alicante». *Homenaje a Jerónimo Molina*: 87-94. Academia Alfonso X del Sabio. Murcia.

VII. Bibliografía

- Hernández Pérez, M. S. (1994): «La Horna (Aspe, Alicante). Un yacimiento de la Edad del Bronce en el Medio Vinalopó». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXI: 83-116. Valencia.
- Ibarra y Ruiz, P. (1926): *Elche. Materiales para su Historia*. Elche.
- Jiménez de Cisneros, D. (1909): «Excursiones por los alrededores de Elche». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, IX: 355-360. Madrid.
- (1925): «Indicación de algunos yacimientos prehistóricos y noticias acerca de otros». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XXV: 71-81. Madrid.
- Jiménez Navarro, E. (1950): «Necrópolis de la Edad del Bronce». *Archivo Español de Arqueología*, XXIII: 183-186. Madrid.
- Jover, F. J., López, J. A. y Segura, G. (1989): «Estudio de los materiales de la Edad del Bronce en el Valle Medio del río Vinalopó». *Ayudas a la investigación 1989-90*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Alicante.
- Jover, F. J. y Segura, G. (1993): «El asentamiento del Portitxol (Monforte del Cid, Alicante): Contribución al estudio del Bronce Tardío en la cuenca del río Vinalopó». *ALEBUS*, 2-3: 26-58. Elda.

– (1995): *El poblamiento antiguo en Petrer. De la Prehistoria a la Romanidad Tardía*. Ayuntamiento de Petrer. Petrer.

Jover Maestre, F. J., López Mira, J. A. y López Padilla, J. A. (1995): *El poblamiento durante el II milenio a. C. en Villena (Alicante)*. Fundación Municipal José María Soler. Villena.

Jover Maestre, F. J. y López Padilla, J. A. (1995): *Prospecciones arqueológicas en Villena (Alicante): El asentamiento de la Edad del Bronce del Barranco Tuerto*. Memorias de excavaciones arqueológicas en la Comunidad Valenciana. Dirección General de Patrimonio. Consellería de Cultura, Educación y Ciencia. Valencia. (Inédita).

López Gómez, A. (1988): *Geografía de les terres valencianes*. Papers bàsics 3 i 4. 2ª edición. Valencia.

López Padilla, J. (1995): «Ecos mediterráneos en el Atlántico en la Edad del Bronce. Una singular pieza de marfil de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)». *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993): 99-104. Zaragoza.

López Seguí, E. (1990): «Contribución al estudio arqueológico de Agost (Alicante)». I *Congreso de Jóvenes Historiadores y Geógrafos* (Madrid, 1989): 421-432. Madrid.

VII. Bibliografía

- (1996): *Arqueología en Agost. Alicante*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- López Seguí, E., García, M. A. y Ortega, J. (1990-91): «La Cova del Cantal (Biar, Alicante)». *Lucentum*, IX-X: 25-50. Alicante.
- Lull, V. (1981): «Discusión cronológica de la cerámica sepulcral Argárica». *Cypsela*, IV: 61-67. Girona.
- (1983): *La «Cultura de El Argar». Un modelo para el estudio de las formaciones económico sociales prehistóricas*. Ed. Akal. Madrid.
- Lull, V. y Estévez, J. (1986): «Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas». *Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 441-452. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Dirección General de Bellas Artes. Sevilla.
- Lull, V. y Picazo, M. (1989): «Arqueología de la muerte y estructura social». *Archivo Español de Arqueología*, 62: 5-20. Madrid.
- Llobregat Conesa, E. A. (1970): «El poblado de la Cultura del Bronce Valenciano de la Serra Grossa (Alicante)». *Papeles del Laboratorio de Arqueología Valenciana*, 6: 31-75. Valencia.

- (1979): *Introducción a la arqueología alicantina*. Alicante.
(1986): «La Illeta dels Banyets». *Arqueología en Alicante 1976-1986*: 63-67. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante. Martí Oliver, B. (1983): «La Muntanya Assolada (Alzira, Valencia)». *Lucentum*, II: 43-68. Alicante.

Martí Oliver, B. y Bernabeu Auban, J. (1993): «La Edad del Bronce en el País Valenciano». *Homenaje a Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990)*: 337-355. Zaragoza.

Martínez, A., Ponce, J. y Ayala, M. M. (1996): *Las prácticas funerarias de la cultura argárica en Lorca (Murcia)*. Lorca.

Martínez Santa-Olalla, J., Sáez, B., Posac, C., Sopranis, J. A. y del Val, E. (1948): *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de la Bastida de Totana (Murcia)*. Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, 16. Madrid. Mata, C. (1986): «Cova Bolumini». *Arqueología en Alicante 1976-1986*: 22-24. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante. Molina Fajardo, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sureste de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 3: 159-232. Granada.

VII. Bibliografía

- Molina Fajardo, F. y Estévez, J. (1986): «Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas» *Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 441-452. Consejería de Cultura de Andalucía. Dirección General de Bellas Artes. Sevilla.
- Molina Fajardo, F. y Pareja, E. (1975): *El yacimiento de la Edad del Bronce de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 86. Madrid.
- Navarro Mederos, J. F. (1982): «Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante)». *Lucentum*, II: 19-70. Alicante.
- (1986): «Lloma Redona». *Arqueología en Alicante 1976-86*: 102-103. Alicante.
- (1988): «Lloma Redona (Monforte del Cid, Vinalopó Mitjá)». *M.A C.V. 1984-1985*: 79-81. Valencia.
- Navarro Palazón, J. (1986): «El cementerio islámico de San Nicolás de Murcia. Memoria preliminar». *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española IV*: 7-37. Zaragoza.
- Navarro Poveda, C. (1988): *Petrer Islámico*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.

- (1992): «Localización de una necrópolis islámica en el actual casco urbano de la ciudad de Novelda». *Moros y Cristianos*. Ayuntamiento de Novelda. Novelda.
- Ortega Pérez, J. R. (e.p.): «Constatación arqueológica de una necrópolis islámica en San Juan (Alicante)». *LQNT*, 3. Alicante.
- Pascual Benito, J. Ll. (1990): «L'Edat del Bronze en la comarca del Comtat». *Ayudas a la investigación 1987-88*: 83-103. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- Pascual Benito, J. y Ribera, A. (1993): «Excavacions arqueològiques en l'Arenal de la Costa (Ontinyent). Avanç de resultats de l'última campanya (1992)». *Alba*, 8: 39-56. Ontinyent.
- Pascual Pérez, V. (1963): «Hallazgos prehistóricos en Les Llometes (Alcoy)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, X: 38-58. Valencia.
- (1969): «Un nuevo enterramiento del Bronce Valenciano en el Mas Felip». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10: 71-73. Valencia.
- Pearson, G. W. y Stuiver, M. (1986): «High-precision calibration of the Radiocarbon Time Scale, 500-2500 BC». *Radiocarbon*, 28: 839-862.

VII. Bibliografía

- Pingel, V. (1992): «Die Goldfunde der Argar-Kultur». *Madridener Mitteilungen*, 19: 6-24. Madrid.
- Pla Ballester, E. (1947): *El Sercat de Gayanes (Alicante)*. Trabajos Varios del S.I.P., 10. Valencia.
- (1955): «Actividades del S.I.P. (1946-1955)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, VI: 187-243. Valencia.
- Ramos Folqués, A. (1989): *El Eneolítico y la Edad del Bronce en la comarca de Elche*. Serie Arqueológica, II. Elche.
- Román Lajarín, J. L. (1978): «Materiales arqueológicos del «Puntal del Búho» (Elche, Alicante)». *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 7: 7-28. Alicante
- Román Lajarín, J. L. (1980): «Los yacimientos de la Edad del Bronce de la `Serra del Búho»'. *Festa d'Elig*: 38-56. Elche.
- Rubio Gomis, F. (1987): *Catálogo de materiales y yacimientos de la cultura del Bronce Valenciano*. Colección L'Ull del Moro. Alcoy.
- Ruiz Argilés, V. y Posac Mon, C. (1956): «El Cabezo de la Bastida. Totana (Murcia). Campaña de excavaciones de 1948». *Noticario Arqueológico Hispánico III y IV*. Cuadernos 1-3: 60-89. Madrid.

- Ruiz Segura, E. (1990): «El fenómeno Campaniforme en la provincia de Alicante». *Ayudas a la investigación 1986-87*: 71-81. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- Sanchís, E. J., Rodríguez, T. y Morell, I. (1990): «El medio físico. Geología». Guía de la naturaleza de la Comunidad Valenciana. Tomo II. Alicante.
- Schubart, H. (1975): «Cronología relativa a la cerámica sepulcral en la Cultura del Argar». *Trabajos de Prehistoria*, 38: 79-92. Madrid.
- Schubart, H. y Arteaga, O. (1986): «Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Árgar». *Homenaje a L. Siret (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 289-307. Sevilla.
- Schüle, G. (1966): «El poblado del Bronce Antiguo en el Cerro de la Virgen de Orce (Granada) y su acequia de regadío». *Congreso Nacional de Arqueología*, IX: 113-121. Zaragoza.
- Segura Herrero, G. (e.p.): El poblamiento prehistórico en el Valle de Elda. Elda.
- Simón García, J. L. (1986): *La Edad del Bronce en Almansa*. Albacete.

VII. Bibliografía

- (1988): «Colecciones de la Edad del Bronce en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Ingresos de 1967 a 1985 e Illeta dels Banyets de El Campello». *Ayudas a la investigación 1984-85*: 111-134. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.

- Siret, H. (1905): «Note sur la communication du R. P. Furgus relative á des Tombes Préhistoriques á Orihuela». *Annales de la Société d'Archéologie de Bruxelles*, XIX: 371-380. Bruselas.

- Siret, H. y L. (1890): *Las Primeras Edades del Metal en el Sureste de España*. Barcelona.

- Soler, J. y Fernández, E. (1970): «Terlinques. Poblado de la Edad del Bronce en Villena (Alicante)». *Papeles del Laboratorio de Arqueología Valenciana*, 10: 27-65. Valencia.

- Soler García, J. M. (1953): «Un enterramiento en urna en el Cabezo Redondo». *Revista Villena*. Villena.

- (1959): «Primera campaña de excavaciones del Servicio Nacional en el Cabezo Redondo». *Villena*, 9. Villena.

- (1964): «El Tesoro de Villena y el Tesorillo del Cabezo Redondo». *Revista anual Villenense*, 14. Villena.

Soler García, J. M. (1965): *El Tesoro de Villena*. Excavaciones arqueológicas en España, 36. Madrid.

– (1969): *El oro de los tesoros de Villena*. Trabajos varios del S.I.P. Valencia.

– (1981): *El Eneolítico en Villena*. Departamento de Historia Antigua. Serie arqueológica, 7. Universidad de Valencia. Valencia.

– (1986): «La Edad del Bronce en la comarca de Villena». *Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 381-404. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Dirección General de Bellas Artes. Sevilla.

– (1987): *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.

Soriano Sánchez, R. (1984): «La cultura del Argar en la Vega Baja del Segura». *Saguntum*, 18: 103-143. Valencia.

– (1989): *Contribución a la Prehistoria e Historia Antigua de Callosa de Segura. Monografías Callosinas*, 2. Callosa del Segura.

Tarradell, M. (1950): «La Península Ibérica en la época de El Argar». *V Congreso de Arqueología del Sudeste Español*: 72-85. Cartagena.

VII. Bibliografía

- (1963a): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Universidad de Valencia. Valencia.
 - (1963b): «Ensayo de identificación de las necrópolis del Bronce Valenciano». *Archivo de Prehistoria Levantina*, X: 59-67. Valencia.
 - (1965): «El problema de las diversas áreas culturales de la Península en la Edad del Bronce». *Miscelánea en Homenaje al Abate Breuil*: 423-430. Madrid.
 - (1969): «La Cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6: 7-30. Valencia.
- Trelis Martí, J. (1992): «Excavaciones en el yacimiento de la Edad del Bronce de Mas del Corral (Alcoy-Alicante)». *Recerques del Museu d'Alcoi*, 1: 85-89. Alcoy.
- Vento Mir, E. (1986): «Campaniforme inciso y campaniforme impreso en la Cova de les Cendres (Teulada, Alacant)». *El Eneolítico en el País Valenciano (Alcoy, 1984)*: 119-129. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- Vicens Petit, J. (1988-89): «Estudio arqueológico del Barranc del Sint (Alcoy)». *Lucentum*, VII-VIII: 57-74. Alicante.

- Vicent García, J. M. (1995): «Problemas teóricos de la Arqueología de la Muerte: una introducción». *Arqueología da morte. Arqueología da morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo: 1332*. Xinzo de Limia.
- Visedo Moltó, C. (1937): *Un enterrament prehistòric al Barranc del Sinc*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 4. Valencia.
- Walker, J. M. (1986): «Avance al estudio de la craneología de El Argar y otros yacimientos en el Sureste Español». *Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 453-471. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla.